

Romance Inmortal

Saga Lazos Inmortales



Olga Salar de

Nota de la autora

Romance Inmortal, al igual que sucede con Melodía Inmortal, es una novela de ficción, de fantasía. Si bien he intentado que el elemento histórico sea lo más certero posible, en algunos momentos me he permitido ciertas licencias «contextuales».

Romance Inmortal contiene muchas referencias históricas, todas las fechas sobre representaciones musicales son correctas, lo mismo que lo son las épocas históricas que aparecen en la novela. En todo momento he mantenido el rigor histórico en ese aspecto.

Puede que haya eludido entrar en detalles, pero por motivos argumentales. Las escenas ambientadas en épocas pasadas están adaptadas al argumento y a los personajes, pero no he falseado la verdad sobre ellas, el contexto histórico es correcto.

Otra licencia es la ciudad de Armony; no existe esa ciudad en concreto. La creé para remarcar el aspecto musical de la historia.

Prólogo

Por *Sandra Andrés Belenguer*
autora en «*Femenino Singular*»

Amor.

Esa palabra con la que muchos sueñan, anhelan, suspiran...

Este sentimiento tan hermoso y cautivador es el eje central de la novela que vosotros, lectores de la saga Lazos Inmortales, tenéis en vuestras manos.

Romance Inmortal no es una segunda parte normal y corriente. Es mucho más.

¿Nunca os preguntasteis cuál fue la historia de Rachel y Gabriel? ¿No os quedasteis con la intriga de conocer de dónde procedían o qué vínculo les une o les separa?

La historia en la que vais a adentraros, une pasado y presente con una habilidad que os transportará desde la Florencia antigua al Nueva York moderno, desde la Francia revolucionaria a la maravillosa ciudad de Armony en un viaje literario que va más allá de vuestra imaginación.

Sí, el Amor. Con mayúscula.

Danielle y Oliver lo encontraron gracias al destino, pero quizás no sean los únicos en saborear su dulzura.

Olga Salar ha creado unos personajes ávidos de esta emoción tan humana y a veces, tan divina... como de otra dimensión.

¿El Amor puede borrar todas las fronteras?

Solo tú, lector de este libro, podrás averiguarlo a través de sus páginas.

Sentimientos no confesados, rencores ocultos, pasión sin límites, celos latentes por descubrir y dos corazones de origen puro latiendo al unísono aun

habiendo separado sus rumbos...

Decía un poeta: «Ni la ausencia ni el tiempo son nada cuando se ama» y Rachel lo sabe muy bien. Su interior es un laberinto de sensaciones, y no entiende que debe ser fiel a aquellos recuerdos que aprisiona en lo más profundo de su alma. Son ellos los que le llevarán a comprender que no todo es blanco o negro, que el Amor es mucho más y que puede lograr cualquier cosa.

Seres del Bien, seres del Mal... ¿Acaso no tienen ambos derecho a amar?

Con sutil maestría, Olga nos conduce hasta el corazón de sus protagonistas haciendo que vibremos con ellos, que contengamos el aliento en el desenlace de cada capítulo, que nos atrevamos a seguir indagando, descubriendo... hasta enamorarnos de una historia llena de secretos por revelar y sentimientos ocultos, por un resentimiento que poco a poco se irá desdibujando en la memoria de los personajes.

En un estilo ágil y preciso, no solo entenderemos las emociones de Rachel y Gabriel, sino que lo haremos también a través del arte. Olga Salar nos mostró que el Amor y la Música pueden unirse para siempre. En esta ocasión, son las imágenes de diversos cuadros las que nos invitarán a conocer cómo se sienten los ángeles y los demonios...

Querido lector de Romance Inmortal, ¿estás preparado para atravesar el umbral de esta primera página y descubrir lo que esta maravillosa historia te depara?

Adelante, y recuerda: amar no es solamente querer, es sobre todo comprender.



Prólogo

*¿Quién podrá gloriarse de dar a un niño su verdadero nombre?
Fausto, Goethe*

Nací del vientre de una prostituta en Roma, allá por el año 1514. Mi padre, un noble que buscaba una liberación ocasional, quedó impresionado por los ojos pardos de mi madre (que más tarde heredé yo) y la escogió de entre todas las mujeres que se ofrecían en la calle por un par de monedas, a veces incluso por un pedazo de pan que poder llevarse a la boca.

Mi querido y muy bastardo padre, a pesar de su ilustre linaje, tenía la desafortunada costumbre de golpear a sus amantes. Así que al finalizar el acto, mi madre terminó conmigo en su vientre, con un ojo morado, diversas contusiones y cuatro monedas de oro como recompensa por sus impúdicos servicios.

Los golpes cicatrizaron y las monedas se acabaron; lo único que permaneció intacto fui yo, creciendo en el vientre de una mujer que consideraba un error de cálculo el haberse quedado en estado.

Con semejantes progenitores mi vida no podía ser buena, ni siquiera tuve un verdadero nombre hasta que el maestro me encontró, muerto de hambre y frío, a los siete años. Fue ese el momento en que mi vida se convirtió en la que es ahora. Sin embargo, antes de ese instante sufrí tanto que pagué por adelantado cada uno de mis extensos pecados.

Mi destino quedó sellado cuando mi madre supo que estaba embarazada. En dos ocasiones intentó terminar conmigo cuando todavía me gestaba en su vientre, pero mi tenacidad por nacer hizo que nada de lo que intentara tuviera efecto alguno sobre mí. Seguí nutriéndome de ella como el parásito que sería después.

Yo crecía mientras ella iba perdiendo la vida poco a poco. En su estado no podía trabajar y prácticamente no entraba alimento alguno en su cuerpo, lo que le debilitaba todavía más.

Cuando llegaron los dolores del parto, las prostitutas con las que malvivía se encargaron de atenderla. Lo que no esperaban era que yo me abriera paso al exterior desgarrando el cuerpo de la mujer que me había dado la vida, aún en contra de su voluntad.

Incapaces de detener las hemorragias internas que le había producido mi alumbramiento, mi querida madre murió desangrada dos horas después, ante la imposibilidad de conseguir un médico, principalmente por cuestiones monetarias, pero también porque ninguno de ellos estaba dispuesto a adentrarse en aquellas calles repletas de ladrones y sicarios en las que las prostitutas ejercían su trabajo. Eran los barrios más bajos y mugrientos de la ciudad, zonas tan dejadas de la mano de Dios que era casi un milagro respirar sin sentir arcadas, donde perder la bolsa, e incluso la vida, era el pan de cada día.

Las meretrices, que momentos antes se habían compadecido por mi situación, ahora me acusaban de vil diablo asesino por ser el causante de tal muerte.

Ni siquiera se molestaron en alimentarme. Deseosas de deshacerse de mí cuanto antes, me dejaron abandonado en la puerta de uno de los numerosos conventos que poblaban la ciudad. Las monjas, alertadas por mis gritos hambrientos, corrieron a socorrerme. No era la primera vez, ni la última, que recogían a un niño en sus puertas, abandonado por su madre, bien porque no podía alimentarlo, bien por motivos de otra índole menos drástica.

Durante siete años malviví con ellas. Yo era el burro de carga, el que se encargaba de los trabajos más pesados y degradantes y se llevaba los castigos más duros.

Mientras los otros huérfanos que iban llegando encontraban un hogar o

eran acogidos por algún artesano que les enseñaba el oficio, yo permanecía allí sin posibilidad de escape. La hermana Honoria, superiora del convento, se había encaprichado del color de mis ojos y no me permitía optar a tener una vida fuera de aquellas opresivas paredes... Por aquel entonces era demasiado inocente como para comprender la totalidad de sus actos. No obstante, al mismo tiempo también era consciente de que había algo extraño en su manera de relacionarse conmigo. El desprecio con que me trataba en público se convertía en zalamerías y sonrisas comprensivas cuando me encontraba a solas trabajando en el patio o me encargaba de subirle el agua para su baño.

Tras recibir más golpes de los que puedo llegar a contar, aprendí que la bondad era una farsa. Una mentira tras la que la gente escondía sus depravados deseos de poder y lujuria. Los huérfanos que no eran obedientes y los enfermizos eran los criados de estas mujeres que se llenaban los labios pidiendo por el prójimo y se atiborraban de comida a base de diezmos y cobros por misas de difuntos mientras los más débiles se morían de hambre.

Tras siete años de penurias, en los que nunca recibí un gesto tierno o desinteresado, apareció ella, cuando mi vida estaba a punto de tocar fondo, cuando era incapaz de soportar nada más...

Tenía un año menos que yo y era mucho más inocente. A sus seis años había vivido protegida y querida, sabía menos que yo qué era habitual y qué no. Venía con su madre y con su hermana a Roma para ser presentada ante el pontífice León X. Su familia era una de las más influyentes de la Iglesia. De cada generación de Delacrosse, al menos uno de ellos era destinado al clero. En la generación de Céline, ella era la encargada de seguir esa tradición. Era la muchacha más hermosa que había visto jamás, su cabello negro caía en cascada sobre su espalda y llegaba casi hasta su cintura, brillante y liso, era delgada y casi tan alta como yo. Sus ojos eran cristalinos y tan luminosos que parecían gotas de rocío. Su voz era dulce y mucho más infantil que las de mis compañeras en el convento.

Se llamaba Céline Delacrosse y, en su bondad, en seguida se apiadó de mí. Mi primera reacción al verla acercarse a mi lado fue pensar que necesitaba de mi ayuda, estaba acostumbrado a que nadie me buscara solo para conversar.

Estaba cortando leña en el huerto, descalzo y con unos pantalones como único atuendo, y entonces se acercó. Se percató inmediatamente de las marcas de mi espalda, de los moretones de mis brazos...

—¿Cómo te llamas? —preguntó con una dulce voz que me hizo pensar en las imágenes de los ángeles que había en la capilla.

—No lo sé, las monjas me bautizaron Benedetto, pero creo que han cambiado de opinión por que ahora me llaman demone^[1] —le dije con total naturalidad, perdido en la claridad cristalina de su mirada azul. Ni siquiera ahora comprendo cómo fui capaz de hablar.

Nunca había conocido a ningún noble. Sin embargo estaba seguro de que ella era un ser especial; era imposible que hubiera dos personas tan hermosas por dentro y por fuera. Su belleza interior parecía emanar de ella, haciendo que su mirada brillara como si un halo la protegiera de todo.

Entonces sonrió, y su risa fue la más auténtica que había escuchado en mi corta y miserable vida. Un sonido acampanado que hizo que por primera vez sintiera en mi pecho un dulce calor que serpenteó por toda mi piel.

—¿De qué te ríes? —pregunté, más asombrado que enfadado.

—Me gusta tu nuevo nombre, el primero no te quedaba bien —contestó arrugando el ceño al pensar en Benedetto.

—Gracias, supongo —respondí cabizbajo. Sentía cómo mis manos sudaban solo por mirarla a los ojos.

Entonces ella volvió a reír, sus ojos se rasgaron ante el gesto y dos perfectos hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—¿Eres una princesa? —pregunté perdido en su risa.

—No. Solo soy una niña —respondió ella amablemente.

—Pues a mí me pareces una princesa —rebatí con timidez.

—De acuerdo entonces, si tú quieres, seré tu princesa —me ofreció salomónica.

Sonreí feliz por su ofrecimiento. Iba a tener a mi propia princesa.

—¿Te pegan las monjas? —preguntó señalando mis cicatrices con unos dedos blancos y largos.

—Sí, ¿a ti no? —en mi inocencia creía que era algo normal, si no en la misma medida que lo hacían conmigo.

—No, a mi hermana y a mí nos dan pellizcos, pero nunca nos pegan. No

quieren que nuestros padres vean las marcas —su comentario me puso sobre aviso de lo inteligente que era a sus seis años.

—Yo no tengo padres, así que les da igual —dije encogiéndome de hombros.

—¿Qué les paso? ¿Murieron? —preguntó interesada.

—No lo sé. Nunca les conocí. Aunque he escuchado a las monjas hablar sobre ellos.

Durante unos instantes nos miramos en silencio, evaluándonos el uno al otro.

—Podrías venir conmigo cuando regrese a Florencia. Mi padre es muy bueno conmigo y me consiente todo lo que quiero. Podría pedirle que te diera trabajo en nuestra casa, podrías trabajar en la cocina y jugar conmigo a la vez. Laura nunca quiere estar a mi lado, ni correr por el jardín, porque dice que no es educado ni propio de una dama.

Me reí de la ocurrencia de su hermana, la niña rubia y mayor que había venido con ella y su madre. ¿Correr no era educado?

Céline era tan confiada y tenía un corazón tan grande, que realmente pensaba que iba a poder salvarme. Durante las semanas que duró su estancia en el convento, a la espera que el pontífice las recibiera, llegué incluso a olvidarme de mis penas y conseguí ser feliz. Por la mañana me levantaba horas antes de despuntar el alba, cuando aún era noche cerrada, para ocuparme de mis tareas y terminarlas lo más pronto posible. En cuanto lo hacía, corría a la parte de atrás del huerto para encontrarme con ella. Céline siempre estaba entretenida con un libro en las manos. La primera vez que le pregunté, le sorprendió que yo no supiera leer ni escribir. No obstante, calló, no queriendo avergonzarme. Cuando fui a su encuentro al día siguiente había traído consigo los instrumentos necesarios para instruirme. Al fin y al cabo el Papa era un Médici, un erudito versado en muchas artes, y como Céline estaba destinada al clero se le había dado una formación mucho más amplia que a la mayoría de jóvenes de su edad, incluyendo a los varones.

La última tarde que pasamos juntos, yo que aún era un niño inocente a pesar de lo que había sido mi vida hasta entonces, le prometí buscarla. Abandonaría Roma y a las monjas y viajaría hasta Florencia, donde ella y su padre me acogerían en su casa, donde por fin tendría un hogar. Una vez que

estuviéramos juntos encontraríamos la forma de que Céline no fuera enviada al convento.

Como despedida nos dimos un casto beso en los labios, tal y como Céline me dijo que había visto a su padre besar a las jóvenes criadas. Noté su cálida boca y por primera vez en mi vida sentí que de verdad podía cambiar mi suerte. El sueño me duró muy poco.

Esa misma noche, cuando Céline, su madre y su hermana ya habían abandonado la ciudad, la madre superiora volvió a reclamarme para que me ocupara de su baño. Pero esta vez no solo pretendía de mí que acarreará con los cubos de agua, sino que esperaba mucho más... La obsesión que tenía conmigo era enfermiza y cruel.

—Demone. No te vayas, voy a necesitar de tus servicios para que me frotes la espalda —comentó con una voz falsamente jovial.

—Lo que usted diga, madre —contesté casi mecánicamente. Había aprendido que esa era la única manera de evitarme los golpes.

—No te hagas el buenecito conmigo. Te he visto esta tarde con la hija loca del conde de Delacrosse. La has besado, eres un niño muy espabilado para tener solo siete años y la verdad, me alegra saberlo. He estado esperando mucho tiempo por ti, sin embargo, por lo que he visto ya eres lo bastante mayor para ser amable conmigo —sus ojos brillaban expectantes, ansiosos de algo que se escapaba de mi poco conocimiento sobre las relaciones humanas.

Su boca era una mueca que pretendía ser una sonrisa tranquilizadora. Pero algo en su voz y en su expresión me asustaban profundamente.

—No —fue lo único que alcancé a decir. Fuera lo que fuese lo que esa mujer esperaba de mí, no iba a tenerlo.

Me asustó el brillo enfermizo en sus ojos oscuros, la determinación que se leía en su rostro.

—¿No? Te alimento, te doy cobijo, ¿y eso es lo único que sabes decir? —me espetó gritando al tiempo que salía de la tina.

Se acercó a mí con el cuerpo desnudo, chorreando agua. Se suponía que las mujeres se bañaban vestidas. Hasta ese fatídico día siempre había sido así, pero esa noche mi protectora, como ella se autodenominaba, no lo había hecho.

Aparté la mirada y di un paso atrás ansioso por abandonar la habitación.

Por suerte yo aún era muy ignorante como para saber a ciencia cierta qué se proponía. No obstante, su expresión me dejó helado. No fui capaz de moverme un paso más. Me cogió del brazo y me apretó con fuerza al mismo tiempo que me acercaba a ella. Sentí náuseas en la boca del estómago y tuve que esforzarme para no vomitarle encima. Las arcadas me retorcían el vientre impidiéndome pensar.

Estaba tan cerca de ella que podía olerla. Una mezcla de sudor y afeites.

—Ahora me vas a dar a mí lo mismo que le has dado a esa loquita. Un beso, solo un beso, de momento —me exigió aferrando con más fuerza mi brazo. Sus dedos se apretaban sobre los moretones que ya tenía de ocasiones anteriores en las que había usado la violencia conmigo.

Deseoso de escapar de la escena que estaba viviendo, aunque fuera mentalmente, evoqué el sonido de la risa de Céline, el brillo de sus ojos y la ternura con la que se dirigía a mí. Me despertó de mi ensoñación la fuerza con la que Honoria me estaba zarandeando.

Me entró el pánico y quise soltarme de su presa, pero me tenía bien sujeto. Sentí cómo clavaba sus uñas en la carne lastimada.

A través de la neblina de sensaciones que me envolvían, escuché su risa burlona y confiada. Era mucho más fuerte que yo, lo sabía y se regodeaba por ello. Estaba en sus manos.

Fue el miedo lo que me dio la fuerza necesaria para empujarla y liberarme de su indeseada mano. Fue entonces cuando ella resbaló debido al agua que había salpicado al salir del barreño y se dio un fuerte golpe en la cabeza contra el suelo que en cuestión de segundos se tiñó de sangre oscura.

Me quedé allí parado, fascinado con la rapidez con la que el rojo cubría toda la superficie bajo mis pies. Un olor metálico se instaló en la celda, borrando el olor de la monja.

Me invadió una sensación de poder y de seguridad. Jamás le volvería a permitir a nadie lastimarme de ninguna forma posible. Supe en ese instante que iba a ser capaz de cualquier cosa con tal de no volver a sentirme como me había sentido minutos antes. Nadie nunca me volvería a tener de esa manera en sus manos, atado a su santa voluntad.

La madre superiora había caído sin pronunciar sonido, lo que me permitió rebuscar entre sus cosas algo de valor que poder vender o intercambiar por

comida. Cualquier cosa que me sirviera para viajar hasta Florencia y buscar a Céline.

Las paredes desnudas y desconchadas y la cama cubierta con una vieja manta, no auguraban ningún extraordinario tesoro. Tras saquear la habitación en busca de cualquier objeto de valor y no encontrar nada más que libros y delicias de mazapán, me arrodillé en el suelo junto a la muerta y le quité los anillos que cubrían sus gruesos dedos. Sentí asco al tocar su piel. Sin embargo, eso no me impidió hacerme con ellos. Una sencilla alianza dorada y una sortija con un gran rubí, del mismo color que la sangre que ahora me manchaba pies y rodillas, fueron mis únicas ganancias.

Preso de miedo a ser castigado huí de la ciudad, sin rumbo fijo, hasta que Adrien me encontró muerto de hambre y de frío. Cuando apareció y se paró frente a mí, creí que por fin había muerto y había subido al cielo que tanto pregonaban las monjas. Parecía un ángel, con su cabello dorado y sus ojos grises. Nada más lejos de la realidad comparar a mi maestro con un ángel celestial...

—¿Estás bien mon cher ami^[2]? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, a pesar de que era evidente que estaba mintiendo y que no había comprendido la última parte de su pregunta.

—Parfait!^[3] Ando buscando un nuevo alumno, estoy seguro de que tú eres perfecto para ello. No te faltará de nada si vienes conmigo —dijo mientras me tendía una mano para ayudarme a levantar.

Me sorprendió que no le molestara ensuciar su carísima ropa o que no arrugara la nariz para evitar el persistente mal olor que reinaba en el ambiente e incluso en mí. Instintivamente sentí que a su lado mi vida mejoraría y así fue.

Adrien Boissieu me acogió en su vida, me dio un nuevo nombre y me enseñó que no era necesario trabajar duro para comer. Mi maestro se convirtió en todo lo que siempre había necesitado, bajo su tutela aprendí a robar y a mentir con soltura, pero sobre todo me enseñó a actuar como un caballero, a sonreír de cien formas distintas, una para cada ocasión: «una sonrisa en el momento adecuado abre muchas puertas», decía instruyéndome.

Mi salvador era francés hasta la médula. Su ropa siempre tenía el corte perfecto, impecable y elegante; su cabello dorado y sus grandes ojos grises

hacían el resto. Nadie podía resistirse a su encanto, y por supuesto yo tampoco pude.

«Los buenos modales y la educación atraen a todo el mundo», me repetía una y otra vez. Jamás olvidé esas palabras, aún hoy son el único dogma en el que creo.

Parte 1

«Lo natural en las mujeres es tan parecido al arte»
Fausto, Goethe



Capítulo 1

Florenxia, 1535

Durante quince segundos fui incapaz de hacer otra cosa más que mirarla fijamente, temeroso de que, si parpadeaba, la visión se esfumaría ante mí...

Creía estar preparado para volverla a ver, pero estaba equivocado. Mientras la contemplaba me olvidé de respirar, la sangre se paralizó en mis venas y desatendí a la chica que estaba a mi lado... La tierra se movió a toda velocidad bajo mis pies haciendo que me costara mantenerme firme en el mismo lugar, y todo porque volvía a estar parada frente a mí.

Había vuelto a encontrarla, la razón por la que abandoné Roma, por la que me negué a morir de frío y de hambre. La única debilidad que me había permitido en los catorce largos años que llevaba sin verla, y lo mejor de todo, aún era libre para estar conmigo...

Pero entonces algo en mí se rompió en pedazos y la odié tanto como la había necesitado. Un segundo después, cuando recordé que yo ya no era la misma persona. Que ni siquiera tenía derecho a llamarme así.

Armony, febrero de 2012

No podía creer que me viera en una situación semejante. Era evidente que

me había fallado a mí mismo al permitirme tal absurda debilidad. Los demás no importaban y en cualquier caso, tampoco había nadie más conmigo; siempre había estado solo y tampoco me lamentaba por ello. La compañía más fiel siempre era uno mismo.

Pasé los brazos por debajo de la cabeza y me dediqué a observar las grietas del mohoso techo. Algunas tan abiertas que parecía imposible que no se hubiera derrumbado ya sobre la cabeza de algún inocente durmiente. Poco me importó que mi carísima ropa se arrugara, el repugnante olor que impregnaba la habitación del motel o lo hambriento que estaba. Lo único importante era que había descubierto una faceta de mí mismo que creía eliminada de raíz.

El ambiente cochambroso de la habitación en que me escondía, con sus oscuras manchas de humedad en las paredes, las tiasas sábanas y las alimañas que se descolgaban por las telarañas de las paredes, influía en mi ánimo tanto que había llegado a auto compadecerme.

El suave golpe de unos nudillos contra la puerta me sacó de sopetón de mis funestos pensamientos. No estaba muy seguro de querer abrir, ya sabía quién estaba al otro lado y por primera vez en mi vasta vida no me sentía con fuerzas para verla, y mucho menos para enfrentarme ni a su lengua mordaz ni a sus miradas recriminadoras.

Resoplé resignado cuando comprendí lo evidente: que no iba a marcharse sin darme uno de sus interminables sermones. Me levanté de la cama despacio, descalzo, me dirigí a la puerta esbozando mi mejor sonrisa.

—Adelante —la invité en cuanto abrí, todavía sonriendo a pesar de lo mucho que me costaba hacerlo.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó sin saludar siquiera. Me dio un leve empujón y entró como un torbellino para pararse en medio de la inmunda habitación.

Su presencia desentonaba allí tanto como podía hacerlo un pato en un estanque de cisnes. Me pasé la mano por la frente para descartar la inesperada idea.

Mi sonrisa se hizo más pronunciada, más estudiada.

—No pienses por un momento que ha sido un gesto noble. No lo ha sido —la avisé consciente de por dónde discurrían sus pensamientos.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó de nuevo con sus ojos fijos en los míos.

Instintivamente aparté la mirada. Céline siempre se empeñaba en buscar dentro de mí con la esperanza de encontrar algo más, me molestaba que lo hiciera porque yo sabía que nunca hallaría nada, al menos nada que valiera la pena ser encontrado.

Yo no era nada más que lo que se veía, por mucho que mi ropa y mis impecables modales pudieran dar a entender otra cosa. De alguna manera el dicho de «las apariencias engañan», en mí, resultaba una verdad absoluta.

—Lo he hecho por mí —contesté mientras la rodeaba—. ¿Qué esperabas Céline?

—Rachel —pidió alzando altiva la nariz.

—Creo que yo tengo derecho a llamarte Céline, ¿no crees?

—No, no lo tienes —pude notar el dolor de su voz. No obstante, lo ignoré y seguí con mi juego.

—Déjame adivinar Céline —remarqué cada sílaba de su nombre con la intención de molestarla—. Danielle os ha contado qué ha pasado y tú has creído que lo he hecho por ella, que aún hay algo bueno en mí a lo que aferrarte. Pues te equivocas princesa, no lo hay.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —volvió a preguntar, pero esta vez su voz sonó como una súplica. Era la primera vez en mucho tiempo que me permitía ver algo más que frialdad y desdén. Sin embargo no me importó, estaba dispuesto a matar sus esperanzas por el bien de los dos.

—Porque me había cansado de Oliver y de sus remordimientos, de su forma de castigarse y de esta maldita y agobiante ciudad —dije abarcando con mis manos la mugrienta habitación en la que me había visto obligado a esconderme. Yo escondido de nuevo entre la basura, huyendo nuevamente. La imagen de un niño sucio con las marcas del llanto en sus manchadas mejillas hizo que me estremeciera de pies a cabeza.

—¿Te vas? —su voz sonó distante, como si hubiera ido a buscarla muy lejos de aquí. Agradecí internamente que hablara ya que con ello había dejado atrás la mirada perdida de aquel niño pequeño.

—Por supuesto, en Armony no hay nada para mí —mi sonrisa se hizo más intensa porque era consciente del daño que le estaban causando mis

palabras. Inconscientemente me odié por ello, pero seguí sonriendo, aferrándome a su dolor.

Céline no movió un músculo, sin embargo, el brillo que segundos antes chispeaba en sus ojos había desaparecido de sus iris claros.

Sin dedicarme una sola mirada más o una palabra de despedida se dio la vuelta y me dejó allí, consciente de que la habitación se había vuelto más sombría con su ausencia.

Una hora después, mi mente se movía en otras direcciones. Parecía que las cosas se veían desde otro punto de vista tumbado en la incómoda cama a la que había regresado en cuanto ella se fue.

Mi conversación con Céline había sido relegada al olvido. La esperanza que destellaba en sus transparentes ojos, el dolor de ella al descubrir la verdad, que yo no valía la pena el esfuerzo... Lo sorprendente era que no lo hubiera descubierto antes, con la cantidad de oportunidades que había tenido desde que había regresado a su vida.

Florenxia, 1535

Una risa cristalina me hizo volver la cabeza, curioso e interesado. Una jovencita corría entre los rosales del jardín seguida de cerca por un perro bastante feo y desgarbado. El pobre parecía estar en las últimas: su pelaje encrespado y lo que le costaba correr tras la chica daban buena cuenta de su edad.

—Isabella —la llamó la señora Onetti.

Una mujer tan vieja como el perro, que ejercía de institutriz de la hija pequeña del conde de Basani, y se había mostrado distante y almidonada cuando me la presentaron esa misma mañana.

La vieja institutriz se consideraba por encima del servicio doméstico de la casa, por lo que me convenía tenerla como aliada si quería hacerme con los favores de su pupila. La saludé tímidamente con la cabeza, aparentando un respeto que no sentía. La joven que desde la distancia se veía preciosa, era la menor de las hijas de mi nuevo señor. El maestro me había colocado al servicio de un noble para que pudiera moverme por los círculos más altos de

la sociedad, ya que era ahí donde los vicios y la ambición eran más fuertes y poderosos. Dos de las bazas con las que podía lograr mis objetivos, que no eran otros que mi codicia y el deseo de poder.

Me sentía a gusto en este mundo, ya que había sido educado para pertenecer a él. Además, Adrien se había trasladado conmigo a Florencia, con lo que contaba con su apoyo incondicional.

La muchacha, que no parecía muy dispuesta a seguir a su profesora dentro, clavó sus grandes ojos en mí. Noté un escalofrío recorrerme la espalda cuando a pesar de los metros que nos separaban logré distinguir la profunda tonalidad verdosa de sus iris.

Tal y como me había dicho el maestro, mis sentidos se estaban desarrollando... Mi nuevo yo estaba emergiendo.

Armony, febrero de 2012

Después de barajar mis opciones comprendí que apenas tenía dos: quedarme y hacer frente a lo que vendría si me encontraban (esconderme en Armony no era una opción) o dejar la ciudad y huir hasta que las aguas se calmaran o encontrara una forma de librarme del castigo. Me decanté por esta última; nunca había sido partidario de los enfrentamientos directos. El golpe era más determinante cuando el enemigo no se lo esperaba.

Decidí que tenía que abandonar Armony cuanto antes, principalmente por mi propia seguridad, lo que había hecho se sabría muy pronto y no podía quedarme a esperar que me encontraran y, en menor medida, porque no estaba acostumbrado a vivir en las sombras. Me gustaba rodearme de lujos y el viejo motel carecía del más humilde de ellos. Ya puestos podía aprovechar la tesitura y buscar el anonimato en alguna playa paradisíaca con calas vírgenes y aguas transparentes. La imagen me arrancó una sonrisa. El trabajo no estaba reñido con el placer: esa era una de las filosofías que regían mi vida.

Mi sonrisa se hizo más profunda, siempre había sabido sacarle partido al trabajo. Primero Isabella, luego Céline... el recuerdo de mis antiguas amantes me dio una idea nueva con la que no había contado, una nueva carta con la

que apostar y ganar. Apenas pude contener la emoción al comprender que contaba con una baza excepcionalmente afortunada, tenía en mis manos la reina de corazones.



Mi cabeza bullía llena de interrogantes, dudas y emociones contenidas durante años e incluso desterradas. Tenía que esforzarme al máximo por aparentar normalidad y la normalidad, en mi caso, era evitar que mis pensamientos y sentimientos se leyeran en mi rostro.

No estaba dispuesta a permitir que volvieran a hacerme daño, así que mantenía las distancias con todas las personas que me rodeaban. No había sido una decisión difícil de tomar, lo complicado había sido aprender a dejar fuera mi parte más emocional. De ese modo había conseguido eliminar los impulsos que tan mal me habían conducido en Florencia. Había aprendido a contenerlos con la razón, incluso, a veces, con los dolorosos recuerdos que mantenían a raya mis debilidades.

Pero dejar de sentir era imposible, así que la única opción que me quedaba era ocultar que lo hacía. Si nadie sabe lo que sientes es más fácil evitar que te hagan daño. Lo aprendí muy tarde, pero lo aprendí muy bien.

Estar con Mefisto había traído consigo un duro castigo para mí, había perdido más de lo que había ganado, que puestos a ser francos, fue nada. Y yo había aprendido la lección completa.

Florencia, 1535

—Siento tener que ser yo el portador de tan malas noticias —me dijo Tristan mientras acariciaba suavemente mi cabello.

Asociaba ese familiar gesto de consuelo a él, desde mi más tierna infancia mi madre siempre había estado demasiado ocupada con mi hermana Laura como para tomarse la molestia de ofrecerme su amor incondicional. De ahí que el cariño fraternal lo asociara a Tristan y en menor medida a mi padre

que, aunque se desvivía por hacerme feliz, estaba como el resto de nosotros, bajo las tensas riendas con las que mi madre dirigía nuestras vidas.

—Yo no —confesé con la voz quebrada por el llanto—. Contigo puedo dejarme llevar por la autocompasión —me aferré con más fuerza a sus brazos y permití que las lágrimas por la pérdida de mi rango me inundaran los ojos y el alma.

No había nadie mejor que Tristán para desahogarme. Era mi maestro, mi mentor. No obstante, también había sido mi compañero y mi único amigo. Ahora que había perdido mi condición de arcángel y a la persona que amaba, Tristan era todo lo que me quedaba, lo único a lo que aferrarme para no romperme en diminutos trocitos irreparables.

Pero no podía olvidar que Tristán era además mi superior, la persona a la que tenía que rendirle cuentas durante el resto de mis días.

Armony, febrero de 2012

Sacudí la cabeza para escapar de los peligrosos pensamientos que se habían instalado en mi mente. No había nada más que mi propia naturaleza compasiva en lo que estaba sintiendo por Gabriel. Lo que me embargaba en esos momentos era lástima y solidaridad, lamentaba que se viera acorralado; eso era todo. Me lo repetí a mí misma tantas veces que al final terminé por convencerme de ello.

Mefisto estaba solo y, a pesar de la dureza de sus palabras, de la actitud distante e incluso cruel con la que me había tratado, yo no podía evitar recordar el niño que había sido. Mi amigo de la infancia, el chiquillo lleno de moretones y golpes que se había esforzado tanto por aprender a leer. Gracias a que mi familia me había destinado a la Iglesia había recibido una educación superior a la de cualquier mujer, incluso a la de muchos nobles varones. Ya que para mis seres queridos, y en especial para mi madre y mi hermana, mi único cometido en la vida era que terminara siendo abadesa y con ello honrara el apellido familiar.

La niña que fui antaño compartió esos conocimientos con un Mefisto sucio y agotado por el trabajo en el convento en que malvivía. El compañero

que había ocupado mis pensamientos desde el mismo día en que nos conocimos.

Cuando lo volví a ver ya no quedaba nada de ese niño en su mirada, pero aun así no pude apartarme a tiempo o no quise hacerlo. El resultado fue igual de catastrófico para mí.

Cerré los ojos con fuerza para mantener los recuerdos en su sitio. En el pasado de dónde nunca deberían salir.

Florenxia, 1535

—¿Céline, eres tú? —preguntó después de varios segundos de observarme en silencio.

Parecía sorprendido y admirado al mismo tiempo de que nuestros caminos por fin se hubieran cruzado.

Las comisuras de mi boca tiraron hacia arriba ofreciendo una sonrisa amplia, sentí un agradable cosquilleo en mi estómago y clavé la mirada en la persona que acababa de dirigirse a mí.

Esa voz me recordaba a alguien...

—¡Demone! —exclamé emocionada al reconocer en el atractivo joven plantado frente a mí al antiguo amigo por el que tanto me había preocupado y me lancé a sus brazos sin pensar en las consecuencias de mi acto reflejo y poco convencional. Él me abrazó con la misma necesidad que yo estaba sintiendo en ese momento.

Tal y como le había prometido tantos años atrás, le pedí a mi padre que me permitiera traerlo a vivir con nosotros y, tal y como había esperado, mi padre aceptó. Pero cuando escribimos al convento solicitando su presencia se nos informó que había abandonado el lugar, no se nos dio ningún detalle de su paradero, así que durante semanas fantaseé con la idea que había sido adoptado, que era feliz por fin. Nunca le olvidé, siempre estuvo presente cada noche en mis oraciones.

Y ahora por fin volvía a estar al alcance de mi mano. Cambiado, no obstante, con la misma sonrisa pícara y la misma mirada felina que tan bien recordaba.

Sentí como Isabella daba un respingo al comprender que nos conocíamos y la familiaridad que había en nuestro abrazo. Me molestó que sintiera celos, él no era suyo, no tenía porque sentirlos. En ese momento no me di cuenta que yo estaba actuando de la misma manera.

—Mi princesa... —murmuró todavía abrazándome.

—¿Quién es Demone? —preguntó enfada por quedar fuera de nuestra conversación. Estaba tan alterada que ni siquiera supo disimular su descontento.

La mirada de complicidad que intercambiamos no pasó desapercibida para sus profundos ojos verdes.

—Yo soy Demone —respondió él sin mirarla—, era así como me llamaban las monjas del convento en que viví de niño —era toda la explicación que iba a darle al respecto.

—Ahora me llamo Mefistófeles, pero puedes llamarme Mefisto. Es más corto y todo el mundo lo hace —se inclinó en una teatral reverencia, pero sin cortar el contacto visual conmigo.

—Tú y tus nombres —me reí feliz por volver a saber de él. Era como si no hubiesen pasado catorce años desde la última vez que estuvimos juntos, y supe que a él le sucedía lo mismo.

Isabella por su parte estaba a punto de estallar de rabia, celos y miedo. Yo lo sentía con la misma fuerza con la que lo hacía ella, lo percibía en cada poro de mi piel, el cambio se había completado. Desvié mi atención de ella y la centré de nuevo en Mefistófeles.

—Estás preciosa Céline —me dijo con voz ronca y sensual.

Le sonreí en respuesta y le hice un casi imperceptible gesto señalando a su acompañante. Estaba tan contenta y feliz por el reencuentro que me permití sentirme compasiva.

—Después —prometió con esa única palabra.

Desgraciadamente, nunca hubo un después...



Capítulo 2

Roma, marzo de 2012

Llevaba dos días en Roma y ya estaba cansado de la bulliciosa urbe. Al final había cambiado la paradisíaca playa por la ciudad que me había visto nacer. No sé por qué me decidí por ella; había sido un impulso, una decisión repentina e inesperada, y ahí estaba yo, regresando al lugar donde todo había comenzado.

Un arrebató estúpido que lamenté desde el mismo instante en que puse un pie en ella. Cada calle me traía un recuerdo diferente, a cuál más molesto. Miles de rostros y nombres se agolpaban en mi mente, sueños, anhelos, humanidad...

Sin embargo era algo que podía decir de prácticamente la totalidad de ciudades civilizadas. Oliver y yo habíamos vivido en casi todos los rincones del planeta. Su pasión por la música nos había arrastrado a Berlín, Liverpool, Viena, Chicago, París, Sevilla... Y tras nosotros Céline, como una constante en mi existencia. La chica que se mantenía alerta ante cada uno de nuestros movimientos, pero al mismo tiempo lo más alejada posible de nosotros.

Aunque Roma me arrastraba más lejos en el tiempo. Me evocaba recuerdos que no tenían nada que ver con Oliver o Céline, ni siquiera conmigo. Dejé la taza con cuidado cuando noté que mis manos temblaban. Me había perdido en los recuerdos y una mezcla de rabia e impotencia me

había sacudido con tanta fuerza que temí derramar mi capuccino sobre mis impecables pantalones de Dolce & Gabbana.

Mala idea, Roma era una mala idea en mi recientemente creada lista de malas ideas, de ideas pésimas y catastróficas.

De todos modos tampoco podía quedarme en el mismo sitio mucho tiempo, iba a tener que moverme si quería esquivar a los sabuesos, demonios encargados de localizar proscritos para llevarlos ante sus superiores, donde eran juzgados y posteriormente ajusticiados. Con nuestras estrictas leyes eran muy pocos los que sobrevivían a un juicio de sangre. En una sociedad en la que la mentira y la falsedad eran lo más parecido que teníamos a una virtud, ningún juicio podía ser medianamente justo; por ello se instauraron los juicios de sangre, el cálido líquido vital nunca mentía. Contenía mucho más que simple ADN, era la depositaria de los recuerdos y, por consiguiente, de la verdad absoluta.

Y yo era consciente que debía evitarlo a toda costa. Para ello tenía que convencer a Adrien de que mis palabras eran ciertas porque si no lo convencía, estaba perdido. Y me gustaba demasiado la vida que llevaba como para darme por vencido.

Tenía que trazar un plan maestro que me sacara del problema con limpieza y rapidez. Una idea arriesgada ya daba vueltas en mi cabeza desde que Céline me visitó en aquella sucia y destartalada habitación en Armony, pero si fallaba no habría ninguna salida de emergencia con la que salvaguardar mi apreciado pellejo. Tenía que jugármelo todo a una sola carta. Aceptar los riesgos fue la segunda mala idea de mi lista.

Céline iba a ser mi salvoconducto. Ella no lo sabía; no obstante, iba a hacer que ganara muchos puntos ante mis superiores y no me estaba refiriendo exclusivamente a Adrien, sino a las altas esferas. Mi metedura de pata con Oliver solo tenía una solución viable y desde luego pasaba por salvar mi trasero a toda costa.

Roma, 1525

Entré en el despacho con una idea fija. Mi maestro estaba sentado tras su

escritorio repasando la correspondencia y, quizás, meditando sobre los pasos a seguir para terminar de completar mi educación. Habían transcurrido ya cinco años desde que me recogió en la calle. Después de meditarlo largamente habíamos decidido que lo mejor era esperar a tener una edad más adulta para completar el cambio. De ese modo sería un chico joven eternamente y las puertas de los hombres más importantes siempre estarían abiertas para mí.

Por lo que de momento todo mi tiempo se lo llevaba la instrucción constante pero cariñosa que Adrien me impartía.

—Maestro, ¿cómo se consigue llegar a lo más alto? —pregunté a Adrien plantándome frente a su escritorio. Alzó la vista de los documentos que estudiaba y me miró con los ojos brillantes de orgullo. No conocía con exactitud la edad real de mi protector, pero su aspecto exterior era el de un joven de diecinueve años. Eso, unido a su trato fraternal, hacía que lo viera como un hermano mayor al que respetar y al que poder acudir siempre a pedir consejo. Ver el orgullo que sentía por mí hizo que por primera vez en mucho tiempo me sintiera feliz. Después de todo lo que había sufrido, por fin podía estar agradecido por mi nueva vida.

—Eres un joven muy ambicioso Mefisto. Eso es muy bueno jeune ami^[4] —me dijo reclinándose en la silla—. Sin embargo recuerda bien lo que te voy a decir: primero, nunca muestres tus cartas; segundo, cuando entres en un lugar busca siempre una salida por la que poder escapar y tercero, y más importante, nunca hay que arriesgarse. Siempre hay que jugar con ventaja. Si no dispones de cierta ventaja no vale la pena jugar.

—¿Cómo se juega con ventaja, maestro?

—Con paciencia, con mucha paciencia. El tiempo corre en contra de los humanos que necesitan aprovechar cada momento como si fuera el último. Sus vidas están gobernadas por la incertidumbre del mañana, por el anhelo del carpe diem. Para nosotros el tiempo no es más que un instrumento con el que lograr nuestros fines. Algún día lo entenderás, Mefisto, aún eres muy joven —su sonrisa enigmática hizo que sintiera la necesidad de conocer ese secreto que se me escapaba a mis once años. Por ello me apliqué y gasté todas mis energías en aprender todo lo que él estuviera dispuesto a enseñarme.

—Pero... —una de mis cualidades era que jamás daba por terminada una conversación hasta que le exprimía todo el jugo, y esta conversación aún conservaba el néctar que yo ansiaba probar.

—No he olvidado tu pregunta Mefisto. El mejor modo de medrar en nuestro círculo es atrapar el alma de alguien del otro lado —me explicó con la misma paciencia que pregonaba.

—¿Te refieres a ellos? —pregunté señalando el cuadro que colgaba presidencial sobre la chimenea del despacho de mi tutor. Dos ángeles gemelos idénticos a los de la Capilla Sixtina, pintados por la misma mano, se mostraban pensativos y ligeramente aburridos. Mi maestro se burlaba con ese gesto de los habitantes del otro lado, como él los llamaba. Personajes aburridos y siempre ansiosos por seguir las normas, demasiado perfectos para romperlas.

—Sí, lo hago.

Sonreí complacido, ya tenía mi respuesta.

Ahora lo que tenía que hacer era organizarme y para ello necesitaba tiempo, que era justamente de lo que menos disponía. La teoría de Adrien sobre el tiempo en este caso no era válida para mí.

Roma, marzo de 2012

Encontrar a Rachel era la parte más fácil; parecíamos imanes, por mucha distancia que pusiéramos entre nosotros, el destino siempre se empeñaba en unirnos. Lo que me preocupaba era cómo reaccionaría al verme, sobre todo después de nuestro último encuentro, en el que había puesto excesivo interés en mostrarle todo lo cruel que podía ser. Fruncí el ceño molesto por el paradójico impulso que siempre me empujaba a protegerla alejándola de mí.

Seguía sentado frente al capuccino humeante en el Cafe della Pace situado en la vía con el mismo nombre, cuando la idea final que tanto me había costado encontrar hizo chispa en mi cerebro. El plan se plasmó completo ante mis ojos.

Me pasé las manos por el cabello, aturdido por lo magistral que era el movimiento. Demasiado bueno para ser cierto, jamás hubiese conseguido una jugada mejor ni planeándola durante siglos. Si todo salía bien conseguiría las dos cosas que siempre había anhelado: el poder y a Céline. Después de todo, regresar a Roma tampoco había sido una idea tan mala.

En menos de media hora ya había organizado con el iPhone mi nuevo viaje a la ciudad que nunca duerme. Si había algo que adoraba casi tanto como la libertad de esta época, era la tecnología que facilitaba desde contratar un viaje a través del teléfono móvil, el mejor invento que podía recordar, hasta localizar a una persona con solo buscarla en Facebook, Twitter o cualquiera de las redes sociales en auge.

Cuatro horas después estaba metido en un avión dispuesto a olvidarme de Céline, de Oliver y de las pocas debilidades que aún me permitía.

Después de que el avión despegara y dejara de distinguir la ciudad a mis pies, me di cuenta que las horas de viaje no iban a resultarme tan plácidas como otras veces. Siempre había disfrutado de un vuelo en primera clase, pero en esos momentos estaba más pendiente de que lo que dejaba atrás que de responder a las miraditas ávidas de la rubia del asiento de al lado. Me concentré en ella tratando de acortar las horas y desplegué mi encanto depredador. La rubia era la mejor forma de olvidarme de todo lo que me atosigaba, además cumplía la regla indispensable para mí: no era morena.

Me giré, y para hacerlo desplazé todo mi cuerpo de modo que no quedara ninguna duda de que estaba interesado. Clavé mi mirada en ella, era escandalosa, ¡perfecto!

Vestía un traje sastre rojo y ceñido, sus voluptuosos senos asomaban por la chaqueta entallada que llevaba, cuya falda eran tan corta que perdía todo el derecho de llamarse así. Me devolvió la sonrisa y se levantó sin dejar de contonearse con movimientos lánguidos y sensuales, incluso tuvo el descaro de mirarme de arriba a abajo evaluando lo que veía. Tuve que controlar la carcajada que su insolencia me había despertado. Su forma de andar era estudiadamente provocadora, sonreí complacido.

No era un alma cándida, era una mujer que sabía lo que quería y yo pensaba disfrutar de ello todas las veces que fuese necesario hasta olvidarme de mi nombre.

Cuando salí del cuarto de baño sonreí satisfecho temporalmente, incluso había conseguido que desapareciera de mi mente todo lo demás.



Armony, febrero de 2012

Lo que peor llevaba, de todo lo que constituía mi mundo, era tener que cambiar constantemente de lugar. Cuando por fin me acostumbraba a la nueva ciudad, Oliver decidía marcharse en busca de algo que jamás encontraría, la paz que perdió cuando firmó el pacto por el que vendió su alma a Mefistófeles. Y como siempre, yo lo abandonaba todo e iba tras ellos.

Solo que esta vez Oliver se quedaba, Mefisto había desaparecido y yo ya no tenía ninguna razón para seguirles.

La pareja a la que buscaba se sonreía como si no hubiese nadie más a su alrededor. La expresión de Oliver se había suavizado tanto en los últimos días que llegó a recordarme al niño con el que había crecido en Florencia.

Antes de acercarme y hablarles les observé conversar. Estaban sentados en el patio del instituto, disfrutando de los pocos rayos de sol que nos había traído el invierno. Oliver sonreía y susurraba una melodía en el oído de Danielle, que reía divertida y feliz. Para ellos todo había terminado y, contra todo pronóstico, había salido bien.

Me encaminé, resuelta e incómoda al mismo tiempo, hacia los árboles bajo los que estaban sentados. Había tanta intimidad en sus movimientos que me sentí una intrusa. Danielle tenía la facilidad de hacerme sentir así.

—He venido a despedirme —les dije a modo de saludo, avisando de ese modo de mi presencia.

Mi nueva pupila parecía aliviada de que me marchara. Intenté dejarle un poco de privacidad, no obstante, era difícil hacerlo cuando su mente gritaba tan fuerte.

—Pero no olvides que tienes un deber conmigo —le advertí molesta con ella y con su actitud respecto a mí.

Danielle era una persona muy intuitiva y casi desde el primer momento

había sospechado que entre Mefisto y yo había sucedido algo. Era verdad y yo nunca mentía, lo que me molestaba era que a pesar de todo lo que este les había hecho aún albergara en su corazón una profunda e irracional simpatía por él. Y lo peor era que me molestaba porque era un eco de lo que yo misma sentía.

—Bueno Rachel, después de tanto tiempo juntos, creo que puedo decir que te voy a echar de menos —comentó Oliver terminando con la tensión provocada por el sepulcral silencio.

Una tímida sonrisa asomó a mis labios. Oliver era una parte de mi vida, prácticamente me la había pasado completa vigilándolo, atenta para que no facilitara víctimas a Mefisto. Me alegró comprobar que no era como yo había imaginado y que había luchado por alejarse del engañoso poder que le había sido otorgado.

Mi sonrisa se hizo más intensa cuando me vi en sus recuerdos. Habíamos estado a punto de ser familia.

—Supongo que puedo decir lo mismo —confesé sinceramente.

Estaba a punto de dar media vuelta y marcharme cuando una imagen se instaló en mi cabeza, la misma imagen que había intentado alejar de mí en muchas ocasiones, unos ojos verdes taladrándome, irritados y vencidos a partes iguales.

—Oliver. No fue culpa tuya. Fue mía —dije sin poder controlar el temblor de mi voz. Durante años había escuchado las lamentaciones de Oliver, había visto el sentimiento de culpa que le embargaba y había pasado de largo, ¿qué clase de ángel era yo que permitía que alguien sufriera con una mentira?

—¿A qué te refieres? —me preguntó, pero yo sabía que había comprendido a la perfección mis palabras.

—Isabella —contesté con un hilo de voz.

—No, Céline —negó usando mi antiguo nombre—. Me ha costado mucho aceptarlo, pero por fin sé la verdad y lo cierto es que no fue culpa tuya, ni mía, ni siquiera de Mefisto. Isabella tomó su decisión. Por muy horrible que esta haya sido, fue su elección. Eligió su camino igual que hemos hecho todos nosotros y todavía hoy seguimos haciéndolo.

Agradecí sus palabras con una trémula sonrisa, quizás en otro tiempo le

hubiera abrazado, sin embargo hacía mucho que Céline no salía a la superficie.

—Adiós —me despedí. Ya no había nada más que decir.

Ignoré la punzada de dolor y lástima que Oliver sintió y la extraña mezcla de alivio y tristeza que invadió a Danielle y volví a sentirme como aquella fatídica noche en el laberinto, sola y perdida. Muy perdida.



Nueva York, marzo de 2012

Nueva York era la ciudad perfecta para gente como yo, era lógico que Adrien la hubiera escogido como cuartel de operaciones. El único inconveniente que le encontraba a la Gran manzana era que no estaba lo suficientemente lejos de Armony.

Paseé la mirada por la fachada del Edén, la discoteca más de moda de la ciudad. Estaba pintada con un gran mural verde lleno de prados y de luz. Me reí ante la velada burla de mi maestro: el nombre del local, la decoración... todo aludía al libro sagrado y a las creencias del otro lado.

La cola formada en la entrada me impedía ver de qué más se había mofado Adrien. Me acerqué confiado y consciente de que los sabuesos habían notado mi presencia. No iban a atacarme puesto que conocían mis intenciones y, en cualquier caso, en ese mismo instante, mi maestro ya debía de estar informado de mi aparición, el vínculo que nos unía se habría encargado ya de avisarle y si este fallaba, disponía de su propia cohorte infernal.

Aunque era prácticamente imposible que el vínculo fallara, puesto que estábamos lo suficientemente cerca como para que sintiera mi energía a su alrededor.

La relación entre pupilo y maestro solo tenía una limitación real, y esa era la distancia. Mientras había vivido en Armony, o en otras ciudades, no había podido sentir el poder que emanaba de Adrien. Dicha limitación afectaba incluso en la misma ciudad, de una punta a otra se perdía el contacto. Y ese

era precisamente el motivo por el que me había establecido lo más lejos del Edén. Lo más alejado posible de él. Los siglos que había vivido a mi aire me habían acostumbrado a disponer de intimidad y no estaba dispuesto a renunciar a ella, ni siquiera para representar el papel del hijo pródigo.

Me detuve al inicio de la larga hilera de gente que esperaba para entrar al local con la intención de ejercer mi derecho de VIP. Escuché protestas y algún silbido, pero apenas les presté atención. Frente a mí tenía una imagen con la que no había esperado encontrarme nunca más. Las puertas que franqueaban la discoteca formaban parte del gran mural que había vislumbrado antes, en ellas destacaba una pareja desnuda y abrazada. Una serpiente verde y dorada se enroscaba desde el tobillo hasta el muslo de la chica. Unos muslos blancos que yo sabía que eran sedosos y cálidos. Lo sabía porque los había tocado a escondidas bajo la mesa del comedor, en el jardín de las rosas, en todas partes. Isabella sonreía dándoles la bienvenida a los visitantes del Edén, pero esa mueca provocativa y calculada nunca había estado en sus labios antes. La perdición de Adán había tomado la forma física de Isabella, pero no su dulce personalidad.

El portero me permitió pasar tras dirigirme una mirada apreciativa. No le hizo falta nada más, puesto que compartíamos naturaleza.

El local por dentro era tal y como me había imaginado, elitista y sofisticado. Su forma circular me hizo sonreír. Mi maestro no solo se había burlado de las creencias de los del otro lado, también se había atrevido a reírse de las nuestras.

No eran nueve círculos como los que Dante había creado en La divina comedia; no obstante, la idea quedaba bastante clara. En el centro de la discoteca estaba la pista de baile iluminada por decenas de focos en movimientos. Tras ella, con forma semicircular, estaba dispuesta la barra en la que camareros y camareras vestidos de negro y rojo servían a los clientes. En el centro del siguiente semicírculo había varias puertas señalizadas como cuartos de baño y al extremo izquierdo dos puertas más, y era de una de ellas de donde salía la energía de mi maestro.

Evité dirigirme a la zona de despachos; primero necesitaba tomarme una copa. Avancé sin perderme ninguno de los detalles de las paredes. Los murales no se limitaban a la parte exterior, hacia la mitad de la pared que

quedaba libre de la barra, estaba pintada la misma serpiente verde y dorada. Seguí su trayecto con la mirada esperando volver a encontrarme con Isabella, pero la cola de la serpiente esta vez no se enroscaba en su cuerpo sino en el árbol de la fruta prohibida.

Impresionante, eso había que reconocérselo. Adrien siempre había sido un snob aunque su buen gusto no podía ponerse en entredicho. Era uno de los demonios más antiguos, al menos de entre los creados. Los originales eran otra historia y, a pesar de tener cientos de años, aparentaba diecinueve. Su pelo rubio y sus ojos grises lo hacían parecer joven e incluso inocente y el acento francés que tanto se había esforzado por mantener le permitía marcar las distancias con la plebe.

No había hecho más que acercarme a la barra cuando una preciosa rubia se paró a mi lado. Sonreí famélico. Mi maestro aún recordaba mis gustos. Comprendí que eso era un punto a mi favor, pero me molestó tener que olvidarme de la copa; realmente la necesitaba.

—¿Sería tan amable de acompañarme, señor Mefisto? —me preguntó la sonriente y proporcionada rubia.

Me estremecí. La chica era humana e inocente, no tenía la más remota idea de para quién trabajaba.

—Por supuesto, pequeña. Por cierto, puedes llamarme Gabriel —le ofrecí guiñándole un ojo.

La chica sonrió francamente y supe que no se resistiría a mis avances. El problema era que yo no estaba dispuesto a intentarlo, mi encuentro con la rubia del avión me había demostrado que ya no estaba tan receptivo como antes. Deseché el pensamiento para otra ocasión en la que dispusiera de más intimidad mental y la seguí poco interesado en el vaivén de sus caderas y la suave curva de su trasero. Fijé mi atención en la pista de baile que estábamos bordeando.

Al entrar me había visto tan eclipsado por la decoración que no había sido consciente de la variedad de bailarines que había en la pista. Los había que parecían haber nacido en un escenario y también estaban los que apenas se sostenían en ella. Del mismo modo también destacaba la variedad en cuanto a grupos; si bien predominaban los demonios y los humanos, también se prodigaban algunos ángeles descarriados.

La rubia se giró para comprobar que le seguía y me indicó con la cabeza, en un gesto apenas perceptible, que me colocara a su lado. Sonreí y me acerqué más a ella, pero me mantuve a su espalda.

—Disfruto más las vistas desde esta posición —le respondí con una mirada cargada de picardía. No tenía ganas de soportar su escrutinio ni tampoco ninguna insinuación.

Me devolvió la sonrisa y siguió caminando. Ni siquiera me molesté en preguntarle su nombre, no estaba interesado.

La rubia llamó a la puerta y se apartó para que la abriera y pasara. Nada más entrar en el despacho de mi maestro la vi parada tras su silla, susurrándole algo al oído que provocó que Adrien asintiera complacido. Ni siquiera me despedí de la chica que me había acompañado. Una imperdonable falta de educación provocada por el estupor que me estaba causando la visión.

Durante un largo minuto fui incapaz de hablar o hacer cualquier otra cosa más que mirarla fijamente; poco me importó la sonrisa triunfal que apareció en el rostro de mi maestro. Tuve que agarrarme al respaldo de la silla que había frente a mí porque las piernas comenzaron a temblarme.

—¿Isabella? ¿Eres tú? —pregunté mareado por la sorpresa de ver a uno de mis fantasmas parado frente a mí.

Una reacción extraña para alguien que había vivido tanto como lo había hecho yo. Guardé esa idea en la cabeza para revisarla más tarde y crucé los dedos para que hubiera un más tarde.

—No seas absurdo, Mefisto. Isabella está muerta. Eva es solo alguien que se le parece. Aunque tu reacción es bastante normal —respondió Adrien con una sonrisa encantada, era él quien había orquestado el encuentro entre la falsa Isabella y yo. Siempre había sido un gran admirador del teatro y de los grandes dramas y si por algo se caracterizaban estos, era por las apariciones inesperadas.

Arqueé una ceja. ¿Eva? No fue necesaria formular la pregunta en voz alta para que él comprendiera.

—¿Irónico, verdad? Sus padres acertaron con el nombre —dijo mientras le daba una juguetona palmada en el trasero—, aunque en eso fue en lo único en que acertaron —dijo más para sí que para nosotros.

—Seguro que sí —comenté de pasada. Una vez superado el shock inicial pude recomponerme lo suficiente como para mostrar mi mejor cara de póquer, a pesar de que mi mirada terminaba desviándose en su dirección.

—Me alegra verte, he escuchado muchas cosas sobre ti últimamente... —dijo tanteando mi reacción.

—Todo es falso maestro —refuté socarrón, fingiendo una diversión que no sentía. Me estaba costando mucho apartar la mirada de Isabella o de su doble, más bien.

—Eso ya lo suponía —dijo mientras me señalaba una silla frente a su escritorio.

La tal Eva abandonó discretamente la habitación y yo pude volver a pensar con claridad. Estaba allí con un fin mucho más importante que una visión del pasado, estaba allí para salvar mi pellejo.

—De lo contrario no habrías venido a la boca del lobo —comentó reclinándose en la silla.

—No maestro, no soy tan tonto.

—Soy perfectamente consciente de ello. No olvides que yo te eduqué —explicó con una pizca de orgullo en la voz.

—Todo lo que he hecho en estas últimas semanas ha sido premeditado. Nunca he querido traicionar a los míos. Todo formaba parte de un plan —mentí intentando no pensar en nada que pudiera delatarme ante él.

—Te escucho —dijo al tiempo que despegaba su espalda de la silla y apoyaba los brazos sobre el escritorio acercándose a mí, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Sus ojos brillaban expectantes.

—Voy a conseguir que Céline se una a nosotros —esperé un gesto, una mirada de reconocimiento, sin embargo esta no llegó y continué con mi discurso ensayado—. Su caída será mi subida, nuestro éxito, maestro. Nunca estuve interesado en Oliver, siempre quise tenerla a ella —dije consciente del doble sentido que tenían mis palabras.

—Eso nadie lo ha dudado nunca, Mefisto. Por lo que me cuentas deduzco que has seguido mis instrucciones al pie de la letra, has mostrado paciencia, incluso demasiada para alguien inmortal. Pero, ¿qué te hace pensar que va a volver a caer en tus redes? La primera vez que confió en ti perdió su rango y después la abandonaste a su suerte ¿de verdad crees que volverá a dejarse

engañar por ti? Nunca me ha parecido una estúpida, de hecho creo que es una criatura fascinante.

—¡Estoy seguro!

—¡Muéstrame tus cartas, Mefisto! —pidió admirado por mi seguridad. Si había algo que mi maestro amaba era, sin lugar a dudas, los hilos con los que se entretejía la traición.

—Su compasión por mi precaria situación hará que quiera salvarme a toda costa. Su infinita misericordia —pronuncié esas palabras con sorna—. Será su perdición y nuestra victoria.

—¡Brillante! —aplaudí Adrien—. Realmente brillante. Estoy deseando volver a verla y disfrutar del espectáculo que vas a montar. Llámalo intuición, pero algo me dice que Céline está más cerca de lo que pensamos.

Me tensé en la silla, incómodo. La idea que Céline estuviera al alcance de mi maestro me perturbaba más de lo que conseguía explicarme racionalmente.



Capítulo 3

Suspiré emocionada mientras atravesaba las puertas del museo situado en Manhattan, en el 11 West con la calle 53. El sueño de mi vida se estaba cumpliendo: al fin disponía de un poco de espacio para mí misma y estaba en Nueva York adentrándome en el MOMA^[5], uno de los museos de arte moderno más importantes del mundo. Y yo por fin podía disfrutar de él.

Resultaba cómico que, a pesar de lo extensa que había sido mi vida, no hubiera podido disponer de un poco de tiempo para disfrutarla. No obstante, mi misión estaba por encima de todo lo demás y esa había sido no perder nunca de vista a Oliver y con él, a Mefisto. Nadie estaba seguro de cuánto iba a durar la tregua que nos había dado la decisión de Oliver de no usar su poder en favor de Mefisto. Y debíamos permanecer alerta por si finalmente cedía a la tentación de usarlo.

Con los años comprendí que Fausto no era tan despreocupado y frívolo como había pensado siempre, sino una persona obsesionada. Primero con la música y posteriormente con la muerte de su hermana. Una muerte que de distintas formas nos había afectado a todos.

Una vez que crucé la puerta del museo me sentí en como lo hacía cuando en Armony regresaba a casa tras un día especialmente largo de instituto; como en casa. En el museo era capaz de oler la magia de las pinturas allí expuestas, el asombro y la admiración con la que los visitantes contemplaban las obras que atestaban las distintas salas. La pinacoteca estaba estructurada

en diversas alturas, desde las cuales se podía observar a la vez las que estaban un nivel más abajo. Eran como una especie de cajas de regalos gigantes, ya que en cada una de ellas encontrabas un pedazo de arte más espectacular que el anterior. Había pasarelas que te llevaban de una caja a otra y cuando entrabas en ellas parecía que te adentraras en un nuevo mundo. La zona de los jardines era, así mismo, otro mundo a parte de la galería en el que podías sentarte en sus bancos y disfrutar de las sensaciones que todavía nos fascinaban tras la visita.

Los sentimientos que embargaban a las personas que me rodeaban aquí siempre eran de amor, respeto y admiración. Era en lugares como estos, en los que podía disfrutar de la paz que me esquivaba en la calle, donde quedaba tan expuesta a toda clase de personas, y por lo tanto a toda clase de sensaciones.

Los altos techos y las paredes acristaladas me conquistaron en cuanto las vi. Había estado allí miles de veces a través de internet con las visitas cibernéticas pero estar realmente en aquel lugar era un deseo anhelado que por fin se cumplía. Estaba tan emocionada que percibía más cosas de las que mi cerebro era capaz de clasificar.

Sentí un calambre en el hombro cuando alguien chocó accidentalmente conmigo, me giré dispuesta a disculparme por el golpe pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta al descubrir quién era la víctima de mi descuido.

—¿Céline, eres tú? —preguntó un Adrien sonriente y tan atractivo como siempre.

Floencia, 1535

Estaba tan enfadada y apretaba con tanta fuerza los puños, que estaba segura que me iba a hacer sangre al clavarme las uñas en las palmas.

—¿Céline, eres tú? —preguntó Adrien con su suave acento.

Salí de detrás del pilar en el que me había escondido del mundo. Adrien atrapó mi mano entre las suyas y tiró de mí para ayudarme a salir de mi refugio. Sentí su piel caliente y suave.

—Hola, Adrien —le saludé contenta de encontrarlo. Adrien siempre me hacía sonreír y olvidarme de todo lo que me preocupaba.

Su sonrisa era radiante y sincera, me contagió su entusiasmo y una tímida mueca tiró de las comisuras de mis labios.

—¿Se puede saber por qué la chica más hermosa de la fiesta anda escondiéndose? Tus pretendientes van a estar muy tristes.

—No puedo tener pretendientes. Voy a ser monja —dije sin pensar. Me sorprendí a mí misma. No mentir era una de las normas básicas para cualquier ángel. Si bien no lo había hecho, había esquivado la pregunta y, por lo tanto, me había acercado bastante.

Él rompió a reír con una risa acampanada y sincera, que mejoró mi ánimo alicaído al instante.

—No creo que valgas para ser monja, eres demasiado hermosa ma chérie^[6]. Pero estoy seguro que esa no es la razón por la que te escondes —¿me había descubierto al hablar tan atropelladamente o quizás siempre lo había sabido?

—No —volví a responder precipitadamente. Adrien me gustaba, sin embargo, no estaba segura de hasta qué punto era buena idea confesarle mis temores.

—¿Entonces, sabes que puedes confiar en mí? —me sorprendieron sus palabras, ya que era exactamente lo que en ese instante rondaba por mi cabeza.

Sonaba tan sincero, yo era tan ingenua... Y él me hacía sentir tan especial.

—Isabella y Mefisto —dije simplemente. Tampoco es que hiciera falta mucho más. Adrien era uno de los nobles que le habían recomendado para el cargo de secretario que ostentaba en casa del prometido de mi hermana. Y estaba a la vista de todo el mundo el interés que ella mostraba por él.

—No debes preocuparte por eso. Isabella es un trabajo. Tiene que encargarse de ella porque trabaja para su padre, pero estoy seguro que no es nada más que una obligación para él. De todos modos, puedes hacer que la deje a ella y te busque a ti —sus palabras fueron música para mis oídos.

Adrien llevaba ya varios meses en Florencia cuando apareció Mefisto, pero a juzgar por la confianza que este tenía en mi antiguo amigo, debían de

conocerse desde hacía bastante tiempo, así que me pareció adecuado fiarme de sus palabras.

—¿Cómo? —rogué, impaciente por que me diera la clave para que Mefisto volviera a mi lado. Desde que nos habíamos vuelto a encontrar, había evitado cruzarse conmigo y apenas me dirigía una mirada cuando coincidíamos en algún acto social. Yo ansiaba saber cómo le había tratado la vida en los años que estuvimos separados pero Mefisto mantuvo esa separación forzada que esta vez no era física, sino emocional y por lo tanto mucho más dolorosa.

Adrien se inclinó despacio hacia mí con sus ojos grises clavados en los míos. Me dio tiempo para que me apartara de él, no obstante, me quedé quieta con los ojos fijos en sus labios.

—Así —susurró sobre mi boca al tiempo que me desplazaba lo justo para que la columna tras la que me había escondido nos hiciera la complicidad de ocultarnos.

Antes de cerrar los ojos pude comprobar que mi nuevo amigo tenía razón, Mefisto había clavado sus ojos pardos en nosotros. Los sentí en mi nuca todo el tiempo que duró el beso.

Ni siquiera fue necesario que nos viera alejarnos, que presenciara el acercamiento, su vínculo con Adrien hizo el trabajo sucio. Mefisto vio y sintió lo mismo que nosotros, aunque en ese instante yo aún no fuera consciente de ese detalle.

Nueva York, marzo de 2012

—Adrien —dije simplemente a modo de saludo.

La última persona que esperaba encontrarme aquí, la última persona a la que quería ver. Su amistad era una debilidad que ni quería ni podía permitirme.

Arrugó la nariz por la frialdad de mi recibimiento. Le miré sin pudor, estaba igual que lo recordaba, incluso parecía más joven que antaño. El pelo que ahora llevaba, largo sobre los hombros, le daba una apariencia más juvenil e incluso inocente. Otra prueba irrefutable de que las apariencias

engañaban.

—¿Nadie te ha dicho nunca lo mal que le sienta el color negro a tu piel?
—preguntó sonriéndome encantador.

—¡Esto es nuevo! Normalmente eres un dechado de cortesía —dije para molestarle.

—Normalmente no me importa mentir y ser cortés, contigo es diferente.

—¿Debería agradecértelo? —pregunté mordaz.

—Deberías abandonar el negro y probar con los tonos pastel. Seguro que tu piel y tu cabello te lo agradecen.

Decidí cambiar de asunto, aunque guardé el consejo para revisarlo en otro momento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté directamente, ignorando el hecho que su sola presencia me aceleraba el pulso.

—¿Qué hago yo aquí? Vivo en Nueva York desde la gran depresión, una época realmente magnífica, con tanta gente dispuesta a vender su alma a cambio de no perderlo todo. 1929 fue un gran año.

Puse mala cara y me miró con fingida inocencia.

—¿Qué pasa? El MOMA abrió sus puertas el siete de noviembre de 1929, no seas malpensada. No hablaba del Crack del veintinueve, o tal vez un poco —suspiró teatralmente—. Así que la pregunta correcta es: ¿qué haces tú aquí?

—Estoy visitando el museo —contesté como si eso no fuera evidente.

—Eso ya lo veo. Cuéntame algo que no sea capaz de adivinar por mí mismo. Por ejemplo, si todavía persigues a Mefisto o aún hay posibilidades de que te fijes en mí —sonrío, pero esta vez su risa fue diferente: carente de humor, oscura—. ¿Es por eso por lo que estás aquí? Por él —el tono de su voz cambió tanto que sentí un escalofrío en la nuca, como si las simples preguntas fueran en realidad una amenaza—. ¿Estás dispuesta a defenderle de todos los que le buscan?

La mente de Adrien estaba en otro plano distinto y yo no podía escuchar lo que pensaba, pero la sensación de desasosiego que me invadió ante sus palabras fue inequívoca.

Adrien era la última persona con la que quería encontrarme, bueno tal vez la penúltima, ya que Gabriel encabezaba la lista, pero el desconcierto por su

inesperada presencia se vio inmediatamente eclipsada por lo que acababa de contarme. Mefisto estaba en Nueva York. El destino volvía a unirnos.

Era casi cómico ver cómo los hados se empeñaban en unir a dos personas tan distintas como nosotros. Cerré los ojos e intenté controlarme, mi mente evocó un cuadro, una imagen que siempre conseguía hacer que me sintiera yo misma en los peores momentos. Un Kandinsky repleto de círculos de colores, unos dentro de otros, una espiral de vida y esperanza.

Comencé a sentir cómo desaparecía el vacío de mi estómago y supe que mi cuadro había vuelto a impedir que explotara. Cuando volví a sentirme Rachel abrí los ojos de nuevo. En los momentos en que dejaba de sentirme así regresaba mi antigua yo, Céline, la joven ingenua y frágil que tanto me había esforzado en desterrar de mi existencia.

—¿Cómo te va, Céline? Hace mucho que no nos vemos, aunque recuerdo con especial cariño nuestro último encuentro. Por cierto, ¿has vuelto a recuperar tu rango? —el sonrojo que me produjo su comentario se borró de golpe cuando me hizo la pregunta. Era perfectamente consciente que la había formulado con la intención de recordarme lo que me había supuesto amar a Mefisto.

Descubrí entonces que Adrien no había perdido las esperanzas conmigo. Le miré fijamente concentrándome en no mostrarle cuánto me había herido la pregunta.

—Rachel, ahora soy Rachel.

—¿Qué tiene de malo Céline? A mí me gustaba —sus ojos grises brillaron opacos recordándome al frío acero.

—Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Siempre fue un estúpido. Tú mejor que nadie deberías saberlo —me dijo devolviéndome mis palabras.

Sin decir nada más me di la vuelta y me adentré en el museo. En esos instantes perderme en él era lo único que me haría recobrar la compostura.

Lo que más había lamentado de dejar Armony era que, con ella, dejaba también mis clases de arte, la ciudad que había sentido como un hogar. Los dos años que había pasado allí eran los mejores que lograba recordar, me había sentido por fin parte de algo, había comprendido que mi vida era algo más que vagar tras Oliver y Gabriel.

En el momento en que me encontraba ahora ya no tenía ni eso.



Capítulo 4

Florenxia, 1535

Me desconcertó la nota que mi doncella Juliette había deslizado bajo mi almohada. Sabía que había sido ella porque me lo había susurrado mientras me cepillaba el cabello, lo suficientemente fuerte como para que yo lo escuchara, y tan leve que pasó desapercibido para mi madre, que me había seguido hasta mi dormitorio con la intención de anunciarme que en dos meses iba a ingresar en un convento de Roma.

La razón por la que no había entrado antes en él ya no existía. Mi tía abuela Gabriella Delacrosse había fallecido, dejándome su legado. Una carga con la que yo nunca había estado de acuerdo, aunque jamás nadie se hubiera molestado en pedir mi opinión.

En los dos meses que aún disponía de libertad se iban a preparar los documentos pertinentes para que yo me convirtiera en la nueva abadesa de uno de los conventos más importantes de la cristiandad, lo que mi madre había callado era que también se iban a necesitar esos dos meses para comprar silencios y ganar adeptos. En definitiva, para asegurar mi posición en el clero. Durante un año permanecería como novicia y se me prepararía para el cargo, después de jurar mis votos de nuevo, una Delacrosse sería la máxima autoridad en dicho convento.

La razón por la que no había ingresado antes en la Iglesia se debía

únicamente a razones políticas, no estaban seguros de si iba a poder conseguir el cargo una vez que mi tía falleciera, y mi madre no quería una hija monja. Ella suspiraba por una hija abadesa, poderosa y respetada. Mi familia suspiraba por uno en especial, no obstante, no se cerraba a ninguna posibilidad, si algo abundaba en Italia eran conventos, una Delacrosse sería bien recibida en cualquiera de ellos. Nuestro apellido iba ligado al dinero y la política y con ello, al poder. No nos vendíamos por nada, pero sí lo hacíamos por mucho.



Eran más de las dos de la mañana cuando conseguí salir de mi dormitorio. Tuve que esperar a que la casa quedara completamente en silencio para abandonar el lecho y aventurarme a salir. Laura dormía en la habitación contigua a la mía, el suyo era el único dormitorio, además del mío, que estaba ocupado en toda el ala este. Pero no por ello estaba dispuesta a que me descubrieran huyendo en plena noche a una cita clandestina con un hombre.

No había podido volver a ponerme yo sola el vestido que había llevado esa noche, por lo que me había envuelto en mi capa azul marino de terciopelo y bajaba las escaleras conteniendo la respiración. Llevaba los zapatos en la mano para no alertar a nadie de mi fuga. Si bien era difícil que mis padres despertaran, no estaba segura que Laura no lo hiciera, y si se diera el caso, mi hermana no dudaría en delatarme ante ellos.

Un sonido amortiguado delante de mí hizo que me parara en seco, temblando como una hoja. Mi madre y sus reacciones exageradas me daban un miedo atroz.

Suspiré aliviada cuando me encontré de frente con Juliette, que aún seguía con su ropa de diario:

—Vamos señorita, yo vigilaré para que nadie se dé cuenta de que ha salido —me ofreció susurrando.

Juliette siempre me había sido útil y yo la apreciaba por su amabilidad, pero jamás hubiera imaginado que se atreviera a ayudarme en algo tan arriesgado e indecoroso. Nuestra familiaridad nunca había cubierto esta parte

de su ayuda. Supe que la trasgresión no había sido por su lealtad hacía a mí sino que Mefisto conseguía que la gente diera su alma por él, en aquel momento no comprendía cuan acertada era mi percepción.

Era consciente de la suerte que correría si mi madre se enteraba de lo que estaba haciendo. Le sonreí en agradecimiento y salí por la puerta que ella mantenía abierta.

El jardín de los Basani era uno de mis rincones favoritos. Los Basani eran, además de los socios de mi padre y la familia con la que emparentaríamos con el matrimonio de Laura, nuestros vecinos.

Por lo que de vez en cuando me perdía entre las rosas y las estatuas clásicas que lo adornaban, eran lo más hermoso que había visto nunca. Me deleitaba deslizando mis dedos sobre la fría piedra y casi podía sentir la pasión con la que el escultor las había creado. El arte era mi alimento, podía pasar sin sustento, pero era incapaz de sobrevivir sin la belleza imperecedera que tanto bien hacía a mi alma.

—Céline, ¡has venido! —susurró una conocida voz tras de mí en un tono entre sorprendido y complacido.

—¿Acaso lo dudabas? —pregunté a medio camino entre la felicidad de que me hubiera buscado y la tristeza que suponía saber que me quedaba tan poco tiempo de libertad.

—Después de verte esta noche con Adrien lo he dudado, sí —confesó algo avergonzado. No logré descifrar si por haber dudado de mí o porque mi beso con Adrien le hubiera molestado.

—Pues no deberías —antes que pudiera responderme, me sorprendí a mí misma dejándome caer en sus brazos.

Durante unos minutos nos abrazamos en silencio en medio del jardín, iluminado por la luna llena. Después Mefisto se separó de mí, y tomando con delicadeza mi mano, me arrastró hasta la intimidad que ofrecía el laberinto.

La sensación de estar unida a él aunque fuera por el leve roce de sus dedos hizo que sintiera que mis pies despegaban del suelo. Cuánto había anhelado estar cerca de él. Tocarle era el sueño recurrente que me invadía cada noche al acostarme desde el mismo día en que nos reencontramos con Isabella de testigo.

—No tengas miedo —me pidió mientras nos sentábamos en el banco de

piedra gris.

—No lo tengo, confío en ti —Mefisto parpadeó sorprendido por mis palabras, no le di importancia.

Del mismo modo que no se la di al hecho de no poder escuchar sus pensamientos o compartir sus sentimientos. Cuando estaba cerca de él, perdía tanto el norte que nunca me di cuenta de ese detalle.

—Hueles a miel y a sol —susurró en el hueco detrás de mi oído.

Me reí, él estaba conmigo por fin, hacía varios meses que nos habíamos reencontrado y por fin había dejado de evitarme. Me sorprendí a mí misma agradeciéndole a Adrien el beso, finalmente había tenido razón.

Alzó su dedo índice y con infinita delicadeza lo pasó sobre mis labios entreabiertos, ese sentimiento que me había sobrecogido de niña, esa necesidad de compartir con él todo lo que tenía, todo lo que sabía o lo que era, se apoderó de mí con más fuerza que nunca...

Sentí las manos de Mefisto sobre mi cintura resbalando hacía mis caderas. Su boca apresando necesitada la mía y supe que todo iba a cambiar entre nosotros. Jamás había sentido esa conexión con nadie más... Y no iba a romperla.

Varias voces se agolparon en mi cabeza, una que reconocí inmediatamente. Fausto se preguntaba si era Isabella la que estaba en los brazos de su criado y otra que bloqueé cruelmente, una que se lamentaba por la pérdida de algo que creía suyo. Algo que yo sabía que siempre me había pertenecido.



Era consciente de lo que estaba haciendo mientras me perdía en el cuerpo de la mujer que amaba, me estaba rindiendo. Llevaba tanto tiempo luchando, alejándome de lo que deseaba... Céline era tan pura como lo había sido de niña y yo era un miserable bastardo, sin embargo la necesitaba tanto que dolía mantenerme alejado y cuando, esa misma noche, la vi besando a mi maestro, supe que si no hacía algo iba a perder lo único a lo que no podría renunciar nunca.



Su risa, sorprendida por mis besos, me arrebató el poco juicio que me quedaba y me lancé sobre ella como un lince tras su presa. Su boca era tan dulce como su perfume. Instintivamente se sentó a horcajadas sobre mí, su capa se abrió lo justo como para que yo pudiera vislumbrar el fino camisón que había debajo, recatado pero igual de provocador que si hubiese estado desnuda. Gruñí en su boca y enterré mis manos en su pelo. Céline se arqueó sobre mí y me ofreció su garganta junto con algo más de lo que ella no era consciente.



Capítulo 5

Era pasado el mediodía cuando abrí los ojos. La noche anterior había dado rienda suelta a mis defectos y en ese momento lo estaba pagando con un dolor de cabeza tan intenso, que tardé más de lo normal en ser consciente de que no estaba solo en el dormitorio. Mi visitante no era de mi clase, lo que dejaba fuera a los sabuesos, pero no certificaba que no quisiera hacerme daño. A lo largo de mi existencia me había labrado suficientes enemigos como para que ser precavido fuera absolutamente necesario e indispensable.

Entonces lo olí, ese perfume a miel y a sol, suave e intenso a la vez. Embriagador y sensual.

—Céline —la saludé levantándome de la cama. Lo único que evitaba que estuviera desnudo eran unos pantalones grises de seda de un pijama de Hermès.

—Por favor —me pidió en un susurro lastimero.

Sentí un nudo en el estómago al escucharla tan vulnerable, sabía perfectamente qué me estaba pidiendo y por esta única vez me mostré dispuesto a complacerla.

—De acuerdo, Rachel, ¿qué haces aquí? Estoy medio desnudo. Tú eres una dama y esto no es correcto —le dije sonriendo, intentando borrar la tensa sensación que se había instalado en mi estómago.

—¿Qué hago yo aquí? La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? Los sabuesos te buscan y Adrien sabe que estás en la ciudad. ¿Es que estás loco? ¿O

quieres suicidarte? En cuanto a que te pasees desnudo ante mí, sabes que eso no es un problema. No eres mi tipo.

—¡Vaya Rachel! Eso es un chiste bastante malo —me burlé. Me resultaba más fácil asimilar sus palabras si fingía que no me habían molestado.

—De hecho creo que ha sido muy bueno —concedió. Alejando de repente mi anterior malestar—. ¿Me vas a contar ahora por qué te has metido en la boca del lobo?

—Me alegra comprobar que te preocupas por mí —confesé demasiado rápido.

Me acerqué a ella con la intención de intimidarla, pero fue ella quien me intimidó a mí. Había cambiado su acostumbrada ropa negra por unos vaqueros pitillo azules y un jersey de cuello de pico de un desvaído color amarillo. Su piel se veía tan cremosa y sus ojos tan azules que tardé más de lo normal en reaccionar—. ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—Alguien me aconsejó que cambiara de colores y decidí hacerle caso, ¿por qué? ¿No te gusta? —preguntó mientras daba una vuelta sobre sí misma y sonreía alegremente. Durante un escaso segundo me recordó a la antigua Céline, la muchacha que sonreía cálida y confiada.

—No está mal —mentí descaradamente. Estaba preciosa, me costaba horrores mantener mis labios apartados de ella.

Rachel se acercó más, tanto que si me inclinaba un poco nuestras narices se tocarían. Maldije mentalmente y cerré los ojos para dejar de verla. No obstante, fue peor, mis otros sentidos se activaron, escuché como su respiración se aceleraba y sentí la mía propia acompañarse a la suya.

El olor de su piel era tan intenso y atrayente que me sorprendí inhalando grandes bocanadas de aire. Las manos me picaban por tocarla. Tuve que apretar los puños para no enrollar mis dedos en sus oscuros cabellos.

Estábamos muy cerca, pero yo quería que estuviéramos más, mucho más...

Una serie de imágenes sensuales sobre nosotros invadieron mi cabeza, insistentes, atrayentes.

Unos inesperados golpes en la puerta me sacaron de mi peligrosa ensoñación, Rachel se veía tan aturdida como lo estaba yo, pero eso no logró

apaciguar la sensación de debilidad que me abrumaba en ese instante. Su sola presencia me trastocaba con tanta intensidad que asustaba.

Me obligué a no mirarla y me encaminé hacia la puerta. Apenas hube salido del dormitorio cuando la escuché moverse, no tuve que darme la vuelta para saber que se había sentado en la cama en la que yo había estado durmiendo minutos antes.

Rachel era peligrosa, demasiado peligrosa para mi cordura y mi seguridad. Además, el cambio que acababa de descubrir en ella no se limitaba exclusivamente a su ropa, la oscuridad y la frialdad en su trato había desaparecido de la mano de la ropa negra.

Su actitud actual era desconcertante y sumamente atrayente, un leve recuerdo de la persona que había sido.

Cuando se marchara de mi casa, mi dormitorio quedaría impregnado con su olor, una esencia que acababa de volver a quedar confirmado que me hacía perder el norte y olvidar mis objetivos.

Abrí la puerta con la misma absurda sensación en el estómago que me había provocado minutos antes verla junto a mi cama.

Escuché los muelles saltar cuando Rachel se levantó.

—Hola, Gabriel —me saludó Eva con sus ojos verdes clavados en mi abdomen desnudo. ¿Qué hacía ella en mi casa? Pero sobre todo, y a pesar de mi buen juicio, me preocupó lo que fuera a pensar Rachel cuando la viera allí.



«Idiota, más que idiota», me regañé a mí misma, ¿es que no he aprendido en carne propia que Gabriel no es de fiar? No podía permitirme sentir lo que sentía por él. Fue entonces cuando se apoderó de mí un miedo atroz, ¿acababa de confesarme a mí misma que seguía enamorada de él?

Me levanté de la cama impaciente por escapar de allí, sin embargo, el pánico por la revelación pasó a un segundo plano cuando escuché una voz femenina que le saludaba dulcemente.

Me mantuve en silencio, atenta a lo que hablaban:

—Eva, ¿quieres pasar? —la invitó galante, quise creer que para

molestarme.

Tenía que calmarme si quería olvidarme de mi propia confesión. Mi entrenada mente evocó el Kandinsky, pero no conseguí la paz que buscaba. Recé para que Gabriel fuera lo suficientemente perspicaz como para no llevar a la recién llegada a su dormitorio, principalmente porque estaba yo allí, y si ella era su amante no debía de gustarle la idea de ver a otra mujer ocupando su espacio. Por otro lado, y dado que acababa de aceptar mis sentimientos por él, me molestaba la idea de compartir el mismo lugar con ella.

Pero Gabriel obvió mi presencia y entró sujetándola firmemente por la cintura.

—Permíteme que te presente a una vieja amiga —le dijo a la chica con su voz más zalamera.

—No sabía que tenías visita —se disculpó ella.

Sonreí fugazmente ante sus palabras. Estaba mintiendo descaradamente, era plenamente consciente de que había una mujer con Gabriel en el instante en que se plantó frente a su puerta.

¿Por qué mentía? Y lo más importante, ¿cómo se había enterado de mi presencia? ¿Era acaso una acosadora? Su mente me indicaba que era una humana normal, no parecía albergar ningún pensamiento sicótico, pero entonces la vi.

Las preguntas se atascaron en mi garganta cuando se plantó frente a mí, durante unos segundos el aire dejó de entrar en mis pulmones. Isabella me observaba con la misma mirada cargada de rabia que me había dirigido en el baile de los Perotti, antes de salir corriendo cuando le dije que no estaba dispuesta a alejarme de Mefisto.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a Gabriel alzando la voz más de lo que había hecho en mucho tiempo.

Isabella sonrío triunfal al contemplar mi desconcierto:

—Vaya, parece que lo de que es una vieja amiga es literal. —comentó con una mueca burlona en los labios.

Nunca me había sentido tan descontrolada como en ese instante, los dos se estaban burlando de mí y los dos lo estaban disfrutando. Si bien Gabriel mantenía la cara impasible, yo conocía cada uno de sus trucos de titiritero, y mostrar indiferencia era algo que tenía muy visto.

—¿Quién es? —pregunté a través de mis dientes fuertemente apretados.

—Una amiga de Adrien.

—Y por lo visto tuya también —me mordí la lengua una vez que las palabras salieron de mis labios y me arrepentí de no haberlo hecho antes de hablar.

La falsa Isabella sonreía cuando fue a sentarse sobre la cama de Gabriel, en el mismo lugar que había ocupado yo hacía tan solo unos minutos.

—Hmmm... ¡Qué cómoda! —susurró lasciva y descarada.

Sentí cómo cada músculo de mi cuerpo se tensaba como si estuviera a punto de salir corriendo. Tuve que refrenar mi respiración. Mil ideas daban vueltas en mi cabeza como una espiral de color que mareaba al contemplarla.

Apreté los puños con fuerza a los costados. Dejé de importarme que Gabriel fuera aniquilado, que realmente me hubiera equivocado con él y no hubiera nada que mereciera la pena salvar o ser la estúpida que todavía lo amaba. Lo único en lo que podía pensar era en ellos dos burlándose de mí, menospreciándome nuevamente.

Como si yo no fuera nada más que un juguete con el que pasar el rato, como si no valiera la pena cambiar por mí.

Tuve que reprimir la autocompasión que comencé a sentir. Las lágrimas de rabia e impotencia me escocían en los ojos y no podía permitir que salieran a la luz.

Fui consciente que la falsa Isabella había dejado de reír y me miraba con una mezcla de miedo y sorpresa.

Sin decir nada, di la vuelta sobre mis talones y salí del dormitorio, ansiosa por abandonar aquella casa, ansiosa por alejarme lo más posible y para siempre de él. Me sentía incapaz de mirar a Gabriel sin derramar una lágrima.

No podía pensar ni recomponerme con él cerca de mí, y para terminar de hundirme en la miseria, recordé que acababa de aceptar ante mí misma que mi corazón todavía albergaba amor por él.



Capítulo 6

Estaba tan sorprendido que ni siquiera reaccioné cuando Rachel salió del dormitorio, tampoco lo hice cuando se marchó de mi casa. Me descolocó cómo habíamos pasado del momento en el que yo quería huir al momento en el que lo hacía ella, aunque fuera por distintas razones.

Nunca la había visto tan alterada. La Céline que yo recordaba tampoco era la muchacha que era ahora, sin embargo, ni aún en aquella época la había visto llorar por nada.

Me giré enfadado conmigo mismo y con Eva, con Adrien y con todo aquel que se cruzara en mi camino. La sensación que me embargaba era un tormento, no estaba acostumbrado a tener sentimientos de culpa, aunque eso no era del todo cierto; lo más justo era decir que Rachel era la única que conseguía derrumbar mis defensas y exponerlos ante mí. Ya puestos, también la odié a ella por hacerme sentir vulnerable.

Cerré los ojos con fuerza como si con ello pudiera borrar de mi mente la imagen de las lágrimas que Rachel tanto se había esforzado por contener mientras volvía a salir de mi vida.

—¿Qué estás haciendo en mi casa? No recuerdo haberte invitado —le espeté con frialdad.

—Puede que no con palabras, pero supuse...

—No vuelvas a suponer nada, bonita. No se te da bien —le dije enfadado, solo quería que se marchara y me dejara solo.

—¿Por qué me hablas así? —preguntó ella abriendo mucho los ojos. Noté que realmente estaba sorprendida por mi actitud beligerante.

—No has contestado a mi pregunta —arremetí cada vez más molesto.

—Quería verte y pensé que tú también querías verme a mí, de hecho estaba segura.

Le sonreí insolente, había estado equivocado, esa chica no se parecía en nada a Isabella Basani. Eva estaba demasiado segura de sí misma, de su belleza y de su poder con los hombres. No era la tímida muchacha que había sido mi antigua amante.

Y había sido precisamente esa seguridad que mostraba lo que había conseguido descolocar a Rachel, que había asumido que era algo más que una conocida para mí. Pero ahora que la rival se había marchado derrotada, su armadura mostraba un pequeño resquicio, una diminuta grieta por la que estaba empeñado en meterme para sacarla definitivamente de mi casa y de mi vida de un solo plumazo.

Fue entonces cuando mi afinado instinto depredador me gritó que había algo más oculto tras la aparentemente casual visita de Eva, si algo había aprendido era que las casualidades no existían. Primero Rachel se encontraba casualmente con Adrien y después la doble de Isabella venía a visitarme justo cuando Rachel también lo había hecho; por otro lado mi maestro, que estaba al tanto de mi plan, había informado a Rachel de mi presencia en la ciudad.

Sin lugar a dudas tenía que reflexionar largo y tendido sobre lo ocurrido.

—La verdad es que no estoy interesado en ti. Ni siquiera por unas horas. Te agradecería que te marcharas. Necesito darme una ducha —le dije a Eva. Señalándole la salida con el brazo.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde ha quedado tu sonrisa interesada? ¡Si eras incapaz de apartar tus ojos de mí! —preguntó sorprendida por mi rechazo.

—Oh, pero no era por ti sino por la persona a la que te pareces. Ella era la que me interesaba, no tú —mentí cada vez más molesto con su insistencia.

—Hace un momento has sido amable conmigo. ¿Por qué no lo eres ahora?

—Querida, la amabilidad la guardo para las personas que me interesan y lamento informarte que no estás en la lista. ¡Fuera! —y para dejar claro que la conversación había terminado me di la vuelta y me puse a hurgar en el

armario ropa con la que vestirme.

Escuché su exclamación ahogada tras de mí, pero no me giré para comprobar que me hacía caso y se largaba.

En ese momento Eva y sus sentimientos eran lo que menos me importaba. Tenía la desafortunada sensación que algo se estaba tramando a mi alrededor, algo que no tenía aspecto de favorecerme.

Me encaminé al baño con la ropa colgada en un brazo. Necesitaba despejar mi cabeza de los excesos con el tequila de la noche anterior.



En el estado en que me encontraba pocos eran los lugares a los que podía ir. Me decanté por el Guggenheim, no estaba segura si era prudente entrar; no obstante, el museo como edificio ya era un lugar que valía la pena ver. Durante unos largos diez minutos me quedé parada frente a él, decidiendo si se parecía más a una espiral, a una caracola o incluso a una taza de té. Terminé decantándome por la última por ser la más improbable, siempre he sentido debilidad por las minorías.

Cuando por fin dejé de temblar me permití pasear por la llamada milla de los museos. No tenía fuerzas para adentrarme en ninguno pero tampoco las tenía para alejarme de allí.

Cerré los ojos durante un momento, no necesitaba tenerlos abiertos para andar sin tropezarme. Me concentré en la imagen de Gabriel dormido, su rostro parecía tan infantil sin el brillo gatuno de sus ojos y la mueca irónica de su boca que, mientras le observaba dormir, olvidé de un plumazo los últimos siglos de penurias a su lado.

Recordé cómo me había invadido su aroma cuando entré en su dormitorio, mezclado con el tequila que había bebido la noche anterior.

Abrí los ojos para no asustar a nadie y seguí deleitándome con las escenas que mi memoria fotográfica había ido acumulando mientras esperaba que despertara. Los mechones despeinados que se le rizaban en la nuca, sus fuertes músculos, su pecho desnudo alterado solo por la suave respiración, el rostro sereno y en calma.

Tuve que obligarme a recordar lo que había pasado después, cómo se había burlado de mí, cómo me había recordado mis pecados... Cualquiera cosa que me arrancara del ensueño al que Gabriel me transportaba.

Supe que estaba siendo injusta cuando una punzada de culpa aguijoneó en mi pecho, todo el mundo estaba equivocado, todos pensaban que fue Gabriel la causa de mi caída... pero el amor, venga de dónde venga, es bienvenido por mi padre.

La culpa de mi desgracia fue mi error, yo permití que Isabella muriera, yo la empujé a hacerlo y que mi padre me ayudara pero no me arrepentía de la decisión que tomé ese día.

Florenia, 1535

—No puedo soportarlo, si me lo quitas moriré —su voz sonaba débil y desesperada, parecía que fuera a romperse en mil pedazos en cualquier momento. Sin embargo yo no estaba dispuesta a verlo, no podía permitirme verlo o estaría perdida.

—Eso no es cierto y tú lo sabes. Nadie muere de amor —le dije intentando convencerla a ella y a mí misma de mis palabras.

Estaba cansada de ceder siempre. No quería ser monja e iba a serlo, no había querido la responsabilidad que se me había otorgado y me la habían impuesto desde el instante en que nací. Nunca había luchado, jamás había movido un solo dedo para parar lo que no me gustaba, pero por fin había algo que no estaba dispuesta a perder. Bajo ningún concepto iba a permitir que Mefisto se alejara de mí. Él me había buscado y por primera vez en mi vida había descubierto lo que significaba pertenecerle a alguien. Mi familia terrenal jamás me había hecho sentirme así, nadie nunca lo había hecho. Ni siquiera Tristan podía conseguir que me sintiera así.

Seguiría con mi cometido en la tierra, protegería a la gente que me rodeaba y apoyaría a Tristan con el suyo, pero para eso no necesitaba renunciar al amor. Lamentablemente aún desconocía muchas cosas que me serían reveladas mucho después.

—Por favor —me suplicó por fin, olvidándose de su dignidad,

rebajándose a pedirme ayuda.

—Lo siento mucho. Pero es lo único que nunca podré darte.



Capítulo 7

En cuanto sentí la conexión supe que estaba en el buen camino. La zona era lo suficientemente elitista y snob para Adrien, el Upper East Side estaba situado en el distrito de Manhattan. El edificio al que me dirigía era el más alto y majestuoso de la Avenida Madison.

La fachada conjugaba el mármol blanco y el cristal, dándole un aspecto atemporal, fantástico e incluso futurista. Sonreí divertido. Adrien podría ser muchas cosas pero futurista no entraba en su definición. Estaba demasiado anclado al pasado, a las viejas formas y a sus reglas de urbanidad.

No fue necesario llamar. Antes incluso de que llegara a la puerta del edificio el portero me recibió con una sonrisa educada y cortés. No pude evitar soltar una carcajada cuando me fijé en el uniforme del hombre, era tan desfasado como las antiguas libreas que llevaban los lacayos que servían a los nobles durante el siglo XIX. El pobre portero iba vestido con una levita con botones de latón, camisa blanca con jabot^[7], pantalones a media pierna y calzas blancas. En los pies llevaba unos zapatos negros lisos con una gran hebilla metálica.

A pesar de los años transcurridos, mi maestro seguía siendo tan clasista como siempre. La ropa era una manera de dejarles claro a sus empleados y a sus visitantes que estaban por debajo de él. Me sorprendió sentir cierta repugnancia por el trato que estaba sufriendo el trabajador, no obstante, deseché la idea inmediatamente, no era mi problema, así pues, tenía que

olvidarlo. Un tiempo atrás ni siquiera le hubiera dedicado un minuto al pensamiento.

Adrien era el dueño de todo el edificio; me informó el portero en cuanto vio que sacaba mi cartera del bolsillo de atrás del pantalón, demostrando fidelidad a don dinero y no al jefe que le obligaba a vestir con esas pintas. ¡Excelente elección! Aplaudí mentalmente.

Los dominios de mi maestro estaban en el ático, así que subí al ascensor y pulsé el último botón. Incluso allí dentro se notaba la clase que caracterizaba al edificio, en el hilo musical sonaba una de las sinfonías de Vivaldi: La primavera, creí reconocer. Al final, vivir tanto tiempo junto a un apasionado de la música tenía sus ventajas.

Cuando las puertas se abrieron mostraron el espacio abierto de un salón inmenso, custodiado por dos enormes columnas a ambos lados. Las paredes blancas contrastaban con el color del mobiliario que oscilaba entre el negro de los sofás y el rojo de los cojines, las lámparas y las alfombras. Inmediatamente me vino a la mente el atuendo de los camareros del Edén, que vestían el mismo cromatismo. Arquee una ceja sarcástico por la obsesión de mi maestro con esos colores.

El salón en que me encontraba era impersonal, aséptico, como si no viviera nadie allí. Estaba todo demasiado recolocado. La televisión tamaño XXL estaba apagada y ocupaba casi toda la pared, como una pantalla de cine de dimensiones caseras. El silencio era irreal e incómodo.

Sentí unos movimientos a mi espalda y me giré rápidamente para encontrarme con la sonrisa burlona de Adrien.

—¡Qué lento! —se rió apartándose el cabello dorado de los ojos—. Ni siquiera te has dado cuenta de que estaba aquí.

Estaba tan absorto en mí mismo que no había escuchado sus pensamientos en mi cabeza ni había sentido nuestra eterna conexión activarse.

—Estaba admirando tu hogar —contesté con la misma sonrisa de mofa que él me había dedicado.

Me di cuenta entonces que, desde que nos habíamos vuelto a encontrar, mi actitud para con él había cambiado. Ya no le veneraba como hacía cuando era más joven, ahora le veía desde otra perspectiva distinta, una que me

impedía fiarme completamente de él.

Antes de responderme cogió un mando alargado y negro, pulsó un botón y el hilo musical impregnó cada rincón. Me tensé al escuchar «I want you to know»^[8] de Lifehouse. El gesto era un mensaje, un aviso. «Conozco tu debilidad» parecía querer decir con su elección musical.

—¿A qué debo tu visita inesperada? Creí que querías hacer creer al mundo que estábamos enfrentados —comentó mientras tomaba asiento en uno de los imponentes sofás de diseño.

—El mundo no me interesa, solo quería que lo pensara Rachel —respondí insolente.

—¿Rachel?

—Céline. Rachel es el nombre que usa ahora. Pero eso tú ya lo sabes. Hablaste con ella —vi como se le tensaban los músculos de la mandíbula, era evidente que no esperaba jugar con desventaja y la información siempre era como una buena mano en el póquer.

—Me encontré con ella hace unos días. Pura casualidad. Ya sabes el mundo es un pañuelo —sentí cómo repentinamente se bloqueaba nuestra conexión. La parte de sus pensamientos que no quería compartir conmigo.

—Me lo dijo. Lo que no comprendo es la razón por la que le dijiste que estaba en la ciudad. Creo recordar que acordamos que yo la buscaría y le pediría ayuda —intenté que mi voz sonara tranquila, no tenía intención de enfrentarme abiertamente a él. Al juego que Adrien había dispuesto yo también sabía jugar. De hecho él había sido mi maestro.

—Fue un impulso repentino —su voz era tan firme y melosa que podría haber engañado a cualquiera que no lo conociera como lo conocía yo—. Pensé que si le decía que estaba informado de que estabas en la ciudad y sonaba lo suficientemente amenazador, acudiría inmediatamente a tu lado para protegerte, ¿así ha sido, no? —preguntó arrogante.

—Una decisión muy arriesgada —gruñí. Su respuesta tenía sentido, aunque fuera una completa mentira.

—Pero funcionó, ya sabes lo que dicen, quien no arriesga no gana —comentó riéndose de su propia broma.

—Ya veo —respondí esbozando mi mejor sonrisa.

—¿Y qué es exactamente lo que ves Mefisto? —sus ojos grises estaban

clavados en mí y tan brillantes que parecían de acero.

—Que fuiste tú quien me envió a Eva —contesté eludiendo la pregunta real que me había formulado.

—Eso fue un regalito de bienvenida, ¿o vas a negarme cómo la mirabas? Siempre te he consentido desde que te encontré a los siete años muerto de frío y de hambre en aquel estercolero.

—Lo sé maestro —dije apretando los dientes con tanta fuerza que dolía—. Y sí, la miré. ¿Cómo no iba a hacerlo si era la viva imagen de Isabella?

—Isabella, una joven muy bella pero demasiado inocente para mi gusto, y al mismo tiempo tan agresiva para defender lo que creía suyo. ¡Pobre Céline, qué mal rato pasó aquella noche!

—¿De qué estás hablando? —pregunté sorprendido de que Adrien dijera eso de Isabella y de Rachel. Evidentemente algo que yo desconocía había propiciado su comentario.

Adrien se echó a reír a carcajadas disfrutando de mi ignorancia. Cuando por fin dejó de hacerlo, clavó sus ojos en los míos y recordé lo peligroso que podía ser como enemigo.

Roma, 1525

La estancia en la que nos encontrábamos estaba situada en el sótano de la mansión de mi maestro. Hasta ese momento yo ni siquiera había sabido de la existencia de un lugar así en nuestra casa, era lo opuesto al lujo y la elegancia que reinaba arriba. Aquí las paredes estaban manchadas por algo que se parecía bastante a sangre. El suelo estaba cubierto de paja maloliente y había cadenas y extraños aparatos sobre los que desconocía su utilidad.

Giuseppe estaba de pie en el centro de la estancia, con la vista clavada en el suelo y las manos atadas a la espalda, a la espera del juicio y, posteriormente, del castigo que debiera serle impuesto.

A pesar de lo pagado que siempre había estado de mí mismo, no me pareció que la ofensa fuera equiparable al momento que estaba viviendo. El sirviente simplemente había actuado como le habían ordenado. A pesar de ello me sentí halagado de que mi maestro mostrara tanta ira por la reacción

que el sirviente había tenido conmigo.

Giuseppe temblaba como una hoja. No era un secreto para nadie del servicio la manera en que Adrien cobraba sus deudas.

—Maestro. No ha sido nada importante —pedí irritado por la incómoda posición en la que me encontraba. El criado se había negado a abrirme una de las puertas que permanecían cerradas con llave, a petición de Adrien, y cuando le insistí para que lo hiciera, me había mandado con viento fresco al jardín a jugar. Nada que mereciera tal venganza.

—Sí que lo ha sido. Eres mi pupilo y se te debe respetar como tal. Giuseppe sabía eso cuando se negó a cumplir tu petición, y ahora tendrá que pagar por ello. No obstante, en vista de tu piedad, seré magnánimo y aprovecharé esta situación para seguir con tu educación. ¿Estás de acuerdo fils^[9]?

—Sí maestro —respondí más relajado por sus palabras. ¡Qué inocente fui!

—El castigo por su impertinencia será la muerte o la pérdida de su lengua descarriada, para que no pueda volver a ofender a nadie. Tú decides. Si decides que muera lo hará a mis manos, si prefieres que le cortemos la lengua serás tú el encargado de hacerlo.

Miré atónito a mi maestro, fuera cual fuera mi decisión todo el peso recaería sobre mi conciencia, o una muerte o una tortura. La elección no fue tan difícil como había supuesto.

En el momento de la verdad mis remordimientos desaparecieron. Fue así como comprendí a los once años que me habían enseñado bien.

Elegí la tortura, simplemente por el placer de ejecutarla, y mi brazo no tembló cuando lo hice.

Me sobresaltó la idea, pero conseguí mantener la mirada confiada y tranquila. A pesar de todo yo siempre había albergado un profundo afecto por mi maestro. Me había sentido protegido por su poder y por todo lo que me había enseñado. Pero ahora que habíamos vuelto a encontrarnos era evidente que las cosas entre nosotros habían cambiado, aunque yo no me hubiera dado cuenta hasta ese momento. Paradójicamente, la influencia de Oliver había

tenido más efecto en mí que la mía en él.

—Recuerdo muy bien cómo tuve que separarla de Céline una tarde en que estuvo a punto de partirle el brazo —comentó como de pasada.

—¿Qué? —pregunté alzando la voz, completamente asombrado por lo que me estaba contando.

—No me digas que no lo sabías —abrió los ojos para parecer sorprendido.

—¿Qué pasó? —pronuncié la frase marcando cada palabra. Jamás imaginé que Isabella se enfrentara a Céline por mí y mucho menos que esta última me lo hubiera ocultado.

—Bueno, si eludimos la parte en la que tuve que despegar a Isabella de Céline, nada fuera de lo común. Isabella os vio juntos, fue a pedirle explicaciones y la amenazó para que te dejara. Céline le dijo que no pensaba hacerlo y la otra enloqueció de celos, la agarró por el brazo y se lo retorció a la espalda al tiempo que gritaba como si hubiera perdido el juicio.

—¿Cuándo sucedió eso? —no comprendí por qué no me había enterado de semejante escándalo.

—Fue en el jardín trasero de los Gavioli, en uno de esos aburridos bailes a los que asistíamos. Por fortuna nadie se enteró. Cuando Isabella se acercó a hablar con Céline, yo estaba con ella. Fue así como pude sentir toda la ira que invadía a tu amante despechada, además no era la primera vez que Isabella acosaba a Céline. Por eso las seguí, sabía que quería lastimarla.

—¿Ibas a protegerla? —el interés de Adrien por ella siempre me había resultado molesto y desconcertante al mismo tiempo.

—Era una dama y a las damas hay que protegerlas siempre. Eso es algo que ya deberías saber, fue una de mis primeras enseñanzas —me recriminó con la misma serenidad con la que lo hacía cuando yo era un niño.

—Lo sé maestro. —durante unos instantes me sentí como tal, asustado e impresionado a partes iguales por la fuerza que irradiaba de él.

Cuando finalmente me alejé de allí, lo hice más confuso que cuando había llegado. Me había esforzado al máximo por adentrarme en los pensamientos de Adrien, pero este me había mantenido fuera de su cabeza durante el tiempo que había durado nuestra charla. En ningún momento había bajado la guardia, lo que me hacía plantearme serias dudas sobre lo que había detrás de

ese encuentro fortuito con Rachel. Y por otro lado estaba el interés mal disimulado que sentía por ella y los sucesos que acababa de descubrir por su boca y no por la de mi antigua amante.



Capítulo 8

Me asusté dando un respingo cuando escuché el suspiro que había escapado de mi pecho. Algo iba mal, yo no suspiraba.

Llevaba un par de días sintiéndome extraña, las paredes del espacioso apartamento en el que me había instalado eran mi única válvula de escape.

Me acerqué al diminuto reproductor en el que tenía almacenada prácticamente mi vida en música, esta no solo había guiado a Oliver a través de los siglos, sino que nos había arrastrado a todos con él. La melodía de Princess of China de Coldplay y Rihanna invadió mi pequeño mundo aislado y personal. Cerré los ojos y me dejé transportar a mis recuerdos.

Una canción que plasmaba lo que había sido mi vida en Florencia a la perfección: «on the same side, in the same game»^[10]...

Me agaché y recogí los pinceles del suelo empapelado con periódicos viejos, había botes de pintura y aguarrás por todo el suelo. Miré satisfecha hacia la pared del fondo, el rojo y el dorado eran los colores dominantes de la escena. Todo lo demás quedaba en un segundo plano tras los protagonistas envueltos en ellos.

La muchacha llevaba un vestido rojo tan elaborado que parecía tener relieve en la pared, como si fuera a ser capaz de salir de allí y cobrar forma en el salón.

Su antifaz dorado ocultaba parcialmente su rostro. Este iba ribeteado por lentejuelas primorosamente hilvanadas por hilo del mismo tono dorado de la

máscara y se ataba detrás por unas cintas también doradas. Llevaba el cabello negro enrollado en un artístico peinado del que se escapaban bucles indomables que se deslizaban por su blanco cuello.

El caballero que estaba a su lado vestía de riguroso negro, a juego con su antifaz y su cabello, cuyas puntas se le ondulaban en la nuca. El extraño color de sus ojos competía con la máscara de la muchacha. Una extraña mezcla de dorados, verdes y marrones que se repartían en sus iris.

La pareja era perfecta y la imagen magnífica. No obstante, era una escena incorrecta, artificial. Representaba al chico equivocado.

Florenxia, 1535

—¿Sabes que eres la monja más preciosa que he visto en mi vida, ma chérie? —me preguntó Adrien tras un dominó negro que cubría su hermoso rostro hasta los pómulos. Con su cabello dorado suelto y sus brillantes ojos grises ofrecía un contraste interesante, el atuendo lo mostraba como un ser que habitaba entre la luz y las sombras.

Las fiestas de disfraces estaban más de moda que nunca, ya que eran la excusa perfecta con la que flirtear libremente, ocultos tras las máscaras. Nadie conocía el nombre de la persona que se escondía tras los dominós y los antifaces, incluso yo me sentía una persona diferente con mi preciosa máscara dorada puesta, más osada, más libre. Contra todo pronóstico, Juliette me había engalanado con un vestido rojo y escotado que había pertenecido a mi hermana Laura. Mi caprichosa hermana se lo había confeccionado un par de meses atrás y ni siquiera se lo había llegado a poner. A pesar de las protestas de mi madre y de Laura, mi padre no le permitió que lo hiciera, con su cabello dorado y sus abundantes atributos parecía más una cortesana que una dama de buena cuna.

Cuando Juliette había entrado con él en los brazos pensé que se había equivocado de dormitorio, pero mi doncella había sonreído cómplice y me había informado que era idea de mi padre que yo lo luciera esa noche en la fiesta.

—No deberías reírte de mí —le regañé coqueta, cada vez más segura de

mi belleza y enfundada en mi escandaloso vestido.

—No me río de ti. Creo cada palabra que he dicho —su sonrisa era deslumbrante—. Pero no se lo digas a las otras chicas o me veré sin pareja de baile el resto de la noche.

Una carcajada escapó de mi garganta. Era imposible que Adrien se quedara sin parejas dispuestas a pasar a su lado unos minutos.

—No creo que suceda. Pero en cualquier caso puedes contar conmigo —le respondí sonriente. Dos segundos después me di cuenta de lo poco apropiadas que habían sido mis palabras. Bailar no me estaba permitido.

Noté su mirada sorprendida y a la vez complacida. No se esperaba mi respuesta ni las connotaciones que tenía.

—Contar contigo será maravilloso. ¡Bailemos! —me pidió, mientras se inclinaba en una elegante reverencia.

—No estoy aquí para bailar. Mi padre me ha dejado venir casi por lástima, si hubiese sido por mi madre y por mi hermana mayor me hubiera quedado en casa escondida, pero puedes contar conmigo para cualquier otra cosa —añadí riendo.

Se acercó más a mí y se apoyó a mi lado, en la misma columna en la que yo estaba, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a través de las capas de ropa que nos separaban. Su olor se instaló en mi cabeza y me impidió contestar durante varios minutos, su perfume era atrayente y masculino, capaz de hacerme olvidar cualquier pensamiento coherente.

—¿Por qué no te niegas a ingresar en el convento? —me preguntó interesado, sin comentar nada sobre mi inesperado silencio. Me sorprendió el giro que le había dado a nuestra conversación. Noté como el calor inundaba mis mejillas como respuesta a la intensidad de su mirada.

—No serviría de nada —confesé finalmente. Por mucho poder que tuviera era incapaz de lidiar con la tradición familiar.

—Vamos —me dijo guiñándome un ojo.

Me tomó de la mano y me sacó a uno de los balcones que rodeaban la mansión y conducían a unas escaleras que llevaban directamente al jardín de entrada. Sorprendentemente no nos encontramos a nadie por el camino, los invitados bailaban en el salón principal o paseaban por el jardín trasero, donde era más fácil ocultarse en las sombras y disfrutar de los encuentros

ilícitos que caracterizaban este tipo de acontecimientos.

Adrien siguió con mi mano en la suya, su tacto era caliente, tan caliente que casi quemaba, no obstante, era al mismo tiempo un calor placentero, como cuando sumerges el cuerpo en una bañera de agua muy caliente y sientes que todos tus músculos se relajan y es tan agradable que no puedes más que suspirar.

Cuando llegamos a la parte más oscura en la que se elevaba imponente un celador blanco como la luna llena, por fin se paró y se quitó su antifaz, consciente de la belleza arrebatadora de su rostro.

—¿Sabes que hay una solución a tu problema? —sus ojos se veían negros y brillantes con la poca luz que irradiaban las antorchas estratégicamente colocadas a lo largo del camino.

—No te entiendo —confesé.

Si no conocía mis planes para escapar del convento, y era evidente que no lo hacía, ¿de qué estaba hablando?

—Si eres deshonrada públicamente no podrás llegar a ser la abadesa que tu familia quiere que seas, y si no puedes optar al cargo, entonces ya no le servirá que entres en el clero.

Una simple monja no es lo suficientemente importante para una Delacrosse.

—En ese caso mi familia me repudiará y en lugar de estar condenada a la soledad más absoluta estaré condenada a morir de hambre —mentí.

Por primera vez en mi vida falté a la verdad, pero era una causa mayor. No podía permitir que Adrien supiera que ya había sido deshonrada y que pensaba escapar con Mefisto en cuanto tuviera la oportunidad. Tras nuestro encuentro en el laberinto habíamos decidido retomar nuestro plan infantil de huir juntos y evitar así que me obligaran a ser monja.

—No si la persona que te deshonró te pide matrimonio —comentó con la vista clavada en mí.

—¿Matrimonio? —la sola idea de casarme me hizo estremecer.

Yo no podría casarme nunca, hacerlo implicaba demasiadas cosas. Una boda era un contrato inmortal imposible de romper, un contrato legal en el que entregaba mi alma a otra persona. El único acto humano respetado por ambos bandos, por la luz y la oscuridad.

Por esa razón yo no podía hacerlo nunca, estaría entregando mi alma y uniéndola a otro ser, de manera que él estaría unido a mi naturaleza y yo a la suya para siempre. Era una decisión demasiado importante para alguien como yo. Instintivamente me puse en guardia.

—¿Y con quién tendría que casarme? —pregunté escondida tras mi máscara dorada.

—Conmigo, por supuesto —su sonrisa hizo que me estremeciera de pies a cabeza.

Adrien se abrió por completo a mí, tanto que estuve a punto de caer al suelo por la impresión. Una mano caliente me rodeó la cintura y me pegó a su cuerpo impidiendo así que me desplomara en el suelo. Una verdad se descubrió ante mí... Desnuda, terrible y a pesar de todo, tuve que luchar con lo que su contacto me hacía sentir. Con la extraña sensación que me embargaba cuando sus manos me tocaban, aunque fuera un simple roce casual o, como en este caso, un apoyo para evitar que me cayera.

—¿Adrien? —susurré con una conocida sensación en el estómago y con su mano aún aferrada a mi cuerpo.

—Vaya, Céline, ¿por fin te has dado cuenta? Te hacía más lista ma chérie. Lástima que la bondad te ciegue tanto, o quizás es que no quieres ver. ¿Tanto te importa Mefisto que cierras los ojos a nuestra naturaleza? —su voz había cambiado. Ya no era melosa y dulce, ahora pretendía hacerme daño, era fría y desapasionada.

—¿Mefisto?

—Eres deliciosa —me dijo mientras me encerraba en sus fuertes brazos y me obligaba a mirarlo clavándome los dedos en la barbilla. Antes de poder reaccionar estaba apoyada contra el celador y su boca apesaba en un apasionado beso a la mía.

No temas me dijo mentalmente, inexplicablemente te has convertido en una debilidad para mí. Te quiero a mi lado.

Sus besos eran tan mareantes que durante varios minutos olvidé con quien estaba, me aferré a su cuello y me dejé llevar.

—No —susurré en mi cabeza con poca convicción.

—Quédate conmigo y todo será perfecto —dijo separando sus labios de los míos. Sentí la pérdida.

Noté que alguien más aparecía en escena, primero temí que fuera Mefisto, después cuando vi de quién se trataba deseé que hubiera sido él quien nos interrumpiera.

Tristan iba impecablemente vestido, aunque sin antifaz. Su mirada estaba clavada en mi acompañante y en su mandíbula se notaba la tensión.

—Aléjate de ella —pidió iracundo. Era la primera vez que le escuchaba levantar la voz.

—Tú —dijo Adrien soltándome—. No te entrometas en esto Tristan, no te conviene molestarme—. Pero a pesar de su aviso, se marchó dejándome a solas con él.

Temí que mi amigo descargara su ira sobre mí, pero simplemente se acercó a mi lado con cara de preocupación y me acarició el cabello.

—¿Qué voy a hacer contigo Céline? —se preguntó a sí mismo en voz alta.



Capítulo 9

Nunca había tenido la necesidad de buscar a Rachel, de hecho siempre había hecho lo contrario, escapar de su compañía. Sin embargo en esos instantes lo que necesitaba era aclarar varios puntos con ella. El más importante era cómo había sido su encuentro con Adrien, y no solamente si se había alegrado de verle o no, me preocupaba algo mucho más mundano. Tenía una peligrosa sospecha acerca de los intereses que movían a mi maestro. El extraño afecto que siempre había mostrado por Céline, el hecho de que me enviara a Eva solo para alejarla de mi lado... Algo se me escapaba y necesitaba descubrir qué era. Además necesitaba ser visto en compañía de Rachel si quería que Adrien pensara que estaba decidido a llevar mi plan hasta el final.

Una cosa era ser taimado con los demás, pero a mí mismo me debía la verdad y esa era que no me casaba con nada ni con nadie (al menos eso me decía a mí mismo, mientras me negara a aceptar la verdad, mi vida discurriría todo lo tranquila que podía esperar un tipo como yo). La fidelidad no formaba parte de mi naturaleza voluble y el compromiso mucho menos, aunque una vez hubiese estado a punto de hacerlo...

Florenxia, 1535

Por primera vez en mucho tiempo la idea me tentó, era una completa locura, pero todavía lo era más seguir fingiendo que todo estaba bien, que podíamos vivir de este modo.

Ya habíamos decidido marcharnos de Florencia, pero una vez que estuviéramos lejos, ¿cómo íbamos a vivir? Éramos de dos mundos completamente opuestos y por mucho que me molestara admitirlo, Adrien tenía razón. La idea del matrimonio había sido sencillamente brillante.

Céline había terminado por aceptar lo que éramos cada uno y habíamos decidido que nuestro amor estaba por encima de las normas, del bien y del mal, de todo lo que no fuéramos ella y yo.

No es que la idea de casarme con ella me apenara, lo que me tenía perturbado era que hubiese sido Adrien la persona que descubrió que era la solución perfecta, y todavía más, que se hubiera ofrecido a Céline como vía de escape al convento.

—¡Casémonos! —le pedí sorprendiéndonos a los dos.

Ya no podía alargar mucho más el momento tenía que hacer algo si no quería perderla.

—¿Estás seguro? —preguntó entre mis brazos

—Más que nada en el mundo.

—Entonces lo haré, me casaré contigo. Pase lo que pase.

—Te espero en el laberinto mañana a las tres de la madrugada. Esa hora es lo suficientemente tarde para que el baile haya concluido y no nos tropecemos con nadie por el camino. Trae todo lo que quieras conservar, pero que sea un cargamento ligero, no debe retrasarnos.

—Aquí estaré —dijo sin apartar su brillantes ojos de los míos.

—Lo sé.

Y antes que pudiera replicar nada sobre mi soberbia, la besé. Como si no fuéramos a encontrarnos en unas horas, como si no fuera a ser mía para siempre. Como si hubiese adivinado lo que el destino nos tenía preparado.

Mis pies se encaminaron directos a su encuentro no tuve ni que pensar en ello. Solo me dejé llevar...



—Sabía que te encontraría aquí —me dijo demasiado amablemente.

—¿De verdad? —pregunté indiferente.

—Bueno después de haber recorrido todos los museos de la ciudad era evidente que estabas en este, si no, te hubiera encontrado antes, ¿no crees?

—¿Qué quieres? —le dije sin girarme aún con la vista clavada en el Kandinsky.

Era plenamente consciente de que Gabriel me estaba mintiendo y que sabía que yo lo sabía. No había recorrido todos los museos de Nueva York buscándome, me había encontrado sin necesidad de concentrarse en ello, de la misma manera en que yo le encontraba a él. Seguramente sus pasos le habían traído directamente a este momento que estábamos compartiendo.

Después de todo no era nada nuevo que mintiera, su propio nombre, ahora reconvertido en apellido, ya hacía alusión a su carácter embustero y liante.

Lo que me sorprendió en esa ocasión fue que lo hiciera sobre algo tan tonto como la forma en que había dado conmigo.

—Bueno, en realidad quería saber cómo estabas. Saliste despavorida de mi casa en cuanto llegó mi visitante.

—¿Qué esperabas? —le corté molesta—. ¿Qué me quedara a jugar con vosotros?

—Una idea fabulosa. ¿Por qué no lo dijiste en su momento?

—¿Por qué no te vas? —gruñí mirándole por primera vez desde que se había plantado a mi lado—. No estoy de humor para soportar tus tonterías.

—Qué lástima que ese sea el momento en el que yo más disfruto de tu compañía.

Le dirigí una mirada airada y me topé con su risa. Mi ceño fruncido se destensó de golpe, tardé unos segundos en recomponer mi expresión indignada. Mejor mostrarle enfado que admiración por la profundidad de sus ojos pardos.

Sin decir una sola palabra más me di la vuelta y me encaminé a la salida. Miré fijamente al frente evitando recrearme en los lienzos colgados de las

paredes de las distintas salas por las que iba pasando en mi huida, intentando mantener mis reacciones bajo control, sabía que Gabriel iba a dos pasos de mí a la espera de ver un signo de debilidad, y era consciente que me encontraba en desventaja, estábamos en el lugar apropiado para ello. Era en sitios como en el que abandonábamos en los que me permitía volver a ser la chica soñadora y enamorada que había creído en él.

Sentí su mano mientras enlazaba sus dedos a los míos, tiró de mi con delicadeza pero firmemente y me llevó por los pasillos en los que estaban los aseos públicos. Sentí cómo se me encogía el estómago con el roce.

La cara de Gabriel era seria y mostraba decisión. Nos paramos en la parte menos transitada del pasillo. Me empujó contra la pared y pegó su cuerpo cálido al mío. Mis piernas tuvieron que hacer un esfuerzo doble para no dejarme caer.

—Rachel, Rachel, ¿por qué eres tan arisca conmigo? —susurró sobre mis labios sin llegar a rozarlos.

Podía sentir su cálido aliento sobre ellos, sin embargo no avanzó el diminuto espacio que separaba nuestras bocas. Fui consciente que se trataba de una de sus provocaciones, pero me dio igual. Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación de sentir su cuerpo musculoso sobre cada recodo del mío.

—¿Quieres que te bese? Si es eso lo que quieres puedo hacerlo, por ti, ya sabes —susurró enterrando la nariz en el hueco detrás de mi oreja.

Durante un instante sentí la necesidad de aceptar su oferta, pero el recuerdo de lo que había sucedido entre nosotros la última vez que habíamos estado juntos regresó de golpe.

—Te aseguro que eso no será necesario. Quizás Eva te acepte la oferta —le dije muy digna.

Pero a pesar de mis palabras fui incapaz de moverme para apartarme de su mareante calor.

—Yo sé lo que quieres, siempre lo he sabido —me susurró en el oído, rozando con sus dientes el lóbulo de mi oreja.

—Tú no sabes nada —protesté empujando su pecho para que se apartara de mí.

Todo era un juego con Gabriel, siempre se trataba de eso. Y por mucho

que me costara, por mucho que lo deseara esta vez, no estaba dispuesta a dejarme llevar por el momento. El golpe que venía tras el breve instante de felicidad era demasiado insoportable.

—Adiós Gabriel. Y gracias por la oferta —le respondí burlona.

No estaba mal que por una vez le pagaran con la misma moneda.

—Cuando quieras. Solo tienes que pedirlo —contestó apropiándose nuevamente de la última palabra.



Capítulo 10

No me había girado en ningún momento mientras abandonaba el MOMA y dejaba atrás mi encuentro con Gabriel. No estaba preparada para mantener una conversación real con él o para justificar mi reacción ante su contacto.

Primero tenía que terminar de ordenar mis ideas, y volver a encontrarme con Adrien no me ayudaba mucho a hacerlo. Los dos me descolocaban, cada uno de distinta manera. No obstante, al final el resultado era siempre el mismo.

En vista de lo imposible que había sido encontrar tranquilidad en el museo, decidí buscar refugio entre las paredes de mi casa. Allí me encontraba libre de Gabriel y de lo que me hacía sentir por mucho que luchara contra ello, de Adrien y el interés que siempre había sentido por mí y que lograba que me sintiera protegida a su lado a pesar de lo que éramos los dos.

Mi casa, donde aún me quedaban tres enormes lienzos en blanco en los que plasmar mi frustración.

Me quedé paralizada al ver aquel par de ojos negros clavados en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté alzando la voz cuando me repuse de la sorpresa de su inesperada visita.

—Evitar que cometas dos veces el mismo error. ¿Qué sino? —preguntó ladeando la cabeza. Su largo cabello castaño claro, que llevaba sujeto en una coleta baja, se desplazó hasta su pecho. Vestía un polo azul celeste con los botones desabrochados y unos vaqueros desgastados, parecía un joven

normal y corriente con un cuerpo de escándalo y un rostro mucho más que atractivo.

—No creo que eso sea necesario —contesté a la defensiva.

Algo confusa por sus palabras, ya que en ningún momento me había aclarado a cuál de mis meteduras de pata se refería: a la de entregarme a Mefisto y confiar en él o a la de besar a Adrien y mantener nuestra amistad.

—Lástima que no estés de acuerdo conmigo. Porque no pienso irme — me lanzó una mirada de advertencia avisándome que no iba a discutir el tema conmigo, que era una decisión tomada.

—Te vas a quedar —afirmé.

Adivinó mis pensamientos, o más bien los leyó, porque rápidamente contestó.

—¿Contigo? ¿Aquí? No, simplemente voy a estar cerca. No lo olvides, esta vez podrás contar conmigo —su voz sonó lejana como si estuviera perdida en el momento al que aludía.

—Siempre he podido contar contigo —repliqué.

Me molestaba que fuera tan duro consigo mismo. Tristan había sido mi guía desde el instante en que nací, igual que el hijo del creador los ángeles, nacíamos humanos o bien éramos reclamados al morir.

—No es del todo cierto, así que no lo repitas o romperás nuestra regla de oro sobre las mentiras. La última vez no lo vi venir pero ahora estaré preparado.

Esbozó una sonrisa que no podía calificarse como otra cosa que luminosa y marchó decidido hacia el ascensor. En ese instante me invadió una profunda sensación de seguridad. Tristan no iba a permitir que me fallara ni a mí misma ni a nadie.

—¿Rachel? —preguntó riendo.

—Me gusta ese nombre, pero tú eres la única persona a la que siempre permitiré llamarme Céline.

—Siempre es mucho tiempo —respondió.

—Y nosotros de eso tenemos mucho —contesté riendo.

Sonrió. Si no hubiese estado tan acostumbrada a ese gesto, a la bondad y belleza que destilaba con él, hubiese tenido que sujetarme a alguna parte cuando se doblaran mis rodillas. No fue el caso, solo me embargó una leve

emoción, como el suave aleteo de las mariposas en mis mejillas.

—Si has elegido Rachel, será Rachel —y dicho esto subió al ascensor que daba acceso a la vivienda con el paso elegante y seguro que le caracterizaba.

Cuando lo vi parado en mitad de mi salón me quedé tan sorprendida que no caí en la cuenta de que había sido yo quien le había alertado, cuando le pedí permiso para convertir a Danielle en mi pupila. Me había guardado ciertos detalles, sin embargo eso no era un problema para él. Nadie era capaz de descubrir con más facilidad que Tristan la verdad que se ocultaba tras los silencios.



Por segunda vez en el mismo día me encaminé hacia el MOMA. El museo se había convertido, sin darnos cuenta, en un punto de reunión entre Gabriel y yo. Las últimas conversaciones medianamente civilizadas que habíamos mantenido en él lo habían convertido en un terreno neutral, si dejábamos al margen el momento de tensión sexual que habíamos tenido horas antes.

Me acerqué despacio a su lado, estaba contemplando El estudio rojo de Matisse: un fondo rojo sobre el que se añadían lienzos y demás objetos relacionados con la creación pictórica. Un lienzo con el que me sentía identificada, la más maravillosa de las obras que jamás había contemplado.

Yo era como el fondo rojo del Matisse, como la jovencita del vestido rojo, apasionada e ingenua. Un color que había ido transformándose en el negro que teñía mi ropa conforme se iban añadiendo nuevas vivencias. El mismo cuadro que yo visitaba cada día desde que había llegado a Nueva York. Gabriel estaba tan concentrado en el Matisse que parecía como si quisiera encontrar qué lo hacía especial para mí, sus ojos escaneaban de arriba abajo la pintura.

—Tristan está aquí —le espeté de golpe.

No tenía muy claro por qué compartía esa información con Gabriel, pero estaba convencida que era buena idea hacerlo.

—Perfecto, eso hará que el interés de Adrien por ti se disuelva un poco.

Si hay algo que él desee más que a ti, es acabar con Tristan para siempre — dijo con total naturalidad.

No me preocupó la seguridad de mi amigo, tenía plena confianza en su fuerza y en su poder. En un mano a mano con Adrien, él sería el vencedor; aun así la idea me importunó. Recé para que no llegara el encuentro, no quería que ninguno de los dos saliera herido.

—¿Por qué se odian tanto? —pregunté recordando la única vez que los había visto a los dos juntos.

—Cosas de hermanos.

—¿Qué?!

Una risa estridente y sincera sacudió el cuerpo de Gabriel.

—No puedo creer que no lo sepas princesa. ¿Nunca has escuchado eso de que disponer de la información es ya una batalla ganada? O algo así... —dijo con los ojos entrecerrados, intentando dar con la frase correcta.

—No puede ser. ¡Son tan diferentes! —murmuré fascinada por el descubrimiento.

—En realidad son medio hermanos. Mismo padre, distinta madre, la de Adrien murió en el parto y su padre volvió a casarse. La misma vieja historia de siempre.

—¿Cómo sabes tú eso? —le interrogué. Admirada porque supiera tanto sobre un hecho que jamás me hubiera imaginado.

—Haciendo muchas preguntas y escuchando muchas respuestas — contestó enigmático.

—¿Es eso una especie de proverbio? —aventuré entrecerrando los ojos.

—No, es lo que hice realmente. Había olvidado lo divertida que eres — comentó burlón.

Le fruncí el ceño molesta, no intentaba ser graciosa, había sido una pregunta en toda regla.



Era mucho más que evidente la razón por la que Tristan estaba en la ciudad: Rachel, y que ella fuera el motivo me tenía molesto y desconcertado

al mismo tiempo. El arcángel solo pretendía protegerla y ¿desde cuando tenía yo ataques posesivos respecto a Céline? Nunca que pudiera recordar, y no cabía duda de que mi memoria era perfecta.

Florenxia, 1535

—¿Qué voy a hacer contigo Céline? —preguntaba un tipo al que nunca había visto y que la sostenía entre sus brazos mientras le acariciaba el cabello con delicadeza.

Me fijé en la familiaridad con la que se apoyaba sobre él, en el precioso vestido rojo que ella lucía y en la máscara dorada que llevaba puesta, que conseguía hacerla parecer más mundana y misteriosa. Los celos se apoderaron de mí con una fuerza irracional y una bruma negra empañó mi mirada.

—¡Céline! —la llamé totalmente fuera de mí por la escena que estaba teniendo lugar ante mi vista.

—No creo que sea buena idea que la busques —me advirtió el desconocido con una voz profunda y autoritaria. Mostraba la insolencia de los que se saben por encima del resto.

Algo en su osadía y en sus ojos negros me recordó a Adrien.

—Lo que yo creo es que no es asunto tuyo —le respondí cada vez más alterado. ¿Quién demonios se creía que era y qué hacía acariciándola de ese modo?

Mientras nosotros hablábamos, Céline se había separado de su abrazo pero permanecía de pie a su lado.

—¿Estás seguro? ¿No lo es? —preguntó con una sonrisa de autosuficiencia.

Sentí una descarga que hizo que perdiera el equilibrio y que estuvo a punto de hacerme caer. Una luz brillante se instaló en mis ojos y se abrió paso en mi pecho, las náuseas me invadieron y la certeza me cegó.



Capítulo 11

Aparté la mirada del Matisse todavía sin entender qué tenía de especial ese cuadro para Rachel. Para mí no era más que pintura roja y tela, comprendí que por mucho que buscara no iba a encontrar la respuesta y como tampoco estaba dispuesto a preguntarle a ella directamente, decidí que lo mejor era olvidar el tema, al menos de momento.

—¿Recuerdas cuando descubriste quién era yo? —le pregunté repentinamente.

—Sí.

—Ese fue el mejor y el peor momento de mi vida, las dos cosas al mismo tiempo. El peor porque durante una fracción de segundo temí que me odieras y el mejor porque no lo hiciste. El resto del tiempo ha sido una pesadilla ya que cambiaste de opinión muy pronto —dije bromeando, ocultando tras una sonrisa la verdad que escondían mis palabras.

—¿Pretendes que me ría en un momento como este? —me interrogó intentando mostrarse ofendida.

—Pretendo que te rías en todos los momentos. Extraño la persona que eras antes, Rachel me cae bien, pero no termina de ser mi tipo.

—Lo siento mucho, pero esto es lo que hay —me respondió señalándose.

—Pues estoy en un buen dilema. Por un lado tenemos a Adrien, que no está muy contento conmigo por lo que hice en Armony con Danielle y Oliver, por otro tenemos a Tristan, que nunca ha estado contento conmigo, y luego

estás tú, que durante un tiempo lo estuviste.

»Quizás lo mejor sea abandonar la ciudad. No sé, la idea de una playa paradisíaca me tienta bastante. ¿Te apuntas, por los viejos tiempos? —mi tono fue tan despreocupado como siempre. Tenía que probarla, saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar por mí.

—Esto no es un juego, si los sabuesos te atrapan estarás acabado —me reprendió con las manos en la cintura, como si estuviera regañando a un niño pequeño.

—Bueno, he vivido mucho. A lo mejor no es tan mala idea —fui consciente que la había forzado demasiado cuando me atacó.



Sus palabras me devolvieron a la realidad. Mefisto nunca jamás hubiese dicho algo como eso. Jamás se hubiese rendido sin más...

En un arrebato de ira le di un empujón, con todas mis fuerzas. Poco me importó que estuviéramos en un lugar público, que la gente se quedara paralizada ante semejante espectáculo o que Gabriel cayera al suelo al pillarle por sorpresa mi reacción.

Sin ser plenamente consciente de lo que hacía comencé a moverme, alejándome de allí. Nadie dijo nada, ni se acercó a nosotros. Debieron pensar que era una inofensiva riña entre enamorados: él dice algo inapropiado y ella se marcha llorando.

Di gracias porque el cuarto de baño estuviera vacío. Me miré en el espejo y me obligué a respirar despacio, centrándome en los colores del cuadro: el rojo, el amarillo, el azul... dedicando mi tiempo a cada uno de los doce círculos concéntricos que lo componían.

No sé cuánto tiempo estuve allí mirándome en el espejo e intentando ralentizar mi respiración. Cuando por fin conseguí calmarme, abrí el grifo y me lavé la cara con agua helada. Tuve que coger un pedazo de papel higiénico para eliminar los chorretones de rimel que tenía bajo los ojos, no obstante, por mucho que tratara de eliminarlos no conseguí nada más que unas ojeras negras y profundas. «Menos mal que era resistente al agua» pensé

irónica.

Lo primero con lo que me encontré cuando abrí la puerta para salir de mi escondite fue a Gabriel apoyado contra la pared de enfrente.

—¿Ya has superado tu ataque de agresividad? ¿Podemos hablar? —preguntó cauteloso.

—No.

—¿No has superado tu ataque de violencia o no podemos hablar? Sé un poco más clara por favor —comentó tanteando a ver si sonreía.

No respondí y le miré como si fuera un insecto insignificante al que ni siquiera valiera la pena pisar.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando a que salgas de ahí dentro? He estado tentado varias veces de entrar y sacarte por la fuerza. Pero no hubiese sido correcto, y no me refiero a lo de sacarte por la fuerza, sino a lo de entrar en el cuarto de baño de mujeres.

—No estoy de humor para escuchar tus tontas divagaciones.

—No sabes cuánto lo siento princesa. Pero me vas a escuchar —sentenció al tiempo que me sujetaba por los hombros y me empujaba contra la pared sin soltarme y aprisionándome con su cuerpo.

Gruñí molesta. ¿Acaso se había convertido en una costumbre empujarme contra esa misma pared? Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que lo hacía, y como la vez anterior he de confesar que me costó reaccionar. Sentirlo tan cerca fue tan embriagador como siempre, a pesar de mi enfado, a pesar de sus mentiras.

Comencé a temblar de forma descontrolada mientras mi mente se negaba a admitir lo que sentía mi cuerpo. Estaba escindida entre la emoción y la razón, entre lo que sentía y lo que quería sentir.

—Céline, ¿qué te he hecho? —preguntó Gabriel separándose un poco de mí. En su voz puede distinguir miedo y frustración.

—Nada. Esto no tiene nada que ver contigo —iba más allá de él, tenía que ver conmigo y con mi estúpida debilidad por él.

—¡No me mientas! —me exigió como si tuviera libertad moral para hacerlo.

—¡Yo nunca miento! —respondí en tono calmado.

—¿Estás segura? —insistió esperando una respuesta que no iba a recibir.

Y es que su pregunta me descolocó tanto como la respuesta real que se atoró en mi garganta.

Una tregua no verbalizada se instaló entre nosotros. En silencio se apartó totalmente de mi cuerpo y me dejó espacio para moverme, para decidir hacia dónde quería ir, pero la libertad de elección no implicaba que fuera a dejarme marchar sola.

Caminamos uno junto al otro, perdidos cada uno en sus propios pensamientos. Nuestros pasos nos llevaron hasta mi apartamento, durante una fracción de segundo pensé en invitarle a subir, sin embargo recordé que el loft estaba decorado y no quería que él lo viera, que fuera testigo de mi debilidad.

—Si estás pensando en despedirme, lamento decirte que voy a subir de todas formas, me invites o no —me anunció muy serio.

—Es mi casa. Que subas o no debo decidirlo yo, no tú.

—En este caso obviaremos las normas. Tenemos que hablar —me recomendó con el mismo tono serio y autoritario.

—¿No es una grosería obligar a alguien a soportar tu compañía? Creía que Adrien te había enseñado bien —le lancé mi mejor dardo.

—No va a funcionar Céline. Voy a subir quieras o no —usó mi antiguo nombre con la intención de molestarme.

Esta vez no puse objeciones, era cierto que teníamos que hablar. Su actitud en el museo había despertado en mí una sensación de desconfianza, de recelo. Sus palabras habían encendido una enorme señal luminosa de peligro en mi cabeza.

No estaba segura de conseguir que Gabriel me dijera la verdad, pero al menos tenía que intentarlo y después ya me encargaría de filtrar la información que me diera hasta dar con qué era verdadero y qué no.

Saqué las llaves del bolsillo derecho de mi pantalón vaquero y abrí la puerta, en cuanto entré la solté, pero no llegó a cerrarse porque Gabriel me seguía muy de cerca.

Subimos al viejo montacargas reformado en ascensor y presioné el último botón.

Seguía pensando que era muy mala idea pero lamentablemente en ese momento no tenía muchas opciones.



Rachel parecía nerviosa, no quise forzarla más. Su arranque en el museo me había pillado desprevenido y con la guardia baja. Algo estaba danzando en su hermosa cabecita y creía saber qué era. Mi intento de provocarle lástima había sido excesivo e inverosímil, había sobreactuado y a ella no se le había escapado. Yo mismo había abierto la brecha que ahora nos separaba de nuevo.

Al parecer eso era lo que mejor se me daba, alejarla sin remedio de mí.

Me quedé petrificado en el umbral asombrado por la belleza del mural que tenía delante. Mantuve la expresión indiferente y me callé todas las preguntas que quería hacerle: ¿Quién era el chico de la escena? ¿Por qué se parecía tanto a mí? ¿Era un recuerdo o un sueño? ¿Por qué presidía el salón de su casa?

Sabía que no era el momento adecuado para volver a presionarla, no obstante, no estaba dispuesto a quedarme con las dudas. Ahora tenía que arreglar el desaguisado que yo mismo había hecho, pero no iba a quedarme con la incógnita mucho tiempo.

Avancé y me senté en una de las incómodas sillas que constituían el escaso mobiliario. El lugar contrastaba con la casa de Adrien y con la mía propia, estaba prácticamente vacío, si exceptuábamos las latas de pintura y los pinceles.

Una mesa y unas pocas sillas, al este una cama enorme y un armario con un tocador de bambú, una nevera destartada y varias cajas de zapatos. Eso era todo lo que había en casa de Rachel. ¿Había sido siempre así su vida desde que abandonó Florencia?

Ella que había vivido desde que nació entre la opulencia y el dinero. ¿Era como en el caso de Oliver una especie de castigo auto infringido? Pero castigo, ¿por qué? ¿Qué mal creía Rachel haber ocasionado? La respuesta se materializó ante mis ojos antes de terminar de formularme la pregunta: Isabella. Céline se culpaba por la muerte de Isabella. Ese par de tontos se habían estado culpando y castigando por lo mismo y de igual modo. Tuve que sofocar la risa hastiada que nació en lo más profundo de mi alma oscura.

Las palabras de Rachel me sacaron de golpe de mis pensamientos.

—¿Qué has dicho? —pregunté recuperando la compostura e intentando parecer indiferente.

—¿Qué te traes entre manos? Sé que hay algo mucho más de lo que das a entender —había acertado en mis suposiciones, Rachel sospechaba de mi penosa actuación en el museo.

—No entiendo qué quieres decir —la esquivé.

—¿No lo entiendes? Veamos, intentaré ser más clara. Tú nunca te rindes, has pasado cinco siglos acosando a Oliver para que cediera a tus deseos y, en todo ese tiempo, no has dejado de importunarle y de repente no solo le liberas del pacto sino que también te rindes con Danielle y me dejas vía libre a mí. ¿A qué juegas, Mefistófeles?

—¿Mefistófeles? —pregunté intentando ganar tiempo para inventar alguna historia creíble que me evitara confesar la verdad.

—Es tu nombre y te viene al dedo en todas sus acepciones. Eres el mentiroso más efectivo de la historia y el ser más oscuro que conozco, elige con cuál te quedas.

—Me harás sonrojar si sigues por ahí —le respondí fingiendo que no me molestaba su maltrato.

—Lo dudo, eres demasiado ególatra, disfrutas con esto.

Quizás lo hubiera disfrutado si las palabras hubieran salido de otros labios, en los suyos no sonaban tan bien. Atronaban como lo que eran, recriminaciones totalmente justificadas.

—Princesa, me parece que la que está disfrutando con esta batalla dialéctica eres tú. Me estás insultando a placer —dije con una sonrisa sardónica.

—¿Insultándote? No lo creo. Simplemente estoy diseccionando cómo trabaja tu mente. Así que, una de dos: o tienes un plan oculto en el que yo soy uno de tus peones o definitivamente no eres tan cruel como quieres dar a entender y ahora tienes que tergiversar tu metedura de pata de manera que sea favorable para ti. En cualquier caso, yo sigo sintiéndome como un peón de tu maquiavélico juego.

Sentí su temor a que se repitiera de nuevo la historia y eso activó el mío. Al parecer, Rachel nunca iba a rendirse conmigo, por lo que iba a tener que

ser más claro si quería liberarla de los lazos inmortales que nos unían y nos obligaban a permanecer juntos, a pesar de lo mucho que lucháramos para evitarlo.

—Me pillaste. Voy a tener que confesar —mantuve la ironía tanto como pude—. Tú no eres un peón en mi maquiavélico juego, princesa. Eres la reina.



Capítulo 12

Supé que debería sentirme feliz por haber hecho que Gabriel reconociera que se traía algo entre manos. Sin embargo cuando llegó el momento y confesó, no me sentí feliz, ni siquiera aliviada. Solamente vacía.

—¿La reina? —pregunté con un hilo de voz.

—Pareces sorprendida princesa. ¿No era eso que tú llamas verdad lo que querías saber? Pues ahí la tienes, tú eres el premio gordo para alguien como yo. Si consigo que te pases a este lado de la línea, conseguiré lo que siempre he anhelado, una vida tranquila tras una mesa y poder ilimitado con solo mover un dedo.

No había ironía ni falsedad en sus palabras. Cada una de ellas era cierta y verdadera y se sentía como si alguien me golpeará con fuerza en el estómago.

—¿Por qué me lo cuentas? —pregunté intentando aferrarme a cualquier cosa que sirviera para redimirle.

—Querías la verdad y yo ahora quiero ver qué vas a hacer con ella — confesó sin guardarse ninguna carta en la manga.

Perfectamente consciente de que en este caso la verdad era mucho más poderosa que la mentira.

—¿Qué crees que voy a hacer con ella? —pregunté desafiante.

—Lo correcto, tú siempre haces lo correcto. Así que ahora la pelota está en tu campo. Estoy en un lío, uno muy grande y vas a tener que ayudarme. Cómo lo hagas es cosa tuya, puesto que ya tienes la verdad que tanto

reclamabas hace unos minutos.

—¿Por qué crees que voy a ayudarte después de confesar que pretendías utilizarme?

—Porque no tienes otra opción, eres incapaz de darte la vuelta y olvidar esta conversación —me conocía a la perfección, su jugada había sido una jugada maestra, me había embaucado sin necesidad de mentirme lo que le hacía más necesaria mi colaboración.

Tenía razón, iba a ayudarlo. No me quedaba otra opción. Gabriel me había dado cuerda y yo solita me había hecho la soga y me la había puesto al cuello. Le había exigido que me contara sus planes, no obstante, conocerlos no me liberaba de él, al contrario, me obligaba moralmente a tenderle una mano. No podía dejarle tirado después de que me hubiera confesado la verdad.

—¿Has pensado ya algún plan? —me preguntó rompiendo el silencio que mis pensamientos habían impuesto.

—¿Conoce Adrien tus intenciones? —pregunté intentando hacerme una idea de hasta dónde había sido una completa idiota.

—Por supuesto, fue lo primero que hice cuando llegué a la ciudad. No soy ningún suicida, por mucho que te lo haya hecho creer en el museo. Me encanta la vida y pienso disfrutarla como mínimo cinco siglos más.

—Supongo que hasta que se nos ocurra algo tendremos que hacerle creer a Adrien que tu plan está dando sus frutos. Mientras hablaré con Tristán...

—¡No! —me interrumpió levantándose con tanta fuerza de la silla que esta cayó al suelo—. No le quiero en medio de esto.

—Está aquí, se va a enterar aunque no quieras. Cualquier cosa que tenga que ver con Adrien llegará a sus oídos y querrá participar si tiene que ver conmigo.

—Si Tristan se mete esto se convertirá en algo mucho más peligroso de lo que ya es, Adrien le tiene muchas ganas a su querido hermanito, y cuando les llegue el turno de enfrentarse no quiero que ninguno de los dos esté en medio, ni siquiera en el mismo continente. ¿Me has entendido? Déjalo fuera de esto.

Supe que tenía razón, sin embargo la idea de ocultarle cosas a Tristan no me gustaba en absoluto, así que llegué a un acuerdo mental conmigo misma: no le diría nada a Tristán si él no me preguntaba directamente sobre el tema.

No obstante, si lo hacía le diría la verdad de lo que estaba sucediendo entre Gabriel y yo.

—De acuerdo. ¿Alguna idea de lo que vamos a hacer? —pregunté reconociendo con ello que me ponía en sus manos.

—Alguna —respondió alzando la ceja—. Te recogeré a las once. Arréglate bastante, nos vamos de fiesta.

Asentí con la cabeza, estaba claro el lugar al que íbamos a ir. No es que me encantara la idea, sin embargo hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una noche de asueto.

—Ah, Rachel —dijo girándose de camino al montacargas—. Se supone que estamos arreglando nuestra maltrecha relación. Acuérdate de mostrarte cariñosa, princesa, y de ponerte muy sexy.

Le lancé una mirada asesina, pero él se rió y me instó a practicar miradas enamoradas en el espejo.



Capítulo 13

Faltaban algunos minutos para las once de la noche cuando giré la esquina de la casa de Rachel, me encontraba extrañamente nervioso. La última vez que había esperado a Céline las cosas no habían salido como ninguno de los dos esperaba.

Deseé que esta vez fuera diferente.

La puerta de abajo estaba abierta, así que no tuve que llamar. Aun así, me entretuve parado en el cristal revisando mi atuendo. Me había puesto una camisa negra de Dolce & Gabbana, mi marca fetiche y unos vaqueros oscuros de Gucci, unas botas del mismo color que la camisa remataban mi vestuario. Estaba perfecto para enloquecer a cualquier ángel principado, antiguamente arcángel. Sonreí completamente seguro de mí mismo.

Me encaminé hacia el viejo ascensor ansioso por comprobar cómo nos iba la noche, cuando bajé del montacargas me encontré con Rachel de pie frente a mí.

—Llegas puntual —me felicitó sorprendida. Supe que una parte de ella había esperado que no apareciera, que volviera a dejarla esperando. Sentí una inesperada punzada de remordimientos.

Le respondí con una sonrisa vacilante cuando desvié la mirada de su cara a su cuerpo. Ella notó el movimiento de mis ojos.

—¿Voy lo suficientemente arreglada para ti?

Tardé más de lo habitual en responder, llevaba un corpiño rojo y negro

que se ataba por delante con corchetes y lazos, con una falda de tul capeada, corta y negra. Sus piernas se mostraban interminables bajo la tela. En los pies calzaba unos botines también negros con un tacón que la hacía parecer casi tan alta como yo, pero sin duda mi mirada se quedó estancada en el trozo de piel de su pecho que el corpiño dejaba al descubierto, en la elegante línea que discurría desde su garganta hasta sus clavículas. Instintivamente alargué el brazo, pero lo retiré inmediatamente, fingiendo que gesticulaba para que se diera la vuelta y poder verla por todas partes.

Llevaba su cabello lacio y negro suelto como siempre, salvo por una pequeña modificación que le sentaba a las mil maravillas: se había cortado el flequillo recto sobre sus perfectamente depiladas cejas, lo que le quitaba seriedad a su aspecto.

—Creí que habías abandonado definitivamente el negro —le respondí evitando con ello contestar a su pregunta.

—Y lo he hecho, he añadido el rojo. ¿No lo ves? —dijo sacando pecho y mostrándome más piel sedosa y tentadora.

—Voy a besarte —la avisé cuando la idea se instaló repentinamente en mi cerebro.

—¿Qué? —preguntó sorprendida por el cambio en nuestra conversación.

—Tranquila, tampoco es que me apetezca mucho la idea, sin embargo ha de resultar creíble cuando lo haga delante de Adrien —le conté para restarle importancia al hecho que deseaba hacerlo y que necesitaba justificármelo.

Desde el mismo instante en que entré en la casa, desde el segundo cero en que la vi parada frente a mí, sorprendida porque esta vez no le hubiera fallado.

—¿Por qué vas a tener que besarme delante de Adrien? —a diferencia de mí, ella parecía dispuesta a todo para retrasar el momento.

—Quizás no exactamente delante de él, no obstante, seguro que tiene espías vigilándonos y no creo que sea muy inteligente que te apartes o te muestres arisca cuando lo haga. Así que lo mejor es practicar el beso antes de hacerlo con público.

—Está bien. Tampoco puede ser tan malo —respondió fingiéndose indiferente.

—Me halagas, princesa —contesté haciendo lo mismo.

Suavemente acerqué mis labios a los suyos, eran mucho más suaves de lo que los recordaba. Su boca se abrió para mí y su aliento se fundió con el mío, le rodeé la cintura con mi brazo derecho y la atraje más hacía mi cuerpo. Utilicé la mano izquierda que me quedaba libre para acariciarle el cabello, la sien.

La esencia de esa chica inundó mis sentidos, su aroma, su sabor, el tacto de su suave piel, el sonido ahogado de sorpresa y deseo que emitió cuando introduje mi lengua en su boca.

Pude sentir como poco a poco iba cediendo al beso, pero yo no dejé de instigarla para que se soltara, para que se pusiera en mis manos. Finalmente me sentí triunfal cuando se pegó a mí y me rodeó el cuello con los brazos. Su gesto cambió el beso que se volvió más salvaje, posesivo y desesperado.

Sin dejar de besarla la empujé contra la pared (sonreí sobre sus labios al pensar en las veces que la había empujado contra una pared y había ansiado hacer esto), metí mi rodilla entre sus muslos y la obligué a separarlos para mí. Mis manos abandonaron su cabello y se instalaron en sus piernas desnudas, noté el respingo que dio cuando sintió el calor de mis palmas sobre la delicada piel de sus muslos. Sin dejar de besarla subí por sus costillas, hasta llegar a sus pechos. Me peleé con los lazos de su corsé igual que en los viejos tiempos mientras intentaba desatarlos.

No sé cuanto tiempo estuvimos besándonos y acariciándonos, en algún momento yo perdí mi camisa y el control de la situación.

La pasión y el deseo me cegaron, pero entonces Rachel me sacó de la bruma en que me encontraba cuando me llamó Mefisto, momento en que recuperé la cordura. Me obligué a mí mismo a soltarla, a romper la conexión que nos unía.

No podía dejar que ella tuviera el control, tenía que dominar la situación en todo momento si no quería sucumbir a lo que Rachel me hacía sentir. Había metido la pata en el museo, pero aún tenía una oportunidad y no pensaba perderla por un simple calentón.

Me separé con la respiración agitada. Los ojos de ella se veían confusos, aún estaba bajo los efectos del beso. Momento perfecto para darle el toque de gracia que volvería a darme el poder.

—Vaya, princesa, para no querer besarme has estado a puntito de

devorarme.

Su mirada transparente se convirtió en agua congelada. De nuevo había dado en el clavo.



Edén era el nombre del local que pertenecía a mi antiguo amigo y el local más de moda de todo Nueva York; el sentido del humor de Adrien era de lo más mordaz.

La fachada del local estaba pintada con motivos bíblicos, una burla descarada a mi familia. A pesar de mí misma sonreí por su desfachatez, era una verdadera lástima que hubiera elegido el lado equivocado. Adrien era demasiado inteligente y sofisticado para la inmundicia que reinaba en el otro lado, el descontrol y el caos no eran rasgos del carácter de Adrien, y dudaba que él mismo pudiera tolerarlos si me fijaba en lo ordenada y disciplinada que era su existencia desde que nos conocíamos.

El taxi nos había dejado prácticamente en la puerta, donde una larga hilera de gente esperaba para entrar. Sin pedirme permiso ni hacerme ningún gesto de aviso, Gabriel me tomó de la mano y me condujo hacia las puertas de acceso. Tuve que hacer un esfuerzo para no retirarla, no porque me molestara el gesto sino por todo lo contrario, me gustaba demasiado y tan solo hacía unos minutos él me había demostrado en mi casa que no sentía lo mismo.

Nos saltamos la cola y nos acercamos al enorme portero que franqueaba la entrada. El demonio me miró sorprendido, después miró a Gabriel y le guiñó un ojo mientras reía con exageradas carcajadas que dejaban al descubierto sus seis dientes de oro. Me fijé en sus musculosos brazos tatuados, conté seis: tres en el brazo derecho, dos en el izquierdo y uno en el cuello a modo de collar de perro. Al parecer el demonio todo lo hacía de seis en seis.

—Enhorabuena hermano. ¡Preciosa pieza! —le dijo al tiempo que nos permitía pasar con una elaborada reverencia.

Me abstuve de hacer comentarios. Era exactamente lo que pretendíamos

con esta pantomima, que la gente pensara que estábamos juntos, que yo había decidido renunciar a mi naturaleza por él, y al parecer no resultaba tan increíble como yo había imaginado.

Decidí no preocuparme por ese tipo de reacciones, al menos de momento.

El Edén por dentro era simplemente fascinante, nunca había estado en un lugar como aquel. Destilaba clase y estilo por todas partes. Mientras Gabriel me arrastraba hacia la barra me fijé en que las camareras y los camareros parecían modelos de pasarela vestidos de rojo y negro, no había entre ellos nadie que pudiera calificarse de poco atractivo o normal.

Pero lo que llamó especialmente mi atención fue que había toda clase de gente, desde demonios hasta humanos y algunos ángeles de rangos inferiores al mío. No debería haberme sorprendido tanto, al fin y al cabo los ángeles éramos los legítimos dueños del lugar. Me reí yo sola ante mi triste chiste, definitivamente pasar tiempo con Gabriel me estaba afectando mucho más de lo que había creído.



Capítulo 14

Rachel parecía encontrarse a gusto en la discoteca, incluso se reía de algún chiste privado que solo ella entendía.

Discretamente miré por el local con la intención de comprobar que Eva no estaba allí, bajo ningún concepto quería que Rachel la volviera a ver. Ya habíamos tenido suficiente mal rollo por su culpa, y si queríamos hacerle creer a Adrien que estábamos bien, la presencia de la morena nos estorbaba, sobre todo porque no estaba seguro de cuál sería su reacción si nos veía juntos a Rachel y a mí.

—¿Qué vas a tomar? —le ofrecí amablemente.

—Lo mismo que tomes tú —me contestó con la vista clavada en la pista de baile.

Parecía tan interesada que estuve a punto de invitarla a bailar. Pero recordé nuestro arrebato y opté por no pedírselo, hacerlo sería como dar un paso atrás.

—¿Estas segura, princesa? —le pregunté sorprendido por su respuesta.

—Por supuesto —alzó la nariz ofendida, era un gesto típico de ella que siempre me hacía sonreír.

La misma camarera de la otra vez que visité el Edén se acercó a nosotros contoneándose y haciendo ondear su cabello dorado. Pero se quedó parada cuando se dio cuenta que esta noche venía acompañado.

—Hola, Gabriel —me saludo sonriente pero distante.

A mi lado noté como Rachel se tensaba por la familiaridad con la que me había hablado la camarera.

—¡Hola, princesa! —La saludé usando el mismo mote con que apodaba a Rachel. Perfectamente consciente de que era el golpe más bajo y rastrero que podía darle a mi acompañante.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó más segura ante mi nulo interés en mi pareja.

—¿Qué nos aconsejas? —le respondí coqueteando descaradamente con ella.

La rubia parpadeó por la sorpresa. No se lo esperaba teniendo en cuenta que había una chica preciosa a mi lado.

—Estáis en el Edén, así que tenéis que probar el Red Apple o el Tentación, son especialidad de la casa.

—Yo probaré el Tentación —contestó Rachel sin preguntar siquiera que llevaba el cóctel.

La rubia amablemente le dio los ingredientes: Vodka, jarabe de manzana, lima y unas gotitas de ron blanco.

—Perfecto, gracias —aceptó con una sonrisa sincera y sin ningún tipo de rencor por mi interés.

—Tomaré lo mismo, princesa —dije no cejando en mi intento de molestar a Rachel.

Todo se resumía en una simple cuestión de control, Rachel no me controlaba, era yo quien dirigía la situación y para hacerlo estaba dispuesto a casi cualquier cosa.

La rubia me sonrió y se giró para coger dos vasos de la estantería que había tras ella y llenarlos de hielo picado. Pero en ese momento lo que menos me importaba eran los cócteles o lo que estuviera haciendo la camarera, yo tenía la vista clavada en Rachel que sonreía descaradamente a alguien situado al otro lado del círculo que era la sala. Alguien que se acercaba hacia nosotros con la misma sonrisa con que yo la había mirado a ella al entrar en su piso esa misma noche, una mirada que mezclaba deseo y acuciante necesidad.

Adrien se abría paso sin rozarse con nadie a pesar que la pista estaba llena de gente bailando. No hubo ningún movimiento brusco; simplemente

coordinación y su propio magnetismo.

Se paró frente a nosotros sonriendo. Seguramente le había avisado el portero que me había felicitado por la captura o había sido yo mismo y nuestra conexión quien le había puesto sobre aviso. En cualquier caso, Adrien no estaba interesado en mí, ni siquiera me miraba; toda su atención se centraba en Rachel, que batió las pestañas para él. Ante ese gesto ni siquiera la rubia y todo su arsenal hubieran conseguido ponerse a su altura.

—Céline, ma chérie, estás maravillosa esta noche —le dijo con una sonrisa depredadora en el rostro.

—Hola, Adrien, me alegra que te guste mi vestido, seguí tu consejo y abandoné el negro riguroso —dijo dando una vuelta sobre sí misma para que él la admirara mejor.

—No es solo tu vestido, es que eres preciosa.

Me molestó saber que había sido él quien le había aconsejado sobre el color de su ropa y mucho más que ella hubiera aceptado su consejo.

Noté la sorpresa de Adrien ante su alegre recibimiento, una alegría que contrastaba con mi creciente mal humor.

—Gabriel —me dijo cuando por fin apartó la mirada de ella—. Me alegra que hayas traído a Céline pero tú y yo tenemos una conversación pendiente, tienes que explicarme qué hay de cierto en esos rumores absurdos que he escuchado sobre ti —dijo fingiendo que nunca habíamos hablado del tema. Una mera pantomima para Rachel.

—Por supuesto, maestro —le seguí el juego, plenamente consciente que ella no estaría muy contenta con la actitud de mi maestro.

Por primera vez desde que Adrien había aparecido, esboqué una sonrisa verdadera.

—Te espero mañana —me dijo y volvió a olvidarse de mi presencia a favor de la chica que me acompañaba.

En ese momento la camarera puso los dos cócteles, del mismo tono rojizo que su camiseta de tirantes, frente a nosotros. Cogí uno de ellos y se lo ofrecí a Rachel, que lo cogió con un escueto agradecimiento y sin siquiera mirarme.

Bebió de su copa y yo hice lo mismo con la mía. El combinado estaba delicioso, igual que lo estaba la chica que tenía a mi lado y que no parecía muy interesada en mi compañía. La camarera le preguntó a su jefe si quería

que le sirviera algo, pero él se limitó a negar con la cabeza.

—Céline, preciosa, ¿por qué no dejamos a Mefisto con Verónica? —dijo señalando a la rubia—. Son viejos amigos, ¿sabes? Seguro que tienen mucho de qué hablar —dijo remarcando la última palabra.

No sé qué me molestó más, que la llamara Céline y que ella se lo permitiera o que insinuara que me había acostado con la rubia cuando los dos sabíamos que no había sido así.

—Parece que Gabriel tiene amigas en todas partes —comentó fingiendo diversión, pero no engañaba a nadie.

—Mefisto —me llamó sin dejar de mirar a Rachel—. No hace falta que esperes a Céline, yo la llevaré a casa personalmente. Puedes irte tranquilo, su seguridad será mi prioridad.

No tuve tiempo de oponerme, antes que pudiera decir algo Rachel, ya había aceptado la propuesta y con ella su brazo.

—Me parece perfecto Adrien, enséñame tus dominios —le pidió coqueta—. Buenas noches, Gabriel.

La situación era cuanto menos surrealista, Adrien tomó su mano, posada en su brazo, y entrelazó sus dedos en los de ella dispuesto a guiarla, pero ella le sonrió y se acercó a mi oído:

—Donde las dan las toman. Disfruta de la rubia, yo haré lo mismo con Adrien. Tengo ganas de saber si sigue besando tan bien como la última vez —una ira asesina se apoderó de mí. Sabía que estaba celosa y que lo había dicho solo para hacerme enfadar, para vengarse por mis punzantes palabras tras nuestro arrebató, sin embargo nada evitó que la rabia me invadiera.

Se marchó alargando la mano para coger de nuevo la de mi maestro, que sonreía complacido.



Capítulo 15

Seguí a Adrien plenamente consciente de lo mucho que le molestaba a Gabriel que aceptara su oferta. Su odiosa actitud con la camarera había sido deliberada y descarada, con la única finalidad de hacerme daño, yo solo le había devuelto el golpe, quizás con creces, pero era una devolución en toda regla con el rédito de los años pasados incluido.

—¿Qué haces aquí con él, ma chérie? —me preguntó Adrien.

—Sabes que siempre le he querido, no sé qué te sorprende —contesté con sinceridad.

Pero en ese momento la que se sorprendió fui yo, las palabras habían salido sin censura de mis labios.

—Me sorprendes tú, siempre lo has hecho —confesó con la mirada entre algún punto intermedio entre la melancolía y la esperanza.

Su despacho era casi tan grande como la pista de baile que habíamos cruzado para llegar hasta él. No era circular como todo el local sino rectangular, la zona del escritorio era la que quedaba a la vista al entrar pero a la izquierda, escondido al abrir la puerta, había un enorme sofá negro de cuero y frente a él una mesa baja de cristal ahumado. En aquella parte del despacho todo era más tranquilo puesto que quedabas aislado del atronador ruido de fuera.

Adrien se sentó en el centro del sofá y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo a su lado, cogió un mando a distancia y la melodía de Elysion,

Never forever, invadió la estancia con un sonido tan nítido que parecía que el grupo estuviera tocando allí mismo.

—¿Te gusta? —me preguntó ladeando la cabeza y levantando la mano, marcando con el gesto que se refería a la música.

—Suena bien —respondí no por complacerle, sino porque era completamente cierto.

Iba a sentarme a su lado cuando mi mirada vagó por la pared que quedaba tras nosotros, me quedé petrificada ante el lienzo que presidía el acogedor saloncito.

El estudio rojo de Henry Matisse, el mismo cuadro que llevaba visitando desde que llegué a Nueva York.

Una sonrisa de suficiencia se instaló en la cara de Adrien. Era plenamente consciente de que me había impresionado con ese gesto, debía tenerme vigilada para saber que era uno de mis cuadros favoritos en la colección permanente del MOMA.

Me acerqué en silencio bordeando la mesa y paseé mis dedos por el lienzo. Era algo que siempre había soñado hacer, a pesar de que no era lo correcto y que podía estropearse. Pero por una vez en mucho tiempo obvié lo correcto e hice lo que deseaba. Sin duda Adrien y Gabriel estaban siendo una mala influencia para mí, unos días con ellos y ya me saltaba todas las reglas.

Adrien era, en ese aspecto, quien más me influenciaba. No solo había conseguido que cambiara mi ropa, también había conseguido que dejara de castigarme. Quizás esa era la razón por la que me sentía tan a gusto a su lado, porque con él no tenía que cumplir las expectativas que todos tenían de mí o incluso las que yo misma me había auto impuesto. Con él era fácil ser solo Céline, ser solo una chica más.

—Es impresionante —concedí maravillada— una réplica perfecta.

—No es una réplica. Es el original —comentó como de pasada.

—¿Lo has robado? —la idea que robara algo por mí me hizo sentir culpable hasta límites insospechados.

Rompió a reír a carcajadas. Su rostro era mucho más hermoso cuando lo hacía. Perdía la rigidez que le otorgaba su gesto serio y formal.

—No, solo es un préstamo. Tengo amigos influyentes y quería ofrecerte esta pequeña sorpresa de bienvenida.

—Pero esta tarde lo he...

No me dejó terminar la frase.

—El Matisse está conmigo desde hace un par de días. El que hay actualmente en el museo es una réplica y ahora que lo has visto de cerca y que has podido tocarlo, regresará al lugar que le corresponde. Esto ha sido un pequeño detalle de agradecimiento por tu visita. Tómalo como una bienvenida.

—¿Cómo sabías que vendría? —pregunté intrigada por su seguridad.

—No lo sabía. Solo lo esperaba —me respondió sinceramente y sin florituras.

Una sinceridad que no encontraba en Gabriel, a diferencia de él, Adrien se mostraba tal y como era realmente. Un demonio antiguo y poderoso que siempre conseguía lo que quería, aunque para ello tuviera que recurrir a métodos poco ortodoxos.

Adrien no se andaba con remilgos a la hora de ser cruel o mortal, pero siempre iba de frente. Su naturaleza era clara en ese aspecto, la dualidad de Gabriel (entre el bien y el mal) le hacía mucho más impredecible y por lo tanto más peligroso, al menos para mí. Con Adrien sabía lo que podía esperar, con Gabriel siempre tenía la esperanza de ver algo más. Me descubría analizando cada uno de sus gestos a la caza de cualquier detalle por pequeño que fuera que me diera alguna esperanza para su salvación.

—¿Sabes que haría cualquier cosa por ti? Me resultas tan fascinante... Te quiero a mi lado, yo no te haría infeliz.

Sonreí por lo absurdo de la situación.

—Somos incompatibles, jamás nos llevaríamos bien —le respondí como si fuéramos una pareja normal.

—Yo no opino lo mismo, a mi lado disfrutarías de la vida que te mereces. No tendrías que huir para estar conmigo, tu existencia sería más fácil.

El comentario me sorprendió. ¿Cómo estaba enterado de mi fuga frustrada con Mefisto?

—Yo jamás te hubiera dejado esperando. Nada me habría impedido acudir a por ti —confesó acercando su rostro al mío tan cerca que nuestras narices casi se tocaban.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté en un susurro lastimero.

—Siempre lo supe, no podía permitir que me dejaras. Solo tuve que mover los hilos correctos para que no pudierais marcharos pero cuando comprendí que Laura y sus amenazas no te detendrían, tuve que sacarme el as que guardaba en la manga. Sabes que es una de mis reglas más importantes: tener una válvula de escape, yo nunca me quedo sin recursos.

—¿Lo hiciste tú? —mi pregunta iba más allá del fracaso de mi plan de huida con Mefisto, mi pregunta iba dirigida a lo que sucedió aquella fatídica madrugada que cambió el rumbo de todas nuestras vidas.

—¿Quién si no? No podía permitir que te marcharas con mi pupilo, me pareció la mejor forma de evitarlo. Al mismo tiempo me sirvió para liberarle a él de su error de cálculo, ya sabes, el bebé.

—¡Oh, Dios mío!

Sentí cómo las rodillas se movían temblorosas. Agradecí estar sentada, porque eso fue lo único que evitó que me desplomara en el suelo del despacho de Adrien. Una idea se apoderó de mi mente y supe que era la verdad desnuda y sin artificios. Isabella no se suicidó, ella no amaba tanto a Mefisto como amaba a su hermano Fausto, ella jamás lo hubiera dejado.

Adrien empujó su recuerdo a mi cabeza y sentí cómo mi estómago se contraía con fuerza, tuve que aguantarme las nauseas.

Florenxia, 1535

Isabella lloraba abrazada a Adrien, que fingía consolarla.

—No tienes más opciones mon pauvre enfant^[11], si tu padre descubre tu embarazo te matará con sus propias manos —murmuró apesadumbrado—. Ya sabes lo estricto que es.

—Fausto me ayudará —murmuró entre lágrimas—, mi hermano me llevará lejos de él y no permitirá que nos pase nada a ninguno de los dos —dijo posando con delicadeza las manos en su vientre.

—Isabella, a Fausto ya no le interesas. Ahora que tiene tanto éxito ni siquiera tiene tiempo para ti... No tienes otra salida.

—No puedo, yo... Es pecado —dijo intentando escapar por algún lado.

—No seas tonta, seguro que Él te perdona, ¿no se supone que es

misericordioso? —dijo arrugando el ceño en una clara mueca de repugnancia.

—No puedo hacerlo...

—Tranquila, no es difícil. Yo te ayudaré —su voz sonó calmada como si estuviera hablando del tiempo.

—¡Mi bebé! —exclamó Isabella nerviosa al comprender las intenciones de Adrien quien, con una fingida sonrisa compasiva, descargó su peso sobre el frágil cuerpo de Isabella, acercándola al vacío. Isabella cerró los ojos y lloró en silencio mientras caía aferrando las manos a su vientre.

Sentí mis propias lágrimas correr calientes por mis mejillas. Toda mi vida sintiéndome culpable de su muerte para descubrir ahora que nada había sido como creía.

—¡Lo hiciste tú! La empujaste, la engañaste para que muriera —lo acusé golpeándole el pecho con mis puños cerrados.

—¿De qué te sorprendes, Céline? Ese es mi trabajo —no encontré arrepentimiento en su voz.

Con más delicadeza de la que había esperado apartó mis manos de su pecho y me miró condescendiente.

—Deberías agradecerme que te librara de ella y de su bastardo.

Apenas escuché sus crudas palabras.

Oliver.

Tenía que buscar a Oliver, tenía derecho a conocer la verdad. No podía permitir que creyera culpable a su hermana de rendirse, necesitaba hacerlo para liberarme a mí misma del espantoso recuerdo que acababa de presenciar, tenía que hacerlo por Oliver y por mí.

Pero entonces una duda lacerante se instaló en mi pecho. ¿Por qué había sido castigada? La muerte de Isabella no pesaba sobre mi conciencia y el amor que sentía por Gabriel no podía aportarme ningún castigo, para los míos el amor nunca merecería una corrección. ¿Dónde estaba pues mi pecado? ¿Por qué había perdido mi rango?

—Adrien... —me cortó antes que pudiera formularle la pregunta que me estaba atormentando.

La sorpresa por lo que había descubierto me tenía con la guardia baja y él

pudo leer en mí las dudas que me embargaban.

—Céline, ma chérie, no puedo creer que seas tan inocente. ¿Cómo no voy a querer que te quedes conmigo? —sus palabras eran tan suaves y acariciadoras como un suspiro sobre la piel desnuda.

—Adrien, por favor... —necesitaba saber la verdad y estaba segura que él la conocía, era uno de los demonios más poderosos que existían y dominar la información era indispensable para serlo.

—Está bien, preciosa. La razón por la que fuiste castigada no tuvo nada que ver con la muerte de Isabella, sino contigo, se te castigó por tus actos, por tus propias elecciones, no por las de otra persona. No cumpliste con una de las normas más importantes de los tuyos, no sentiste piedad. Cuando Isabella te rogó que dejaras a Mefisto te negaste a hacerlo, anteponiendo tus necesidades a las suyas, ese fue tu gran error. ¿Realmente es comparable lo que hiciste a lo que perdiste? Ahora dime la verdad, ¿puedes ser dichosa junto a unos seres que te obligan a abandonar tus necesidades para anteponer las de tu enemigo? ¿Ha valido la pena tu vida desde ese fatídico instante en que elegiste tu felicidad?

Las palabras de Adrien se me clavaron en el alma. No podía seguir escuchándole porque sabía que lo que vendría después me resultaría tentador... Una vida sin responsabilidades, una vida en la que anteponer mis deseos a los de los demás... Una vida en la que no tendría que sentirme culpable por amar a un demonio.

Salí corriendo sin mirar atrás, con la risa de Adrien retumbando en mis oídos. ¿Cuál era mi maldito problema? ¿Qué clase de ángel era yo si me sentía tentada por alguien tan malvado y peligroso como Adrien, o tan dual como Mefisto?

—Tómate tu tiempo, ma chérie. Estaré aquí siempre para ti, si hay algo que puedo derrochar es tiempo.

Florenxia, 1535

Laura entró en mi dormitorio como una exhalación. Juliette y yo nos quedamos paradas de golpe por la sorpresa, mientras mi doncella metía un

par de vestidos en una bolsa yo escogía de entre mis joyas las más valiosas para fugarme con Mefisto. Nada ni nadie iba a impedirme estar con él, ni siquiera los caminos opuestos por los que la vida nos había llevado a cada uno.

En mi aturdimiento por su inesperada presencia no me percaté en que mi hermana todavía iba vestida con su vestido verde esmeralda, el mismo que había lucido esa noche en el baile de los Perotti. Por supuesto en ese instante tampoco reparé en que su cabello estaba revuelto y prácticamente deshecho.

—Sé lo que te propones y no voy a permitir que ensucies de ese modo nuestro apellido —me anunció plantándose ante mí—. Tu deber es ser monja, no una perdida.

—No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Me marchó y no consentiré que me delates. Si es necesario, Juliette y yo te amordazaremos y te ataremos. Tú eliges, hermana.

Iba a replicar cuando unos gritos que venían de la calle nos alertaron que algo horrible había sucedido, alguien se plantó en nuestra puerta pidiendo ayuda a gritos. Entonces escuchamos la voz de mi padre pidiendo a los criados que abrieran la puerta a quien fuera que llamara tan desesperado, la casa se llenó de movimiento y todo se llenó de caos y lágrimas. Los criados y mis padres corrían de un lado para otro intentando averiguar qué había pasado.

Laura desapareció silenciosa de mi dormitorio y yo aproveché la situación para salir de mi casa y acercarme a la de los Basani, el lugar en el que había quedado con Mefisto. No estaba preparada para lo que vi... Algo que impidió que me reuniera con mi amor esa noche, algo que cambió nuestras vida para siempre.

Y que por fin ahora descubría que no había sido culpa mía.

Parte 2

«Que el que quiera el bien, empiece por ser bueno. El que desea la alegría modere su sangre, el que busca buen vino, pise racimos maduros, el que quiera ver milagros que fortifique su fe».

Fausto, Goethe



Capítulo 16

Armony, abril de 2012

Por primera vez desde que abandoné Florencia, y con ella la casa de mis padres, había conservado algo que me ataba a un lugar: mi casa en Armony. Una pequeña vivienda con dos plantas. En la primera había una cocina y un salón, y en la planta superior estaba el único dormitorio y el cuarto de baño. Una casa pequeña y acogedora a la que llamaba hogar.

Nunca antes lo había hecho, en cuanto abandonábamos una ciudad cortaba los lazos que me unían a ella, tanto emocionales como físicos. O bien ponía la casa en venta o bien dejaba de pagar el alquiler. Los cambios de domicilio eran tan rápidos que nunca tenía tiempo de recuperar la fianza. Oliver huía de sí mismo constantemente y sin descanso, siempre me asombraba que no se diera cuenta que huir de uno mismo era una tarea imposible. Yo lo había descubierto mucho antes que él, a base de golpes y lágrimas, sin embargo aprendí la lección, desde ese instante nunca volví la vista atrás, jamás hasta que conocí esta ciudad.

Cuando entré en mi casa sentí ese olor tan característico, el aroma a pintura mezclado con el olor del cielo de Armony, y el polvo de los meses acumulados durante mi huida a Nueva York. Una sonrisa triste se instaló en mis labios al pensar en ello, esta vez Oliver se había quedado y era yo la que se había marchado buscando algo nuevo... La única diferencia era que a mí

nadie me había seguido, continuaba estando tan sola como lo había estado siempre.

Tristan acudía cuando lo necesitaba pero no era suficiente, ansiaba tener a alguien a mi lado cada día de mi vida. El problema era que no había sido plenamente consciente de mis necesidades hasta hacía unas pocas semanas.

Dejé la maleta y la mochila que traía conmigo en la entrada y comencé a abrir las ventanas. El aire fresco de abril se coló por ellas y se llevó consigo el olor a cerrado y mis tristes pensamientos.

Deambulé por mi casa con una sensación de estar en el lugar correcto, todo seguía como cuando me fui de allí precipitadamente.

Después de salir del motel en el que hablé con Gabriel, solo pensaba en poner distancias entre Armony y yo, ya que de alguna manera, con ello lograría dejar atrás los sucesos de los últimos días.

Con mis escasas pertenencias a cuestas subí hasta mi dormitorio, me puse una de mis viejas camisetas oscuras y mis nuevos vaqueros pitillo, recogí mi cabello en una cola alta, y con unos gruesos calcetines de lana regresé abajo dispuesta a tomar las riendas de mi vida.

En la cocina todavía quedaban periódicos, así que me hice con unos cuantos, con un balde pequeño de agua y regresé al salón. Los abrí y uno a uno fui colocándolos cuidadosamente, de manera que cubrieran cada baldosa del suelo, me tomé mi tiempo para que todo quedará perfecto y evitar así limpiar después.

Para impedir que los papeles se movieran, metí mi mano en el agua y rocié los periódicos con las gotas que chorreaban por mis mojados dedos.

Una vez que estuvo hecho regresé a la cocina, abrí la despensa y saqué un cubo grande y blanco que arrastré conmigo al comedor, tirando de él con las dos manos.

De nuevo en la cocina, recogí lo que no había podido llevarme antes y comencé con la tarea de remodelar mi vida, empezando por borrar el gran mural que presidía mi salón.

París, 17 de julio de 1798

Ya desde antes del fatídico catorce de julio reinaba el caos en las calles de París, pero después de la toma de la Bastilla, la inseguridad era mucho peor. Nadie estaba seguro ni en su propia casa, el pueblo asaltaba las mansiones y palacetes con antorchas y cualquier instrumento que les sirviera para la lucha. Estaban dispuestos a terminar con todo aquello que oliera a nobleza, a injusticia, a poder corrupto.

Me encontraba en medio de la revolución, siguiendo a Fausto, que en un afán autodestructivo y suicida había decidido permanecer en París después de que Luis XVI hubiera perdido la cabeza en los brazos de madame guillotina.

Fausto, e incluso yo misma, que era hija de un conde, éramos nobles en el infierno en que se había convertido la ciudad. No era de extrañar que Adrien hubiese regresado a su patria, si no hubiese sido imposible hasta para él. Habría pensado que estaba involucrado en la revolución que estábamos viviendo.

Me arrebujé en mi capa y traté de esconder mi vestido gris perla lo mejor que pude. Me había puesto uno de los más viejos y poco llamativos que tenía, sin embargo no era suficiente; la calidad de la tela, el corte, cualquiera se daría cuenta de que se trataba de ropa de cara. Bajo la capucha de mi capa, iba sin peluca y con el cabello sin empolvar, solo se me había ocurrido eso para disfrazar mi condición. Lo único que me quedaba, si me descubrían, era fingirme burguesa, la simple hija de un rico comerciante.

Seguí andando entre las sombras, parándome cuando escuchaba el tumulto próximo a mí y escondiéndome cuando pasaba lo suficientemente cerca como para oler el humo de las teas.

Ya casi había llegado a mi destino cuando escuché la voz ebria de Fausto tras de mí, gritando a la noche que él era el Fausto, Oliviero Basani, Conde de Basani y que no pensaba huir de nuevo.

A su lado Mefisto reía divertido con la peluca torcida, que se mantenía sobre su cabeza en un ángulo imposible. Me giré dispuesta a hacerlos callar y me topé con los ojos pardos de Mefisto, demasiado cerca de los míos.

—Céline, qué agradable sorpresa —dijo alargando las sílabas. Era evidente que él también había abusado del alcohol esa noche.

—Claire, por favor. Llámame Claire —le pedí mirando a mi alrededor—.

Y haz que Fausto cierre la boca de una vez, madame guillotina puede acabar con nosotros para siempre. ¡No seas estúpido Mefisto!

Tanto Mefisto como yo éramos inmortales, podíamos vivir eternamente mientras mantuviéramos la cabeza sobre los hombros. Si nos atrapaban, todos estaríamos perdidos, y el que más riesgo corría era Fausto, porque si moría su alma se iría derechita al infierno, donde cumpliría su parte del trato.

Mefisto sonrió burlón.

—Michel. Tú eres Claire y yo Michel, ninguno de los dos deberíamos olvidarlo —dijo sonriente.

No hice caso a la burla implícita en el nombre elegido, estaba demasiado acostumbrada a que siempre eligiera los nombres de mis hermanos.

En ese instante lo más importante para todos era conservar la cabeza sobre nuestros hombros.

—Tenemos que llegar a casa de Adrien cuanto antes —le insté. Estaba claro que compartíamos un destino común.

—¿Por qué crees que estamos aquí, princesa? Buscamos lo mismo que tú, que Adrien nos saque de este maldito infierno. Por el camino solo nos divertimos.

—Arriesgas demasiado. No solo tu vida, sino la de él —dije señalando a Fausto, que bailoteaba en medio de la calle desierta.

—Y tú no arriesgas nunca, ¿verdad? Es una maravillosa idea acudir en plena madrugada a casa de un demonio a solicitar su ayuda —me regañó desafiante—. Lo que no comprendo es porque crees que él va a ayudarte.

—No dudes que lo hará —respondí segura.

Su mirada entonces cambió, se volvió especulativa e interesada. Me tomó de la mano y me guió hasta la callejuela más próxima y oscura. Sin fuerzas para oponerme a él, me dejé llevar. Vi por el rabillo del ojo como Fausto paraba de bailar y se permitía caer al suelo, arrastrándose hasta la pared más próxima, probablemente interesado en dormir la borrachera.

—¿Dónde has estado este tiempo? —preguntó Michel bajo los efectos del vino, que todavía podía oler en su aliento.

—Siempre he estado aquí —respondí alzando la nariz.

—No es cierto.

—No fui yo la que se marchó, no fui yo la que no acudió a la cita —por

fin lo había dicho. Después de tanto tiempo había liberado mi dolor.

—No pude hacerlo —susurró sobre mis labios antes de besarme.

Durante unos instantes olvidé dónde estábamos, olvidé todo menos que estaba nuevamente entre los brazos de Mefisto. Ni siquiera recordé la larga espera en el laberinto donde había prometido venir a por mí y donde nunca llegó, las lágrimas que derramé por su ausencia y por la culpa que me atenazaba el pecho y que no pude compartir, la noticia de la pérdida de mi rango, el miedo a la soledad...

En ese instante solo me dejé llevar por mis embargados sentidos, por el calor abrasador de su cuerpo, por la dulzura de su boca, por él.

Pero el ruido de la turba encabezada por los sans-culotte^[12] quebró el extraño momento de dicha que me había sido regalado.

—Están cerca —comentó repentinamente sobrio—. Y la verdad es que, aunque son muy agradables, tus besos no valen tanto la pena.

Volví a sentir la misma punzada que me recordaba que la felicidad junto a Mefisto solo duraba unos pocos segundos.

—Vayamos pues —le insté, fingiendo que no me había dolido su comentario. Corrí hacia donde estaba Fausto y entrelacé mi brazo al suyo para ayudarlo a levantarse.

—Hola, Céline —me saludó sonriente, como si ciertamente se alegrara de verme.

—Hola, Fausto, estás hecho un asco —le dije arrugando la nariz.

—Tú siempre tan amable, dulce y cariñosa —dijo riendo

—Déjate de halagos —le respondí en el mismo tono de mofa.

A partir de ahí caminamos en silencio para evitar ser escuchados, teníamos que abandonar París y seguramente Fausto, en esos momentos, ya había elegido nuestro próximo destino.

Esa fue la única vez que Mefisto y yo hablamos de nuestro intento de estar juntos. De cómo me abandonó aquella noche en el laberinto.

Y ese beso robado era el que presidía la pared principal de mi salón, un recuerdo como todos los que conservaba de él, entre dulce y amargo, a medio camino de un lado y el otro, blanco y negro, bueno y malo.

No sentí nada cuando el rodillo con pintura blanca borró de una pasada el ayer. «Tabula rasa», pensé. Ya era hora de escribir una nueva historia, una en la que la felicidad me durara más que unos pocos segundos robados a un sueño.



Capítulo 17

Un golpe suave con los nudillos en mi puerta me sacó de un plumazo de mis pensamientos, por fin había llegado Tristan. Lo sentí en cuanto volví a la realidad de la que me había evadido con el trabajo.

Esta vez no iba a tener que enfrentarme yo sola a mis demonios, sonreí con tristeza ante lo acertado de la frase. Dejé lo que estaba haciendo y fui a abrir. No me importó manchar el pomo con la pintura blanca que estaba usando en la pared, que mi amigo encontrara mi casa hecha un desastre o que yo misma también lo fuera... En cuanto entró me refugié en sus fuertes y tan conocidos brazos, los brazos de la persona que me había protegido y cuidado desde que llegué al mundo.

Al igual que el hijo de Dios, nosotros nacíamos marcados para el bien, y desde ese minuto cero teníamos la conciencia de lo que éramos. Si nos manteníamos en el lado correcto al llegar a los diecisiete años se producía el cambio completo. Durante todo ese tiempo siempre teníamos a alguien a nuestro lado, un ángel del mismo rango que el nuestro que se encargaba de instruirnos en nuestro cometido, que no era otro que proteger a los que nos rodeaban y ayudar a mantener la paz y la seguridad entre los humanos. Sin embargo, los nacidos no eran la única clase de ángeles, estaban los que, como el propio Tristan, eran reclamados al morir. Ellos, a diferencia de nosotros, vivían en el plano astral y aunque podían bajar a la tierra y convivir con los humanos durante determinados plazos temporales, habían perdido con su

muerte aquello que les permitía formar parte de este mundo.

La cara y la cruz de una misma realidad. Yo seguía en la tierra a pesar de no ser ese mi lugar y Tristan habitaba en la paz que debería haber sido mi casa. Vetado en la tierra, que era su lugar de origen.

De alguna manera mi familia terrenal también lo había visto así, puesto que pensaban destinarme a la Iglesia, me habían escogido a mí en lugar de a mi hermana, como si supieran que yo era la indicada para ello.

No se trataba solamente de una tradición familiar o del deseo de poder que tanto guiaba los pasos de mi madre. De algún modo, que yo me convirtiera en monja, se volvió una obsesión para ella, como si instintivamente fuera consciente de todo lo que yo era.

Tristan había sido desde siempre mi mentor, mi amigo. La persona que mejor me conocía debido, no ya a su capacidad empática, sino porque lo había vivido todo a mi lado. Ese aislamiento en el que había existido siempre, le convertía en un ser de luz incapaz de comprender completamente la naturaleza humana. Su empatía era demasiado limitada y ese era el defecto del que adolecían todos los ángeles de muerte.

—Gracias por venir, no me veo capaz de enfrentarme a esto sola — confesé sobre su hombro.

—Ya te dije que no tienes que hacerlo —sus manos sobre mi cabello calmaban mis dudas.

Tristan siempre me lo acariciaba, nunca me había planteado el porqué, pero tampoco entonces sabía que tenía un hermanastro, y después de ese descubrimiento me había cuestionado cuántas cosas más desconocía de él. ¿Había tenido también una hermana a la que acariciarle el cabello? ¿Hijos? ¿Una esposa?

Meforcé en centrarme en lo que debía preocuparme en ese momento, y la magnitud de lo que debía hacer cayó como una losa sobre mí.

—¿Cómo le voy a contar a Oliver algo así? —pregunté en voz alta, aunque en realidad era una pregunta que me hacía a mí misma.

—Encontrarás la manera —dijo con voz firme—. Estoy seguro.

Me asustó la confianza que Tristan depositaba en mí. No era digna de ella.

—¿Estarás conmigo? —pedí preocupada.

—Claro que sí.



Durante varios minutos estuve parada en la puerta, me dije a mí misma que estaba decidiendo si usar el timbre o el llamador, pero no era del todo cierto. Lo que me sucedía era que no estaba preparada para afrontar lo que tenía que hacer.

Habían pasado dos semanas desde que conocí por boca de Adrien la verdad y desde entonces no había hecho otra cosa que darle vueltas al mismo tema. ¿Cómo decírselo a Oliver sin desatar su venganza? ¿Cómo decirle que su hermana había sido asesinada y al mismo tiempo evitar que buscara al culpable de tal muerte?

Después de abandonar tan precipitadamente Nueva York había viajado a Florencia, tenía la esperanza de encontrar las respuestas que buscaba en el mismo lugar en que se originaron. Lamentablemente no lo había hecho, allí ya no quedaba nada, ni el laberinto, ni la casa de los Basani... Mi antiguo hogar se había transformado en un lujoso hotel en el que había pasado la semana, pero nada de lo que allí había me recordaba a mi familia.

No estaban los lienzos de mis antepasados, ni las alfombras que mi madre había protegido con tanto mimo. Juliette, Laura, papá... Todo se había ido y era imposible hacerlo regresar.

Llamé a la puerta suavemente. Había luz, por lo que era casi seguro que Oliver estaba en casa, pero no fue él quien me abrió. Danielle frunció el ceño inconscientemente cuando se topó conmigo, seguramente era la última persona en el mundo a la que quería ver.

—¡Rachel! —exclamó sorprendida—. ¿Va todo bien? Estás diferente.

—No, no va bien —me limité a responder.

Ella también se veía diferente, si bien físicamente seguía siendo la misma chica que conocí, algo en ella había cambiado. Se la veía más fuerte, más dura y al mismo tiempo más frágil, era como si todo lo que había descubierto en esos días la hubiera transformado en otra persona, en alguien mejor de lo que ya era.

Instintivamente se llevó la mano al tatuaje y clavó sus ojos azules en los míos. Esperé que me gritara, que se enfadara por volver a importunarles con mi visita y los problemas que inevitablemente traería conmigo, pero no lo hizo. Durante un segundo incluso creí ver brillar en sus ojos una nota de comprensión.

No quise indagar, le di toda la intimidad que podía darle y no entré en su cabeza, no estaba segura de que me gustara lo que iba a encontrarme.

—Sea lo que sea lo que tengas que contarle a Oliver va a tener que esperar, tenemos visita —me explicó.

No me sorprendió que hubiera adivinado el motivo por el que, dos meses después de marcharme de la ciudad, me encontraba en la puerta de su novio. Danielle siempre había sido una persona muy intuitiva, sin embargo le pregunté.

—¿Cómo sabes que quiero hablar con Oliver y no contigo? Al fin y al cabo tú eres mi pupila y te dije que cuando necesitara tu ayuda te buscaría.

—Muy fácil, si fuera por mí no tendrías esa cara.

—¿Qué cara? —ahora sí que había conseguido despertar mi curiosidad.

—Como si tú sola aguantaras el peso del mundo —y sin decir nada más se apartó y me permitió pasar dentro de la casa donde se escuchaban las voces y las risas de Oliver mezcladas con otras dos que no conocía.

En cuanto entré en el comedor me encontré con los ojos verdes de Oliver clavados en mí. Danielle ni siquiera tuvo tiempo de avisar de mi presencia antes de que él se levantara y corriera a abrazarme como si realmente me hubiese echado de menos.

Sentí sus brazos a mi alrededor y me imaginé cómo habría sido tener un hermano de verdad, uno que viviera conmigo, que me quisiera y me apoyara. Tristan era lo más parecido a un hermano que había tenido nunca, pero ahora que sabía la verdad, que tenía un hermano real de carne y hueso y que ese hermano era Adrien, las cosas las sentía de otra manera. Y habríamos estado cerca de ser familia de verdad si Mefisto no hubiese aparecido en Florencia. Oliver habría sido mi hermano, se hubiese casado con Laura y yo hubiese tenido una familia a la que proteger en las sombras.

Anhelaba tanto un amigo, un familiar... La eternidad era demasiado larga para estar sola.

—Me alegro de verte. Pase lo que pase después, quiero que sepas que me alegro de verte —me dijo bajito, haciendo que mi mundo se volviera a desmoronar a mi alrededor. ¿Cómo iba a contarle todo lo que tenía que decirle sin volver a romperle el corazón? Sin embargo, ¿cómo podía no hacerlo?

—Yo también me alegro mucho de verte —confesé tímidamente.

Oliver se giró sonriente hacia sus amigos con mi mano entrelazada a la suya.

—Chicos, esta es mi prima Rachel. Antes venía al instituto con nosotros, pero nos dejó para recibir clases de arte avanzadas —sonreí, Oliver acababa de buscarme una cuartada perfectamente creíble y bueno, tampoco era del todo una mentira.

Puede que no fuéramos primos, pero habíamos estado a punto de ser cuñados y mis pequeñas vacaciones habían sido para disfrutar del arte. De hecho, me había pasado toda mi estancia en la gran manzana metida en el MOMA y el Guggenheim.

El chico pelirrojo se levantó y me ofreció su mano con amabilidad.

—Te recuerdo —me dijo sonriente—, solías venir a mis fiestas.

Le devolví la sonrisa.

—Sí, es cierto —confesé; no es que tuviera muchas opciones. Mefisto solía asistir y yo no tenía más remedio que seguirle, de hecho creo que durante un tiempo estuvo saliendo con la madre del chico.

La muchacha morena, que era la mejor amiga de Danielle, también se acercó sonriente a saludarme. Me sentí a gusto y culpable al mismo tiempo por la cordial bienvenida que estaba recibiendo, tanto de Oliver como de sus amigos.

La reacción de Danielle era algo en lo que no quería pensar, aún retumbaban sus palabras en mi cabeza: «como si tú sola aguantaras el peso del mundo».

Pasamos la tarde en una animada charla, aunque yo era capaz de sentir la tensión que emanaba de Oliver cada vez que me miraba. Después de disfrutar de los refrescos, las risas y las bromas, Andrea y Marc anunciaron que tenían que cenar con la madre del chico, que al parecer estaba saliendo con un nuevo hombre, que por primera vez tenía su edad, y con ello había

conseguido el visto bueno de su hijo.

Danielle les acompañó a la puerta y yo me quedé a solas en el salón con Oliver. Ninguno de los dos habló, solo nos miramos en silencio, ambos éramos plenamente conscientes de que no se trataba de una visita de cortesía. Aunque solo yo fuera la que dispusiera de las respuestas.

Danielle entró silenciosa y se sentó junto a él en el taburete del piano. Era asombroso como Oliver instintivamente recurría a la música cuando estaba frustrado o preocupado, de todas las sillas y sillones del salón había ido a parar al incómodo taburete. Sin hacer ningún comentario por el lugar que su novio había elegido, Danielle posó su mano sobre su tenso hombro y se quedó a su lado.

Por fin Oliver rompió el silencio.

—¿Estás bien? —me preguntó interesado. En sus ojos verdes brillaban las motitas doradas más intensamente que nunca.

—No.

—¿Qué ha pasado, Céline? —no me molestó que usara mi antiguo nombre. Era una especie de recuerdo de los años que habíamos pasado juntos, de la larga existencia que habíamos compartido.

—Espera, necesito que venga Tristan.

—Si Tristan está aquí debe de tratarse de algo grave —le dijo a Danielle intentando bromear, pero la tensión se notó en su voz.

Danielle se acercó todo lo que pudo a él, como si con ese gesto pudiera protegerlo.

No hubo que esperar más. El timbre de la puerta sonó una sola vez, aunque tampoco hubiese hecho falta que lo hiciera. Estábamos todos tan pendientes de su aparición que yo lo había sentido desde que entró en la calle.

Le hice un gesto con la cabeza a Danielle para que no se moviera y me levanté a abrir yo misma la puerta a Tristan, me había prometido no dejarme sola y estaba allí para cumplir con su promesa.

En mi cabeza bullían las ideas y en mi estómago las emociones.

La sonrisa alentadora y serena de Tristan me recibió calmando un poco mi ansiedad, pasó su brazo por mis hombros y nos encaminamos de vuelta al salón.

Oliver se puso de pie en cuanto nos vio entrar.

—Tristan —le saludó nervioso, incómodo, como si sintiera lo que se le iba a venir encima.

Durante un breve segundo la reacción de Danielle ante mi acompañante me hizo olvidar el horror de lo que iba a contar. Danielle había abierto mucho los ojos y miraba a Tristan asombrada, una reacción realmente comedida teniendo en cuenta el asombroso esplendor de mi amigo. Nuevamente las reacciones de Danielle volvieron a asombrarme. Era evidente que aunque notaba su belleza, el amor que sentía por Oliver le hacía que no le afectara más allá de la mera sorpresa.

—Danielle, este es Tristan, algo así como el maestro de Rachel.

—Encantada —respondió la joven.

Mi maestro hizo un leve gesto con la cabeza y le sonrió abiertamente.

—Aunque también es el hermanastro de Adrien, que es a su vez el maestro de Gabriel —siguió explicando Oliver a su novia.

Volví a centrarme en Oliver, no sabía que él también estaba informado de ese detalle, después de todo parecía que la única que no lo sabía era yo. Miré de reojo a Tristan y vi cómo apretaba la mandíbula. La tensión que emanaba de él se disparaba cada vez que salía en la conversación el nombre de Adrien.

—Será mejor que nos sentemos —comentó Tristan mirando a Oliver a los ojos. No era una recomendación.

Una vez que todos estuvimos acomodados, sentí la mirada de todos clavada en mí. Había llegado el momento que llevaba dos semanas temiendo y evitando.



Capítulo 18

Nueva York, abril de 2012

Desde la noche en el Edén no había vuelto a saber nada de Rachel, y de eso ya habían pasado dos semanas. Cuando no apareció al día siguiente pensé en darle unos días para que asimilara lo que le había confesado y la implicación que ella tenía en mi plan. Sin embargo, después de ese tiempo otorgado no había vuelto a saber nada de ella, y no era porque no la hubiera buscado. Su piso estaba vacío y yo no había modo de encontrarla, sobre todo si lo que quería era esconderse precisamente de mí.

Estaba preocupado y me molestaba estarlo, pero eso no cambiaba el hecho de que lo estuviera.

Había visitado varias veces el MOMA y el Guggenheim, no había rastro de ella por ninguno de los museos de la ciudad. Algo grave tenía que haber sucedido en el despacho de Adrien para olvidarse de mí y de mi seguridad.

Una ira homicida se apoderó de mí cuando contemplé la idea de que la había lastimado, pero la deseché en cuanto recobré la lucidez. Adrien había salvado a Céline de morir en París, la había protegido del ataque de Isabella... que la hubiera lastimado ahora no era una opción.

Definitivamente si quería saber qué había sucedido tenía descubrir qué demonios había pasado en ese despacho.

Barajé diversas fuentes y Adrien fue la primera que descarté, no podía ir

de frente y preguntarle directamente qué le había hecho a Rachel, puesto que se suponía que teníamos una relación y en ese caso, yo debería estar enterado de todos sus movimientos.

Mi segunda opción y posterior descarte fue Verónica, la camarera del Edén, pero era bastante improbable que supiera nada, no parecía estar entre los círculos interiores de Adrien. Así pues solo me quedaba una alternativa, y no era precisamente la que más me atraía.

Las únicas dos veces que había visto a Eva habían sido, una en el Edén y otra en mi propia casa, así que estaba bastante perdido sobre cómo dar con ella. Mi única posibilidad era que esa noche fuera a la discoteca.

Como todavía faltaban muchas horas, decidí volver visitar el MOMA con la esperanza de descubrir qué era lo que lo hacía un lugar tan importante para Rachel. Para mí no era más que un espacio en el que encontrar cuadros de pintores muertos. Nada que no pudiera encontrar en cualquier otro museo.

Una vez que estuve dentro del museo me di cuenta de que había sido un nuevo error en mi ya repleta lista de errores. No debería importarme el porqué de esa obsesión que siempre había sentido Rachel por la pintura, en realidad no debería importarme nada relacionado con esa persona, pero nunca había sido capaz de encontrar la manera de evitarlo.

Pasé de largo el Matisse. De repente ya no me interesaba descubrir cuál era la magia que escondían esas paredes, ya no quería ser consciente de lo que deseaba Rachel. De lo que soñaba Céline.

Me detuve ante Vencejos: trayectorias y secuencias de Giacomo Balla. Era lo suficientemente abstracto como para que no viera nada en él.

Me concentré en las vibraciones y en los contrastes de color. Tenía que reconocer que no eran las pinturas negras de Goya, pero el cuadro me atraía con la misma fuerza.

Balla representaba los efectos que la luz reflejaba, oscuridad y luz, la dualidad estaba representada en los colores que lo componían. Como la vida, como las personas, como las decisiones, todo lo que conocemos contiene un lado oscuro y un lado de luz. Solo que en mi caso estaba tan fundido que costaba separarlos, hasta para mí se volvía imposible la tarea.

Florenxia, 1535

Parpadeé varias veces, como si al hacerlo consiguiera despertar de la pesadilla que me asolaba.

Dejé de escuchar los gritos y el llanto a mi alrededor. Me evadí de aquello. Desconecté mi sentido del oído, quise también desconectarlos todos pero tenía que seguir ahí. Todo lo que tan minuciosamente había planeado se había vuelto un imposible, el sueño se había transformado en pesadilla y se alejaba más y más de mi alcance.

Vi como Fausto se agachaba sobre el cuerpo que yacía en medio del patio de su casa. No necesité escuchar sus lamentos, ni el grito desgarrado que brotó de su pecho cuando vio quién era la persona que su madre sostenía entre sus brazos, podía sentir el dolor que le atravesaba, el odio que estaba sintiendo en ese mismo momento por mí... Me culpaba por lo sucedido, se culpaba a sí mismo por no haberla protegido.

Pero nada de eso consiguió conmoverme, contemplé impasible cómo con manos temblorosas desabrochaba la cadena de oro del cuello de Isabella, besaba la diminuta cruz y se la metía en el bolsillo del jubón. El pelo revuelto, la ropa descompuesta, incluso fui capaz de oler el perfume afrutado del vino en su aliento.

Fausto había tomado una decisión que me afectaba a mí y a Céline y nos trastocaba a todos. No podía dejarle marchar sin más; era mi proyecto, la persona que haría que medrara en mi círculo, gracias a él tendría más poder. Pero tampoco podía dejar a Céline, la necesitaba a mi lado para seguir viviendo.

La revelación me golpeó con fuerza en el estómago, ver el cuerpo inerte de Isabella me había impactado tanto que desconecté mis oídos. Saber que Céline lo era todo para mí, había hecho que no viera nada que no pudiera mantenerme en pie.

Me tambaleé sobre mis talones, me sentía ebrio y tenía náuseas.

No podía permitir que ella lo supiera, no podía permitir que me controlara.

En ese instante no me importó que se quedara esperándome. Era mucho mejor que la decepcionara ahora a que lo hiciera después, cuando el matrimonio fuera irrevocable.

Si hay algo en lo que los dos bandos estaban de acuerdo, era en la validez del contrato matrimonial, pero sobre todo, no podía rendirme a ella, aún no estaba preparado.

«¿No querías saberlo?», me digo molesto conmigo mismo, «pues ahí lo tienes».

Lo que atraía a Rachel a este lugar, lo que hacía que pintara las paredes de su casa eran los malditos recuerdos. El dolor de todas y cada una de las pérdidas que había sufrido, cinco siglos de pérdidas, de separaciones de reencuentros y dolor. Y gran parte de todo ese sufrimiento, por no decir todo, había sido infringido por mí y por mi incapacidad a admitir que otra persona me importaba.



De nuevo en el Edén, el portero arqueó una ceja interrogante, no hizo falta que verbalizara la pregunta, ya sabía qué quería saber.

—La he dejado en casa, no conviene que se acostumbre a venir conmigo a todas partes —le dije al demonio de la puerta.

Pareció confuso unos momentos, como si le costase entender la broma, pero cuando por fin la captó se echó a reír tan fuerte que me contagió una auténtica y genuina sonrisa.

Todavía riendo se apartó y entré en el local. Agudicé la vista, no tenía ganas de que Adrien supiera que estaba allí. Era lo que menos me apetecía, pero tampoco podía ignorarle o sospecharía y estando tan cerca era imposible que no sintiera mi presencia.

Estaba tan centrado en buscar a Eva entre los bailarines, que no me di cuenta que no sentía el tirón que me conectaba a mi maestro.

Sonreí a una par de chicas que me rozaron al pasar y bordeé la pista de

baile para acercarme hasta el despacho del jefe. Quizá si jugaba bien mis cartas descubriría dónde andaba Eva. Porque una cosa tenía clara, no iba a tratar nada que tuviera que ver con Rachel con Adrien.

Una vez frente al despacho de mi maestro me sorprendí al no encontrar vigilancia en la puerta y me descolocó que estuviera cerrada con llave. Tras llamar y esperar una respuesta, cogí el pomo para comprobar que estaba cerrada.

—No hay nadie —susurró una voz femenina en mi oído.

Me giré para encontrarme con la rubia o con Verónica, pero todavía era reticente a darle un nombre, si pensaba en ella por su nombre se convertiría en una persona para mí y no tenía ganas de que eso sucediera. Parecía buena chica y yo no estaba interesado, fin de la historia.

—Hola, preciosa —la saludé amable pero distante.

Frunció el ceño ante mi epíteto, supuse que esperaba el princesa, pero no estaba Rachel, por lo que no había razón para que la llamara así.

—Si buscabas a Adrien has venido en vano. No está —no se me escapó el dolor de su voz. Sin duda esperaba otra cosa de mí.

—¿Dónde ha ido? —pregunté cada vez más intrigado.

—De viaje de negocios, estará fuera unos días. En su ausencia Eva es la que se encarga de que todo funcione correctamente.

—¿Eva? —«¡Bingo!» pensé, ya tenía lo que andaba buscando y sin ningún esfuerzo extra.

—¿Sabes dónde está Eva? —pregunté aliviado de que no hubiese sido tan difícil localizarla.

—En su despacho —me respondió señalando una puerta contigua a la de Adrien.

—Gracias, princesa —le ofrecí el princesa sabiendo que la iba a hacer sonreír. Era algo así como un premio de consolación.

Tal y como había imaginado mi apodo le agradó y me regaló una sonrisa sincera y feliz, que no supe por qué me hizo sentir incómodo. Me sentí culpable por llamarla de la misma forma con que había apodado de niño a Céline.

Yo no tenía conciencia ni, por lo tanto, remordimientos, debía tratarse de cualquier otra cosa.

No obstante, el molesto sentimiento desapareció con la misma celeridad con que había llegado, cambiando nuevamente mi estado de ánimo, que ahora era expectante.



Capítulo 19

Me tomé varios minutos para aclarar mis ideas antes de entrar en el despacho de Eva. Lo primero que me descolocó fue que Adrien la hubiera dejado precisamente a ella al cargo del Edén, mi maestro no era una persona que supiera delegar, pero sobre todo era un demonio que disfrutaba del poder de controlar todo y a todos aquellos que estaban bajo su cargo, por lo que ese repentino viaje de negocios (lo lógico es que me hubiese puesto sobre aviso) me parecía cualquier cosa menos inofensivo. Nuevamente volví a tener la sensación que había algo que se me escapaba. Algo importante que no lograba dilucidar.

Plantando en mi boca mi mejor sonrisa, llamé suavemente a la puerta del despacho. Antes de que pudiera escuchar un «adelante», la puerta se abrió ante mí y vi salir a uno de los demonios que vigilaban la entrada al local la noche que vine con Rachel. El maniático del número seis ni siquiera me miró cuando pasó frente a mí con la mirada gacha y los hombros encogidos. Parecía que, después de todo, la gatita sí que tenía uñas.

Si Eva se sorprendió al verme lo disimuló muy bien, estaba sonriéndome tras la inmaculada mesa de su despacho en la que no había más que un pequeño portátil Apple de color rosa, por lo que decidí que, o bien era maravillosamente eficiente con las hojas de cálculo, o la mesa era más de atrezzo que necesaria.

Sin apartar mis ojos de los suyos entré y me puse a su lado, le cogí la

mano que tenía posada sobre el escritorio y le besé los nudillos con delicadeza. Supongo que se trataba de uno de los rescoldos que me quedaban de mi vida en el Londres de la Regencia.

Londres y París eran las ciudades en las que más habíamos vivido, no era de extrañar que no fuera capaz de quitarme ese tipo de costumbres.

Comprobé con orgullo cómo su respiración se había acelerado con el gesto, momento que aproveché para llevarla a mi terreno y conseguir la información que había venido a buscar.

—Qué sorpresa, no sabía que fueras tan importante para Adrien —dije bromeando.

—La sorpresa es mía, no esperaba volver a verte y mucho menos que fueras tú quién me buscara —me incomodó que fuera tan directa, eso no iba bien para mis planes.

—Digamos que el otro día no me pillaste en mi mejor momento —me justifiqué.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarse embaucar por mi magnetismo.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó amable pero distante.

Escuché las palabras que no había pronunciado.

Me sentí molesto por volver a decepcionarla nuevamente, porque necesitaba utilizarla para conseguir la información que necesitaba.

Parecía que estaba condenado a repetir la historia, con Eva en mi dormitorio, con Isabella en Florencia y si bien en aquella lejana ocasión la culpa fue mía, yo seduje conscientemente a la hermana de Oliver, en este momento no estaba interesado en ir más allá de un simple coqueteo casual.

Sin embargo no podía decirle eso, no si pretendía que confiara en mí y que me contara todo lo que sabía.

En lugar de darle una respuesta le respondí con una pregunta envuelta en una sonrisa neutra.

—¿Desde cuándo trabajas para Adrien?

—No trabajo para él. Adrien es mi padrino y durante mucho tiempo también fue mi tutor legal —me confesó con total naturalidad.

No pude responder, me había quedado paralizado por la sorpresa.

—Cuando tenía seis años me encontré con Adrien aquí mismo, en Nueva York. Vivía en uno de los barrios más pobres y peligrosos de la ciudad, ni

siquiera iba a la escuela. Cuando me lo encontré estaba buscando en los contenedores de basura cualquier cosa que poder comer. Mis padres eran drogadictos y apenas eran capaces de cuidar de sí mismos y mucho menos de una niña. Me dio de comer y me acompañó a casa, y desde ese momento se hizo cargo de todo lo que tenía que ver conmigo. Mis padres firmaron rápidamente los papeles de custodia legal y me fui a vivir con él, cuando cumplí once años me contó la verdad de lo que era pero no me importó, tenía tanto que agradecerle... Que me acogiera fue una milagro para mí —sonrió divertida al comprender lo mal que quedaban milagro y demonio en la misma frase—. Una liberación para mis padres y una especie de terapia para él. Adrien me contó que le había hecho daño a alguien que se parecía mucho a mí y que quería compensarme, ya que no podía compensarla a ella porque estaba muerta.

Al escuchar su relato comprendí las palabras que Eva dijo sobre Rachel, que estuviera enterada de quienes éramos, de quién era Isabella, llevaba con Adrien el tiempo suficiente como para conocer toda la historia.

La similitud con mi propia vida me había impresionado en un primer momento, sin embargo, a medida que Eva hablaba comencé a descubrir la realidad que encerraba ese acto de bondad de Adrien.

No supe si ella era consciente de toda la información que me había dado o de que estaba siendo utilizada por el que ella veía como su salvador. Me preocupó que Adrien pudiera tomar represalias en su contra, al fin y al cabo ya la había usado contra nosotros, aunque no hubiera conseguido el efecto esperado.

Quizás la hubiese engañado como había hecho con sus padres, tal vez Eva realmente creía que iba a ayudarle a resarcir el daño que le había hecho a Isabella, o quizás Eva sabía la verdad y simplemente estaba jugando conmigo, vengándose por mi rechazo.

No obstante, en ese instante poco me importaba su juego, la verdad se había abierto paso de la manera más inesperada. Y es que por mucho que Eva hubiese compartido su corta vida con mi maestro, jamás llegaría a conocerle tanto como lo hacía yo, que durante años había tenido las puertas abiertas a su mente. Adrien siempre había permitido nuestro vínculo, había sido en este último encuentro cuando lo había notado más reticente a mostrarme sus

pensamientos.

Fuera como fuere, era plenamente consciente de que Adrien no tenía remordimientos, nunca los había tenido, ni siquiera cuando era un hombre.

Mi maestro la había mantenido humana porque sabía que la consideraríamos una inocente, que la protegeríamos fuera cual fuera nuestra naturaleza. La única razón por la que se había hecho cargo de Eva era por su alarmante parecido con Isabella. Ella era un arma que podía usar contra cualquiera de nosotros, Céline, Fausto o yo mismo, y la había guardado y cuidado con mimo hasta el momento exacto en el que pudiera servirle a sus propósitos, por eso había estado allí cuando me presenté por primera vez en el Edén y por esa misma razón la envió a mi casa sabiendo que Rachel estaba conmigo. Conocía a Rachel demasiado bien y sabía que esta pensaría lo peor de mí, que Eva era mi amante porque nunca había podido olvidar a Isabella...

—Te daré un consejo: aléjate de todo esto y vive tu vida —mi voz sonó desconocida incluso para mí.

—¿Por qué? —preguntó, vi en sus ojos que realmente no entendía mi advertencia.

—No es un buen lugar para alguien como tú —respondí mirándola fijamente. Era asombroso que se pareciera tanto a ella.

—No sabes cómo soy.

—Creéme querida. Lo sé —en ese instante fui consciente de su papel de víctima en la opereta.

Mi cabeza se marchó por otros derroteros. Si a Rachel y a mí nos había impactado tanto verla, ¿qué no le haría a Oliver hacerlo?

—¿Por qué no te gustan las morenas? —preguntó inesperadamente.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No me has contestado —me regañó coqueta.

—Me recuerdan lo que no puedo tener —confesé en un susurro.

—¿La quieres? —me preguntó expectante por mi respuesta.

—Sí —la confesión se escapó de mis labios antes de que pudiera acallarla.

—Lo sabía —susurró derrotada.

—No se lo digas a ella, ¿vale? Guárdame el secreto —dije bromeando, intentando borrar la tristeza de su rostro.

Sonrió, pero era una sonrisa resignada, para nada feliz.

—No lo haré, pero tal vez deberías decírselo.

—Tal vez —concedí—. Cuídate.

—Tú también.

—¡Gabriel! —me llamó cuando ya encaminaba mis pasos hacía la puerta.

Me giré y la miré interrogante.

—Ella también te quiere. Créeme, lo sé.

—No estoy tan seguro —bromeé.

—Adrien ha ido a buscarla. No sé qué tiene esa chica que a todos os atrae —su sonrisa era triste.

Le sonreí agradecido por lo que me había contado y agaché la cabeza en un saludo cortés. Me sorprendí pensando que el alma de Eva todavía no estaba perdida, ojalá fuera capaz de marcharse a tiempo.

Sin añadir nada más, puesto que no era necesario, me di la vuelta, esta vez con un destino al que dirigirme.



Capítulo 20

Respiré hondo varias veces y volví a evocar el Kandinsky. Inmediatamente noté que mi pulso se tranquilizaba. Mi cuerpo había reaccionado a mi orden de calma, en cambio mi mente seguía por su cuenta, mostrándome imágenes que yo no quería ver y palabras que no quería escuchar. La voz de Adrien se había grabado a fuego en mi memoria.

«No podía permitir que te marcharas con Mefisto. Me pareció la mejor forma de evitarlo».

Me puse de pie, no podía decirle a Oliver lo que tenía que comentarle sentada, desde la distancia, él tenía que sentir mi empatía, algo que tras mucho tiempo había vuelto a dejar que surgiera en mí.

Me acerqué hasta él y me arrodillé delante posando mis manos sobre sus rodillas. Noté cómo se aceleraba su respiración y vi como las motas doradas cambiaban en sus ojos. Fui consciente de la tensión de cada uno de sus músculos.

Hice una inspiración profunda que expandió mis pulmones y desembotó mi cabeza.

—Es sobre Isabella —le dije únicamente.

—Lo sé, Céline. Lo he sentido desde el momento en que te he visto entrar por esa puerta —confesó, lo vi cansado y decaído, pero al mismo tiempo expectante.

—Lo siento —me disculpé antes de tiempo.

Lo hacía por el dolor que iba a infringirle al contarle la verdad, pero era un dolor necesario.

—Sea lo que sea estoy seguro que no es culpa tuya, seguramente la culpa sea de Gabriel —bromeó con la voz tensa por la incertidumbre.

Le sonreí agradecida. Ni siquiera sabía si lo era y él ya me estaba exculpando.

—Fausto, Isabella no se suicidó. Ella quería vivir, estaba segura de que tú la ayudarías y la protegerías de la ira de tu padre, Adrien la empujó —dije de sopetón.

Me centré en sus ojos pero no me atreví a tomar su mano. Sentí el lejano grito horrorizado de Danielle, muy lejano, como si no estuviera a mi lado en la misma habitación.

Oliver no cuestionó en ningún momento mis palabras, no me preguntó la fuente, ni intentó saber nada más. Se quedó quieto, en silencio, con la vista clavada en un punto mucho más allá de mí.

Me levanté del suelo y me aparté de él. Finalmente, como si hubiera regresado de alguna parte, Oliver se abrazó en silencio a Danielle, y Tristan y yo abandonamos el salón para dejarles intimidad.

No me atreví a marcharme de allí, no sin poder hablar con él nuevamente, sin rogarle que me perdonara por volver a arrebatarle la paz, por perseguirle durante tanto tiempo, por desconfiar de él... Les había vuelto a abrir la puerta a los sentimientos. Finalmente decidí que era absurdo tenerlos si no podías compartirlos con los demás, era como tener un deportivo y tenerlo guardado en el garaje. La imagen me trajo a la cabeza un coche rojo descapotable. Parpadeé varias veces pero la imagen de Gabriel no se marchó, había abierto la caja de Pandora.

Después de quince minutos en silencio escuchamos los pasos de Danielle y varios segundos después su cara asomó en la cocina. Estaba pálida y tenía los ojos rojos por el llanto.

—Necesita estar solo —nos anunció solemne—. Preparemos algo para cenar.

—De acuerdo —concedió Tristan, que se levantó para ayudarla.

Yo me mantuve sentada en la mesa de la cocina, en silencio por miedo a que al hablar se esfumara la imagen que minutos antes había intentado

desterrar.

La música del piano me sacó de golpe de mis pensamientos. Era una melodía nostálgica, desgarrada, muy oportuna para el momento que estábamos viviendo. No era de extrañar que yo la reconociera, era la Sonata para piano n° 2, op. 36 de Sergei Rachmaninoff. Llevaba demasiado tiempo sintiéndome como lo hacía él.

Danielle seguía a mi lado y yo sabía que estaba haciendo esfuerzos por dejarle espacio e intimidad a su novio.

Noté que no podía permanecer sentada y que tampoco estaba a gusto de pie. Al final lo único que nos mantenía medianamente racionales era seguir fingiendo que hacíamos la cena, porque era evidente para todos nosotros que ninguno iba a ser capaz de probar bocado.

Cuando parecía que la melodía bajaba y que dolor se había mitigado volvía a subir, un crescendo cada vez más desesperado.

Me ahogué en el dolor de Oliver que podía sentir y compartir, pero que desgraciadamente no podía borrar. No estaba en mis manos liberarle de él.

Aún seguía asombrada de la entereza con la que había recibido la noticia. Lo normal, lo intrínseco a Oliver era el modo en que descargaba su dolor aporreando las teclas de un piano.

—Estará bien —dijo Tristan suavemente mirando a Danielle y después a mí.

Ambas asentimos en silencio.

—Mañana estará mejor —siguió animándonos Tristan.

—Pero nunca lo superará —vaticinó Danielle.

—Sí que lo hará, ahora te tiene a ti —mi comentario me valió una sonrisa afectuosa de Danielle.



Estaba absorta escuchando a Oliver cuando la idea irrumpió arrasando con todo en mi mente. No había mucha diferencia, al fin y al cabo, entre lo que habíamos pensado siempre que había pasado, y lo que realmente había sucedido, Isabella seguía siendo una víctima de las circunstancias y aunque

ahora sabíamos que mi negativa a separarme de Mefisto no la empujó al suicidio, también sabíamos que por mi causa estaba muerta. Adrien había orquestado su muerte para impedir mi fuga con Mefisto, por lo que indirectamente (tan indirectamente como cuando pensábamos que se había suicidado) la culpa recaía sobre mí.

La tregua que me había dado mi conciencia había terminado igual que lo había hecho el primer movimiento de la sinfonía.

La única persona que debería sentirse liberada y en paz, era la misma que estaba encerrada en el salón tocando como si le fuera la vida en ello.

Como si hubiésemos estado pensando lo mismo, Tristan, Danielle y yo dejamos de fingir que cocinábamos y nos sentamos en silencio alrededor de la mesa de la cocina. Sabiamente Danielle encendió la cafetera italiana y sacó el azúcar y tres tazas de un armario, iba a ser una noche larga.

La música que se filtraba desde el salón era cada vez más atribulada.



Capítulo 21

Sevilla, abril de 1815

Sonreí a nuestro reflejo en el espejo cuando Carmen me colocó el clavel rojo en el cabello, justo en el mismo lado en el que descansaba mi melena, recogida en una coleta baja con una cinta del mismo color que mi vestido y la flor.

Mi nueva doncella conseguía hacerme reír constantemente, era como decían en Sevilla muy «resalá». Esa noche se había empeñado en que la acompañara a una fiesta que daban en el barrio de Santa Cruz, donde vivían sus padres y sus hermanos. La actitud cercana de Carmen me había sorprendido mucho al principio, no se comportaba como ninguna de las doncellas que había tenido anteriormente (y eso era mucho decir, dada la cantidad que había tenido), se mostraba alegre y cercana, incluso en determinadas ocasiones se permitía llevarme la contraria, cuando le pedía que me prepara tal o cual vestido o como en ese momento que me recogiera el cabello en un moño elegante.

Aunque para ser sincera, tenía que reconocer que la mayoría de las veces sus observaciones eran mucho más acertadas que las mías.

Como la música iba a ser uno de los principales atractivos de la fiesta, acepté convencida de que Fausto asistiría, ese era el motivo por el que nuevamente nos había arrastrado por el continente. En estos momentos estaba

embelesado por las guitarras españolas y los ritmos flamencos que brotaban de ellas.

Las calles estaban repletas de flores y su perfume invadía la atmósfera festiva. Las palmas y la música sonaban tras cada esquina, Carmen enlazó su brazo al mío y me arrastró entre la gente que reía y bailaba.

—¡Manuel! —llamó Carmen a voz en grito, mientras nos acercábamos a un grupo de unas diez personas.

Un chico de mi edad, de mi edad física quiero decir, unos dieciocho años, se giró sonriente hacia nosotras. No fue necesario que Carmen me dijera de quién se trataba, los dos tenían los mismos ojos negros y almendrados y el mismo cabello oscuro y ondulado, sin duda era uno de sus hermanos.

—Carmen, ¿quién es esta moza tan bonita que nos traes? —preguntó zalamero.

Me reí divertida, al parecer la gracia y el salero de Carmen era una cualidad familiar. Inmediatamente me sentí cómoda a su lado.

—Es la señora.

Manuel se quedó pasmado por la sorpresa y miró a su hermana con el ceño fruncido, estaba claro que la conocía muy bien y que sabía que me había arrastrado hasta allí prácticamente a la fuerza.

—Bienvenida «mi alma». ¿Quieres una copita de vino? —me preguntó mientras me pasaba el brazo por los hombros.

Cuando lo hizo sentí su olor a tierra y a romero, a trabajo y a sol. Me relajé como si el aroma que desprendía fuera una especie de calmante para mi alma atormentada. Me inundó el olvido y la paz, asentí y me dejé llevar por el calor que bullía en mi sangre.



Cuando llegamos al barrio de Santa Cruz, la noticia de la fuga de Napoleón de la isla de Elba corría como la pólvora. No era de extrañar que entre los españoles la noticia fuera de boca en boca, y que el recuerdo del corso todavía estuviera vivo en sus valientes corazones puesto que no hacía mucho que lo habían expulsado de su país.

Fausto estaba a mi lado, pendiente de cada una de las notas que salían de las guitarras, me sorprendió que fueran capaces de hacer música solo con las palmas de sus manos. Estaba observando a los que bailaban cuando me quedé paralizado ante lo que vi, Céline y un chico moreno y fornido, sin duda por el trabajo, se unieron a los que danzaban. El baile era totalmente inofensivo, ellos apenas se tocaban, solo sus manos rodeaban muy delicadamente sus cinturas, se movían uno junto al otro y daban vueltas mientras reían y disfrutaban de la fiesta. Me sorprendí ansioso por ver los ojos de Céline, necesitaba comprobar que no ardía en ellos la misma chispa que tenían cuando estaba conmigo, cuando la besaba e incluso cuando discutíamos.

Me acerqué más a ellos, dejando a Fausto hablando con uno de los palmeros, seguramente intentando aprender a hacerlo pero sin poder practicar, al menos delante de nadie. Las palmas eran a su modo un tipo de música, y esta estaba vetada para él, por decisión propia por supuesto. Yo aún esperaba que claudicara y que se dejara llevar por su pasión, de ahí que le acompañara por el mundo en busca de melodías...

Céline reía y sus ojos brillaban alegres cuando me planté frente a ellos. Ignoré el pinchazo de rabia que me produjo ver la chispa en sus ojos azules de un color casi transparente.

—Bailas muy bien —le dije más molesto de lo que pretendía dar a entender.

Me ignoró, ni siquiera giró la cabeza para mirar en mi dirección. Tenía los ojos clavados en su acompañante.

—Gracias Manuel, me he divertido mucho —dijo sonriendo al chico moreno.

—Cuando quieras «mi alma» —contestó él ignorando mi presencia—. ¿Te acompaño con mi hermana?

—En seguida voy.

Manuel hizo un leve gesto de asentimiento, me miró con cara de «cuidado con lo que haces» y se alejó hacia uno de los grupos.

—¿Haciendo amigos? —le pregunté mordaz

—¿Qué quieres, Mefisto? —su voz denotaba cansancio.

—¿De ti? Nada, ya lo sabes —contesté casi por inercia.

Quería fastidiarla, siempre lo quería, pero era consciente de que quizás

esta vez me hubiese pasado un poco, el hecho de haberla visto bailando con otro chico no tenía nada que ver con mi actitud belicosa, me dije a mí mismo.

—Eso deberías haberlo pensado antes —respondió con la voz rota, pero intentando mantener la compostura.

—Si hubiese hecho eso, ¿dónde estaría la gracia?

Y dicho esto, decidí que ya puestos a perderla lo haría a mi manera, con todas las consecuencias, pero disfrutando también de cada instante.

Sin darle tiempo a alejarse de mí, la cogí de la mano y la saqué del bullicio. Las calles eran estrechas y las paredes blancas brillaban bajo la luz de la luna. Ignoré sus protestas y cuando estuvimos lo suficientemente alejados de la fiesta, la empujé contra una pared blanqueada con cal y la besé con fuerza, sin miramientos ni delicadezas, sentí su sorpresa en mis labios, presioné más fuerte y esperé a que se abrieran los suyos. Era deliciosa, siempre lo había sido, su aroma y su sabor me trajeron recuerdos felices que parecían provenir de otra vida, de otra persona incluso.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para separarme de la dulzura de sus labios, esa chica me volvía loco, cuando estaba junto a ella me olvidaba de todo lo que en realidad importaba.

Cuando nos separamos, los dos jadeábamos buscando aire.

—¿Ves? Lo mejor de todo es dejarte como lo voy a hacer ahora. Nunca aprendes, princesa. ¡Hasta la próxima!



Capítulo 22

El sábado me desperté temprano, no había dormido mucho durante la noche. Al final, después de esperar durante horas en la cocina de Oliver, Tristan y yo nos habíamos marchado de allí sin poder verle ni hablar con él.

Danielle no se había dado por vencida y se había arriesgado a adentrarse en sus dominios durante una de sus pausas musicales. La esperamos durante una hora, sin embargo, al ver que no regresaba a la cocina para comentarnos cómo seguía Oliver, decidimos salir discretamente y dejarle espacio para que asimilara su pena. Ya nos buscaría cuando se calmara un poco y necesitara más respuestas.

Desde luego no contábamos con que la puerta del salón estuviera abierta de par en par, de modo que sin querer interrumpimos un momento íntimo de la pareja. No pude evitar pararme allí durante unos segundos, Tristan no hizo ningún comentario sobre mi actitud indiscreta y pasó de largo en silencio.

Los dos seguían sentados juntos en la banqueta del piano. Él reposaba su cabeza sobre el regazo de su novia, que le acariciaba el cabello oscuro y enortijado. Oliver tenía los ojos cerrados y las mejillas encendidas por el llanto que había irrumpido libre en el instante en que sus dedos habían rozado las teclas del piano.

Danielle se inclinó sobre él para posar un suave y cariñoso beso sobre sus cabellos, pero en ese momento él se revolvió atrapando el beso en su boca.

Sentí una punzada de celos tan intensa e inesperada, que me cortó la

respiración y me hizo salir a toda prisa de la casa. No porque estuviera interesada románticamente en Oliver, sino por la situación, el momento, la complicidad, y sobre todo la libertad con la que se amaban.

Cuando salí a la calle Tristan ya había desaparecido. Seguramente entendiendo que necesitaba estar sola para pensar en todo lo que me estaba pasando, o tal vez porque era él quien quería estar solo.

Me levanté de la cama de un salto, me duché, me puse ropa cómoda, y seguí con mi nuevo cometido, blanquear las paredes de mi casa y, con ello, mi propia vida. El blanco iba a imponer definitivamente sobre la oscuridad. Me recogí el pelo en una coleta alta y me dispuse a ello con energías renovadas y la nueva ilusión de mejorar mi calidad de vida.

La primera pasada no había conseguido borrar el mural y tampoco estaba segura de si no iba a ser necesaria hasta una tercera.

Me detuve en cuanto sentí su presencia al otro lado de la puerta, me sorprendió que hubiese venido, y una sonrisa triste apareció en mis labios.

Abrí la puerta plenamente consciente de con quien iba a encontrarme al hacerlo. Oliver me miró y suspiró quedamente.

—Buenos días, Rachel —me saludo amablemente.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada.

—¿Puedo pasar?

Estaba tan inquieta por su ánimo que no me había dado cuenta de que le estaba impidiendo el paso a mi casa, me aparté para que entrara.

Intenté recoger un poco el desastre que tenía montado en el salón, no obstante, no me parecía adecuado recibirle en la cocina, y mi casa no era tan grande como la suya. A parte del salón y la cocina no había nada más en la planta baja.

—¿Estás redecorando? —me preguntó amablemente al ver los botes de pintura y los pinceles.

Le miré asombrada hasta que comprendí que estaba siendo discreto y evitaba hablar del mural, que tras la primera capa de pintura seguía igual de visible. Me reí tan fuerte que me asombré a mí misma, Oliver arqueó una ceja con confusión, pero al mirarme terminó por reír él también.

Finalmente hablé.

—Algo así, redecoro mi vida.

—¿Necesitas ayuda? —me ofreció tranquilamente.

—¿Para redecorar mi casa o mi vida?

—De momento comencemos por tu casa —respondió más animado que cuando le abrí la puerta.

—Vas a ensuciarte —le avisé.

—No me importa —dijo al tiempo que se quitaba su chaqueta de cuero negra—. La verdad es que necesito tener la cabeza y las manos ocupadas y tu vida parece más fácil de redecorar que la mía.

Le sonreí, pero no fue una sonrisa feliz, sino comprensiva. Entendía cada palabra que no había pronunciado, cada sentimiento que lo embargaba. Yo me sentía igual.

—Lo siento.

—Lo sé, pero necesito saber más —pidió con suavidad.

Me tensé a la espera que comenzara con sus preguntas, pero en lugar de hacerlo cogió uno de los rodillos, lo bañó en el bote pintura blanca y lo desplazó hábilmente y con soltura por la pared.

—Solo quiero hablar —me pidió en un susurro.

—¿Danielle?

No me dejó terminar.

—Quiero a Danielle, es lo más importante que tengo en la vida, estar con ella me ha convertido en una persona mejor. Pero ella no la conoció, tú sí.

No hizo falta que me dijera nada más, lo comprendí a la perfección. Nos habíamos pasado la vida desconfiando el uno del otro. Sin embargo eso no eliminaba lo primordial: que habíamos pasado toda nuestra vida juntos.

—¿Por dónde comenzamos? —le respondí cogiendo otro rodillo para pintar.

—Podemos empezar con algo fácil —me propuso—. ¿Qué estamos borrando?

—Creéme, esa no es una pregunta fácil.

Arqueó una ceja interrogante, no podía mentirle y tampoco quería hacerlo así que le dije la verdad: que desde siempre usaba las paredes para pintar escenas que de alguna manera habían marcado mi extensa vida, le hablé de la fiesta de máscaras en la que descubrí quiénes eran Adrien y Gabriel, de nuestra huida en París...

—No es mala idea —me animó—. Yo uso la música, tú la pintura, no somos tan diferentes como había pensado.

—No, no lo somos —concedí.

—A lo mejor lo que necesitas es pintar momentos agradables, felices.

—¿Sabes que no he tenido momentos de esos en mucho tiempo? Verdaderos quizás nunca...

—Yo tampoco, hasta que me arriesgué con Danielle —me dijo con una amplia sonrisa, como si con solo nombrarla fuera capaz de alejar las sombras.

—No entiendo qué me estás aconsejando.

—Sí que lo sabes —me acusó con humor.

—Creía que lo odiabas —comenté como de pasada.

—Yo también, parece que al final los dos nos hemos equivocado —me guiñó un ojo y continuamos pintando.



De nuevo en Armony como si nunca hubiese abandonado esa tediosa ciudad. Me regañé a mí mismo mentalmente.

¡Mentiroso, haces honor a tu nombre! Armony podía ser cualquier cosa; no obstante, no era tediosa.

Sin ser muy consciente de lo que hacía le di al taxista que me recogió en el aeropuerto la dirección de Oliver: la de mi antigua casa. Aunque era cierto que no tenía muchas más opciones y por suerte para mí, había conservado las llaves que ahora estaban a buen recaudo en los bolsillos de los vaqueros Dolce & Gabbana que llevaba puestos.

Estaba tan acostumbrado a mentir sobre cualquier nimiedad que había terminado intentando engañarme a mí mismo. Comencé con un «Céline no me importa» y desde entonces no había dejado de hacerlo. Absurdo hasta para mí.



Abrí la puerta esperando encontrar a Oliver y a Danielle en casa. No es que la idea de escuchar sus recriminaciones me ilusionara especialmente, pero era algo tan inevitable como que saliera el sol cada día. Suspiré aliviado al comprobar que no había nadie en casa, de ese modo podía moverme con tranquilidad, y al mismo tiempo dispondría de un tiempo para calmarme y decidir de una vez, y sin falsedades, por qué razón había regresado.

Abajo todo parecía igual que cuando me marché. Me dirigí a las escaleras para comprobar que todavía disponía de un dormitorio en mi propio hogar, pero cuando llegué al pasillo de arriba me quedé paralizado y confuso.

—Preciosas, os he echado mucho de menos. Los cuadros de Rachel no son tan bonitos como vosotras —les dije emocionado a las oscuras y atormentadas pinturas que aún seguían colgadas en las paredes.

Las pinturas negras de Goya estaban formadas por catorce murales que inicialmente estaban pintados sobre las paredes de la casa del propio pintor y que posteriormente fueron trasladadas a oleos. Desgraciadamente, yo solo disponía de cuatro de ellas: Saturno devorando a un hijo, Átropos o Las Parcas, Judith y Holofernes y El aquelarre, dos a cada lado del pasillo que llevaba a los dormitorios, unas preciosas imágenes para invitar al sueño. Me reí de mí mismo mucho más animado que cuando llegué.

Me sorprendió que Oliver no las hubiera quitado tres segundos después de mi marcha, que no lo hubiera hecho era un punto a analizar más detenidamente.

De una zancada me planté ante el que había sido mi dormitorio y, durante unos segundos, no hice nada más que pararme frente a la puerta, preocupado por lo que me iba a encontrar. ¿Se habría desecho Oliver de mis cosas o las habría conservado igual que había hecho con las pinturas? Un profundo malestar se instaló en mí cuando comprendí que la respuesta me importaba.

Finalmente abrí la puerta despacio, expectante. Un agradable e inesperado calor se instaló en mi pecho, las paredes seguían pintadas del mismo tono azul que recordaba, mi cama aún tenía la misma colcha y en las estanterías también seguían mis libros. Mi colección de monedas, la única debilidad humana que me había permitido desde que dejé a Céline, también seguía allí.

Londres, 25 de marzo de 1825

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Fausto preocupado por llegar tarde a la representación que se estrenaba esa misma noche.

—Quiero hacerme con una moneda romana que está en posesión de este anticuario —dije señalando una de las tiendas de la concurrida calle londinense en la que nos encontrábamos.

—Es curioso —murmuró más para sí mismo que para que yo le escuchara.

—¿Qué es curioso? —pregunté ansioso por saber lo que tramaba.

—La similitud —respondió misterioso.

Le miré exasperado por su falta de respuestas, me vi obligado a volver a preguntar.

—¿Qué similitud? —mi voz sonaba impaciente e irritada.

—La tuya con la de cierto personaje bíblico obsesionado con las monedas —su sonrisa era maliciosa y desafiante.

Yo jamás hubiese hecho esa relación.

—¿Te refieres a Judas Iscariote?

—¿Quién si no? —contestó mientras me dejaba plantado en medio de la calle y se acercaba a la tienda.

Mientras le seguía al interior del anticuario pensé que no podía culparlo, y mucho menos en esos momentos, puesto que la similitud se había ampliado, al igual que Judas yo acababa de traicionar a mi maestro.

Era cuanto menos curioso que sintiera que me estaba traicionando a mí mismo cuando me embargó una fuerte emoción de plenitud al ver mi dormitorio tal y como lo dejé, esa era la peor parte de aceptar lo que sentía por Céline, me volvía débil y sentimental. No obstante, fuera como fuera ya no había vuelta atrás, estaba enamorado de ella prácticamente desde que nos conocimos y esta vez no pensaba huir de lo que me hacía sentir, era demasiado consciente de que Adrien estaría al acecho para consolarla si eso

sucedía. Lo que no tenía tan claro era cómo iba a convencerla de que esta vez iba a ser diferente.



Capítulo 23

Londres, 25 de marzo de 1825

Seguí a Fausto en silencio y me dejé caer en una de las butacas de nuestro palco privado. Estaba hastiado de Londres, de mi acompañante y de la maldita novena sinfonía de Beethoven.

Fausto me había arrastrado a Viena apenas un año antes para acudir a su estreno y no contento con eso, volvíamos a asistir a la primera ejecución que iba a realizarse en Londres. Al menos había conseguido mi moneda, me consolé dispuesto a soportar la tediosa noche que me esperaba.

Intenté no fijarme en cómo Fausto se estrujaba las manos. Nervioso ante la patética perspectiva de volver a escuchar una obra que conocía hasta la saciedad, me apoyé sobre la barandilla curioso por ver a los asistentes. Mi acompañante pertenecía a la mítica raza de los que asistían a la ópera para escuchar y no para ver y ser visto por la alta sociedad londinense, en este caso, y sin que sirviera de precedente, yo me encontraba entre la gran mayoría.

Aún no había hecho más que asomarme cuando sentí el conocido tirón en el estómago. Giré la cabeza en la dirección correcta y a punto estuve de atragantarme con mi propia saliva. En ese mismo instante Adrien levantó la cabeza y se topó con mi escrutadora mirada clavada en su hermosa acompañante.

Sentí un súbito ataque de ira cuando vi cómo se acercaba a su oído para avisarla de mi mirada, los ojos transparentes de Céline se clavaron en mí como cuchillos afilados, posiblemente molesta todavía tras nuestro último encuentro en Sevilla.

Ambos estaban en el palco que quedaba justo enfrente del nuestro, iba a ser imposible no estar pendiente de cada uno de sus movimientos; maldije al hado traidor que nos acercaba con la misma fuerza que los imanes.

—No comprendo qué hace Céline con Adrien —comentó Fausto a mi espalda—. Creía que le desagradaba más de lo que lo haces tú.

—Te equivocas, yo le desagrado más.

—Pues no lo entiendo —me contestó clavando la mirada en ellos.

—Ya puestos, yo tampoco —respondí.

—Será mejor que nos sentemos, va a comenzar ya —le miré con cara de pocos amigos—. No deberías haber venido —gruñó nervioso.

—Imposible, sabes tan bien como yo lo mucho que disfruto oyéndote tararear la música —le confesé.

—Esta vez no voy a hacerlo, voy a estar concentrado y no vas a utilizarme.

Me reí burlón, pero mi risa no fue todo lo sincera que hubiese sido si Céline y Adrien no estuvieran sentados juntos.

—No te tortures. ¿Acaso crees que vale la pena la lucha? —le pregunté conociendo de antemano su respuesta.

—No lo sé, dímelo tú. Esta noche tu tortura va a ser peor que la mía —su sonrisa irónica me molestó aún más que sus palabras.

Dirigí la mirada hacia ellos y me dejé caer de golpe en la butaca. Por una vez dejé que Oliver supiera la verdad y no lo negué. Era absurdo intentarlo y una manera estúpida de desgastar energías que en ese momento no tenía.



Lo que menos había imaginado cuando acepté la invitación de Lord Haywood y su esposa a su palco, era que Adrien iba a estar entre sus invitados. Había tenido la esperanza de no encontrarme con ningún conocido

esa noche. Esperanza vana teniendo en cuenta que Fausto no iba a perderse la primera representación en Londres de la novena sinfonía a pesar que ya habíamos asistido en Viena a su estreno.

Tuve que ocultar la incómoda sensación que me invadió el estómago cuando Adrien tomó mi mano y la besó, había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto, pero no el suficiente. Todavía se mezclaba en mí esa poderosa sensación que me empujaba y me separaba de él con la misma fuerza. Solo Adrien tenía ese efecto en mí.

Sentí cómo se acercaba furtivamente a mi lado y se agachaba para susurrarme al oído las palabras que tanto había rezado para no escuchar. Un gesto demasiado íntimo para dos personas que acababan de conocerse. De ese modo tan inofensivo había dado a entender a toda la sociedad que nos rodeaba, ansiosos de chismes, que entre nosotros existía más intimidad de la que podía parecer a simple vista.

—Lord Boissieu está dando que hablar a los curiosos, supongo que lo ha hecho a propósito —le regañé.

—Milady, es usted muy perspicaz —dijo con una sonrisa triunfal en los labios.

En silencio alcé la mirada y me topé con los ojos de gato de Mefisto, que en esos años respondía al nombre de Rafael.

Tal y como había temido, Fausto estaba a su lado. Quien fuera una vez mi futuro cuñado no había podido resistirse a acudir a la presentación.

Ansiosa por recuperar la compostura, centré mi mirada en la belleza del lugar en el que me encontraba, desde los palcos hasta las estatuas que adornaban el hall, incluso los murales que usaban para representar las obras, eran verdaderas joyas de arte, pero mi admiración iba más allá, a los brocados de las cortinas, a los vestidos de las damas, al ambiente festivo del teatro... Centré mi atención en esos detalles, era la mejor forma de olvidar que Adrien y Mefisto estaban cerca de mí.

—No va a funcionar —susurró Adrien en mi oído.

—¿El qué? —pregunté sin comprender.

—Fingir que no te importa.

Le miré sorprendida por su nueva actitud. Parecía molesto, incluso celoso.

—Lo que no sé es por qué te importa a ti —dije acercándome más a él, jugando la baza del coqueteo.

—Siempre me has importado, no deberías olvidarlo nunca. ¿Acaso no te salvé en París? —cogió mi mano con suavidad y se la llevó a los labios.

Le di una sonrisa tímida; nuevamente había triunfado la parte de mí que me empujaba a su lado.

—Volvería a hacerlo —confesó con los labios sobre la suave piel de mi muñeca—, te salvaría una y otra vez. Haré cualquier cosa hasta que por fin entiendas que me necesitas.

No fue necesario mirar al palco de enfrente para comprobar que Mefisto no perdía detalle.



Capítulo 24

Llamé a la puerta con los nudillos y esperé a que Rachel me abriera, advertí que estaba dentro y sin duda ella sabía que yo era quien estaba al otro lado de su puerta.

—¡Al fin te encuentro! —fueron las palabras que se escaparon de mis labios cuando la vi parada frente a mí.

No pretendía regañarla o ponerla a la defensiva sino todo lo contrario, sin embargo el alivio de verla bien había vuelto a descolocar el sistema con que filtraba mis reacciones. Aunque era un filtro que con ella casi nunca funcionaba.

—No estaba muy lejos —me respondió mientras se apartaba para franquearme el paso.

Perdí el hilo de la conversación, que se quedó prendido de la mancha de pintura blanca que tenía en la mejilla.

Apreté los puños forzándome a no mirarla, pero no fue suficiente. Me imaginé pasando los dedos suavemente por sus pómulos, de la mandíbula a la sien, deteniéndome en la mancha, sintiendo la suavidad tersa de su piel, quizás me inclinaría sobre ella para aspirar el perfume de su cabello.

—Tampoco estabas cerca, desapareciste —me obligué a responder aunque para ello tuve que girar la cabeza y dejar de verle el rostro.

—¿Estabas preocupado? —preguntó entre la incredulidad y la diversión.

—Sabes que sí.

—¡Menuda novedad! —volvió a burlarse.

Sentí alivio al verla tan juguetona y de buen humor, el recibimiento que había tenido auguraba muchas posibilidades de que las cosas salieran bien. Le sonreí aliviado y entré en el salón mucho más relajado, lo primero que vi fue el suelo empapelado de periódicos y a Rachel con el cabello recogido y su blanco y delicado cuello expuesto. Sentí un hormigueo en los labios, la necesidad física de besarlo. Fue entonces cuando vi que no estaba sola, verlos a los dos juntos consiguió desconcertarme. ¿Desde cuándo eran amigos? ¿Desde cuándo existía esa complicidad? De alguna manera yo siempre había sido el nexo que los unía, pero también eso había cambiado, ahora estaba Danielle, e incluso Isabella y el sentimiento de culpa que compartían por su muerte. Yo había salido de sus vidas meses atrás.

—¡Cuánto has tardado en venir! —me dijo Oliver con una mezcla de insolencia y queja en la voz.

Evité responderle, por primera vez en mucho tiempo no estaba seguro de qué estaba pensando, parecía como si se alegrara de verme. Deseché la idea por surrealista; quizás hubiera sido posible en otra persona, pero nunca en Oliver.

Rachel se paró a mi lado para untar el rodillo con pintura y volví a perderme en la mancha de su mejilla, el deseo de tocarla era tan intenso que mareaba. En esos instantes me olvidé de la presencia inesperada de Oliver, que me sacó de golpe de mis pensamientos.

—¿Por qué sonríes? —preguntó mi antiguo protegido.

—Yo siempre sonrío —me defendí de su absurda acusación velada.

—Nunca de ese modo, debías de estar pensando en algo muy hermoso —remarcó las dos últimas palabras.

Lo miré asombrado de que hubiera dado tan en el clavo, pero guardé silencio como si no le hubiese escuchado. No tenía ganas de enzarzarme en una batalla dialéctica con Oliver, de hecho, no tenía ganas de encontrarme con él, me molestaba terriblemente que estuviera aquí porque con ello limitaba mis posibilidades de aclarar los asuntos que me habían traído de vuelta a Armony.

Rachel, como si hubiese notado mi incomodidad, intervino en la conversación.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —preguntó Rachel.

—Sí.

—¿Cómo? —no hizo falta que dijera nada más, fue fácil leer entre líneas.

—Eva —respondí con los ojos clavados en los suyos a la espera de ver alguna reacción en ellos. No se produjo ninguna.

—¿Eva? —esta vez fue Oliver quien preguntó.

—No se lo has dicho —acusé sorprendido por su silencio. Ocultar información es una forma de mentir mucho más sutil, pero no deja de ser un engaño.

—Ya tiene bastante con lo que sabe —respondió, esta vez había un brillo enfadado en sus transparentes ojos.

—¿Céline? —preguntó Oliver y no se me escapó que uso su antiguo nombre.

Un privilegio que parecían disfrutar todos menos yo.

—Eva es alguien que se parece a Isabella, pero no lo es. Solo se parecen físicamente —le explicó con voz cálida.

—No quiero verla —confesó Oliver tras unos momentos en silencio—. Así está todo bien, Adrien es otra historia.

—¡No! —y esa única sílaba que surgió atronadora de la boca de Rachel encerraba mucho más que una larga frase.

—Eso sería un suicidio —le dije enfadado por su temeridad—. Creía que tu época autodestructiva ya había pasado.

—No voy a enfrentarme a él, voy a ayudar a Tristán a acabar con él, cuando llegue el momento estaré a su lado. Es posible que no pueda hacer mucho, no obstante, estoy dispuesto a participar en su destrucción —confesó con calma. Su decisión estaba tomada, y de algún modo extraño y confuso la mía también...

Supe que Tristán también estaba en Armony, fue fácil deducirlo en las palabras de Oliver y el silencio de Rachel. Como también lo fue adivinar las razones que lo habían traído aquí.

Aunque lo más fácil e inesperado para mí fue decidir de qué bando me iba a poner en esta ocasión: del lado que dejara a Rachel fuera del peligro que suponía el deseo irracional que Adrien sentía por ella. Tal y como rezaba el refrán: «muerto el perro se acabó la rabia». Una frase que resumía a la

perfección la situación, si Adrien desaparecía también lo hacía la inseguridad de Rachel.

Tristan también iba a poder contar conmigo y con algo que hacía de la colaboración la más especial que pudiera encontrar. Estaba ligado a Adrien, lo que me permitía encontrarle y, con un poco de suerte, adelantarme a sus movimientos.



Capítulo 25

Oliver se marchó diciendo que había quedado con Danielle, lo que nos dejó a Gabriel y a mí en la misma habitación y sin saber qué decir. Para aliviar la tensión del momento me centré en la maravillosa pared blanca que tenía frente a mí, después de las tres pasadas que había supuesto, volvía a estar inmaculada y dispuesta a recibir mis trazos.

Cerré los ojos para visualizar mejor lo que quería pintar. Oliver me había instado a plasmar momentos felices, recuerdos agradables, y quizás fuera una buena manera de comenzar mi nueva vida, dejando atrás los malos momentos y recuperando los buenos, eligiendo aquello que me había hecho feliz.

No es que hubiese tenido muchos momentos de esos en mi existencia, de modo que la elección no fue tal. Solo había un instante que me había esforzado por recordar desde entonces, un momento atesorado en lo más profundo de mi alma inmortal. A pesar de todo lo que vino después... fue una ocasión tan perfecta que había valido la pena cada una de las lágrimas que derramé posteriormente.

Florenxia, 1535

—Isabella está embarazada —repetí las palabras de Mefisto como una letanía de horror y dolor. Mi voz estaba apenas modulada.

Cada palabra se clavaba en mi pecho como un puñal, pero aun así yo seguía pronunciándolas como si al hacerlo terminaran por perder su significado.

Después de lo que acababa de pasar entre nosotros, después de esperarlo durante tanto tiempo... volvía a perderlo y esta vez definitivamente.

—Solo estuvimos juntos dos veces, te lo prometo, Céline. Al llegar aquí, antes de volver a verte —confesó mientras se pasaba las manos por el cabello, nervioso, asustado de mi reacción.

—¿Por qué me lo dices ahora? —una pregunta que sonó como un reproche.

—No quiero perderte. Ella no significaba nada para mí, tú lo eres todo —me dijo visiblemente alterado.

—¿Y el bebé?

—No lo sé, nunca imaginé que pudiera pasar —dijo mientras se estrujaba las manos nervioso.

—Ella te va a dar un hijo, Mefisto —lloriqueé asustada de perderlo.

—Isabella no significa nada para mí. ¡Fue un error! No podría soportar que me dejaras. No puedo permitirlo...

—¿Por qué?

—Te quiero. No puedo perderte —repitió con los ojos brillantes y sin dejar de acariciarme la mejilla.

Me quedé en silencio, pensando. La idea de abandonarle hacía que sintiera dolor y no solo emocional, también dolor físico, era como si me estuvieran desgarrando por dentro, como si me arrancaran una parte de mi cuerpo que no sabía que tenía hasta ese fatídico momento.

—No vas a perderme —le dije finalmente.

El alivio fue instantáneo en su rostro.

Y fue allí, en el centro del laberinto de los Basani, el lugar donde Mefisto y yo éramos solo un hombre y una mujer que se amaban, donde hice la promesa más solemne de mi vida, la que hizo que le diera la espalda a Isabella, la única promesa por la que era capaz de morir antes de incumplirla.

Me incliné sobre el cubo de pintura y comencé a mezclar colores, verde

oscuro, azul medianoche, negro...

Que Gabriel estuviera en la habitación mirándome me turbaba más de lo que quería admitir, no entendía por qué se había quedado cuando Oliver se despidió unos minutos antes.

En ese momento se produjo un intercambio de miradas entre ellos que no había sabido interpretar. La nueva actitud de Oliver hacia Mefisto, la persona a la que más había odiado nunca, me desconcertaba profundamente y al mismo tiempo me asustaba, si Oliver había sido capaz de perdonarlo, ¿no tendría yo que hacer lo mismo? Era un ángel, mi naturaleza debía ser compasiva y, a pesar de ello, en algunos momentos mis reacciones eran más humanas que divinas...

Antes de nuestra inesperada visita le había preguntado a Oliver la razón por la que parecía más dispuesto a aceptarle, su respuesta me había dejado totalmente descolocada y perdida.

—Ahora sé lo que es estar enamorado —había dicho misteriosamente.

—¿Y? —pregunté sin comprender.

—Una persona es capaz de hacer muchas cosas por amor, del mismo modo que también es capaz de hacerlas para evitarlo —había contestado como si yo supiera qué hacer con esa críptica frase.

No quise insistir más. Me daba miedo lo que podría descubrir si seguía haciendo preguntas y la idea de que Oliver pensara que Gabriel conocía el amor me asustaba y me emocionaba, con la misma fuerza.

Como siempre que me ponía a pintar, me olvidé temporalmente de todo, las paredes comenzaban a mostrar mis recuerdos y esta vez la liberación fue emocionante y placentera. Sentí un cosquilleo agradable en el estómago, me gustaba lo que veía, me gustaba lo que me evocaba. Cerré los ojos y me dejé llevar por lo que veía en mi cabeza, no necesitaba abrirlos para pintar y mis hábiles dedos sostenían el pincel que se movía por instinto, por necesidad.

No volví la cabeza en ningún momento, ni siquiera cuando escuché el sonido de sorpresa que se había escapado de la garganta de Gabriel al reconocer la imagen de la pared. Era consciente de que le estaba dando una ventaja con la que volver a hacerme daño; sin embargo no me importó. La vida siempre ha sido una cuestión de prioridades y, por una vez, yo escogí la mía sin pensar en las consecuencias.



Capítulo 26

Por primera vez en mi existencia me encontré sin saber qué decir, fascinado por los elegantes movimientos de Rachel. Llevaba una camiseta amarilla y ceñida y unos pantalones grises de chándal, ni siquiera llevaba zapatillas, sino unos gruesos calcetines del mismo color que sus pantalones.

Cada vez que se inclinaba sobre la pared podía ver cómo se tensaban los delicados y finos músculos de sus brazos, cómo se erguía su pecho. Su expresión me tenía completamente fascinado, sonreía feliz, y esa sonrisa me recordaba a la niña que conocí, la muchacha que tanto había añorado durante mi infancia.

Aparté la mirada de su cuerpo y me centré en la pared. Si seguía mirándola no iba a poder resistir la tentación de acercarme y tocarla, de levantarle el mentón y obligarla a abrir los ojos para que me mirara y supiera que era yo el que iba besarla.

No separé la vista de su trabajo por dos razones: si me centraba en él podría superar el desesperado deseo que se había instalado en mí y que me hacía pensar en labios y besos, la segunda razón era que estaba ávido por descubrir el secreto que se escondía tras aquellos trazos elegantes.

La expresión pacífica y feliz de Rachel cambió conforme la pared se iba llenando de formas y de color. Trucó la sonrisa por el ceño y yo tuve que cerrar con fuerza los ojos para no acercarme a ella y alisar sus arrugas de preocupación con mis dedos.

Sus delicadas manos sostenían el pincel con destreza y precisión, poco a poco las líneas abstractas se fueron uniendo y creando figuras, los colores fueron dando forma a una idea...

Un jadeo ahogado escapó de mis labios cuando fui consciente de lo que había plasmado en la pared: el laberinto de la casa de los Basani, y lo había hecho delante mí. Fue entonces cuando me asaltaron las dudas. ¿Pintaba para recordar o era una especie de terapia para exorcizar sus demonios? Sonreí sin alegría por el cauce que habían tomado mis pensamientos, más acertados que nunca.

Supe que si quería conocer las respuestas debía formular las preguntas pero, ¿por dónde empezar?

—¿Es una declaración romántica? —dije señalando el mural.

Me miró fijamente sin contestar a mi pregunta. No encontré en su mirada ninguna respuesta, parecía perdida entre las calles del laberinto o quizás sentada en el banco de piedra gris que había en el centro del mismo.

—¿Por qué has pintado el laberinto? —pregunté plenamente consciente de lo directa que había sido esta vez mi pregunta.

Normalmente siempre daba rodeos o bromeaba y halagaba a mi interlocutor para que fuera sincero conmigo, pero esta vez estaba demasiado impaciente por conocer la respuesta y además tampoco quería engañarla, sino conseguir que confiara en mí.

Noté el titubeo de Rachel, que todavía permanecía con la mirada clavada en mí.

—Es uno de mis recuerdos más felices —contestó finalmente.

—¿De verdad? —pregunté totalmente descolocado. Una pregunta tonta, puesto que sabía que Rachel nunca mentía.

Decidí arriesgarme más y me lancé con la pregunta definitiva.

—¿Por qué es uno de tus recuerdos más felices?

Esta vez sí que apartó la mirada de mis ojos y la bajó hasta sus manos cruzadas delante de ella.

—Porque por fin estaba contigo —no había nada en el mundo que me hubiera hecho más feliz de lo que me hicieron esas cinco palabras.

Dejé escapar todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y abrí los ojos desmesuradamente, sorprendido, emocionado, feliz...

—Me quieres —dije maravillado.

—Te quería —respondió ella evasiva—. Te lo demostré entonces.

—¿Ahora ya no me quieres?

—Ahora todo es diferente —respondió con la mirada perdida en algún punto que iba más allá de mí.

—¿En qué sentido es diferente? Aún queda algo entre nosotros —le repliqué incapaz de pronunciar las palabras que me quemaban en la garganta.

—No es suficiente, no lo fue entonces y no lo es ahora. Deberíamos haberlo comprendido entonces, nos hubiera ahorrado mucho sufrimiento, al menos a mí.

—¿Crees que yo no sufrí?

—Tú me dejaste, es evidente que no lo hiciste —me contestó con tranquilidad.

—¡Te equivocas! —exclamé mientras me pasaba las manos por el cabello, exasperado por su actitud indiferente.

—En cualquier caso eso ya no importa Gabriel.

—¿Te estás rindiendo? —pregunté sintiendo que me faltaba el aire.

Negó suavemente con la cabeza, su mirada no era la que recordaba de otras veces, no era ni triste ni decepcionada. Estaba simplemente vacía, como si al pintar nuestro recuerdo hubiera descargado en él todo lo que éramos, todo lo que habíamos sido.

—Hace ya mucho tiempo que nos rendimos los dos —contestó con una sonrisa resignada.

No lo iba a permitir, no después de haber aceptado qué sentía por ella. Lo más difícil ya estaba hecho, ahora tenía que conseguir que ella también lo aceptara, que me permitiera demostrarle cuánto la necesitaba, cuanto la había añorado, que yo también había sufrido. A mi modo de ver era cierto, pero con el mismo dolor lacerante que la había embargado a ella.

Me planté en dos zancadas frente a ella y de un tirón la atraje a mis brazos. No le di tiempo a protestar o apartarse. Cubrí sus labios con los míos y la encerré en mi propio cuerpo, en una cárcel de carne y huesos.

Este beso no era como el que nos habíamos dado en Nueva York, con este beso no pretendía castigarla o someterla, ni siquiera demostrarle que por mucho que lo negara ella me pertenecía. Este beso era de entrega, era una

ofrenda, en él ponía en sus manos todo lo que yo era, mi pequeña parte de luz y la oscuridad de mi alma.

Cuando estuve seguro de que no se iba a escapar de mí, aflojé mi presa y pasé mis dedos por la mancha que todavía seguía en su mejilla. Con cuidado le deshice la coleta y enredé mis manos en su largo y sedoso cabello oscuro, Rachel me correspondió de la misma forma, enredando sus brazos en mi nuca.

Dejé de intentar dominar la situación y me dejé llevar por la necesidad que crecía en mí cada vez que olía su dulce perfume. En algún momento caímos de rodillas al suelo, todavía uno en brazos del otro.

Nos separamos con la respiración aceleradas, lo justo para hablarnos con la mirada. Esta vez no hubo palabras que nos separaran, solo nosotros dos, mis labios acariciando su garganta, su clavícula, su pecho... el olor de su piel embriagando mis sentidos.

—No puedes rendirte, me prometiste que nunca te perdería —susurré en el hueco tras su oreja.

No hubo respuesta. Y yo seguí disfrutando de sus caricias, de su cuerpo pegado al mío, del anhelo de sus labios, de su calor.

—No lo harás, nunca me perderás porque hace mucho tiempo que no me pertenezco —susurró finalmente.

Una sensación de calor, gratitud y amor se instaló en mi pecho con tanta fuerza que tuve que dejar de tocarla para recuperar el aliento. Cuando finalmente me recobré del impacto que habían tenido sus palabras sonreí feliz, seguí despertando su cuerpo con un delicioso reguero de besos, que cubrió su vientre y sus caderas, para terminar perdiéndome en ella una y otra vez.



Capítulo 27

Al abrir los ojos me encontré con la mirada fija de Gabriel sobre mí, lo peor de todo era que no sabía cuanto tiempo había estado haciéndolo.

Irremediablemente volvió a mi cabeza lo que había sucedido entre nosotros unas pocas horas antes. Mi cuerpo se anticipó a la parte amarga en la que siempre solían terminar nuestros encuentros y comencé a temblar.

—Buenas tardes, dormilona. ¿Tienes frío? —me saludó sonriente.

—Estoy bien —respondí mientras me tensaba a la espera de la tan acostumbrada burla, de su actitud jactanciosa o incluso cruel. Pero en esta ocasión no hubo nada de eso.

—¿Buenas tardes? ¿Qué hora es?

Desorientada incliné mi cabeza hacia la mesita de noche para saber la hora que era y el rato que había dormido. Eran las dos del mediodía, de ahí que estuviera tan hambrienta. Cuando me levanté esa misma mañana estaba tan concentrada en cambiar mi vida que me había olvidado completamente de desayunar.

Como si me hubiera leído la mente (algo imposible hasta para Mefisto), me preguntó si quería comer algo.

—Eso estaría bien, tengo bastante hambre —contesté tímidamente.

—Perfecto, bajemos a ver qué tienes en la nevera —propuso tranquilamente, como si despertarme a su lado fuera algo cotidiano y normal.

—Nada. No tengo nada en la nevera, ni en la despensa tampoco —

confesé algo incómoda.

—En ese caso voy a tener que ir de compras —dijo arrugando el ceño—. No te muevas de aquí.

—Pero no puedo pasarme el día vagueando en la cama —me quejé.

—En seguida vuelvo —me regañó y se inclinó sobre mí para darme un suave beso en los labios.

Mi corazón se disparó de sorpresa, de felicidad, o ambas cosas a la vez. Asustada por mi reacción evoqué el Kandinsky con todas mis fuerzas, pero la sensación era tan mareante y dulce a la vez que nada consiguió calmarme, sobre todo cuando se levantó de la cama y comenzó a vestirse frente a mí lenta y concienzudamente, plenamente consciente de mi escrutadora mirada sobre él.

Antes de abandonar la habitación me guiñó un ojo y yo entendí en el gesto la promesa de lo que estaba por venir. ¿Qué le había pasado a Gabriel durante estas dos semanas en las que no nos habíamos visto?

No conseguí normalizar los latidos de mi corazón hasta que escuché la puerta de casa cerrarse y me levanté para vestirme. Había prometido esperarle en el dormitorio, por lo que la ropa no entraba en el trato, sin embargo no me había adaptado lo suficiente a la nueva situación como para seguir a pies juntillas sus peticiones, sobre todo si eran tan descaradas como esta.

Cerré los ojos y dejé la puerta abierta a los recuerdos, deleitándome en cada sensación evocada, pero entonces sonó el timbre de casa, arrancándome de golpe de mi ensimismamiento.

Era asombroso que en tan solo cinco minutos Gabriel hubiera ido al supermercado, hubiese comprado y regresado, sin embargo siempre había sido asombroso. Lo era hasta cuando era cruel y mezquino.

—Sí que has sido rápido —le dije mientras abría la puerta.

Pero no era Gabriel quien estaba en el umbral mirándome.

Adrien arrugó la nariz asqueado.

—Hueles a él —me dijo visiblemente molesto.

—¿Qué haces aquí?

—¿Visitarte? —contestó alzando sarcástico una ceja.

—No es buena idea.

—¿No vas a dejarme pasar? Tu educación está empeorando, Céline —me

regañó condescendiente.

A regañadientes me aparté de la puerta para que entrara, era la peor idea del mundo que Adrien hubiera decidido venir a Armony. Si Oliver, Tristan o incluso Gabriel se topaban con él, el asunto se iba a poner muy tenso y peligroso para todos nosotros.

Mi inesperado visitante se quedó parado mirando la pared del fondo, la que había estado pintando esa misma mañana, supe por su expresión que había reconocido el lugar representado. Respiré tranquila cuando recordé que él no sabía nada de lo que había sucedido allí, al menos no que me había entregado a Mefisto. Él conocía que era el lugar elegido para encontrarnos el día que íbamos a fugarnos de Florencia y del convento en que querían encerrarme, pero sus conocimientos se limitaban a esa parte de la historia.

Adrien me miró fijamente y sentí un escalofrío que comenzó en mi nuca y barrió todo mi cuerpo como una descarga eléctrica.

—Yo también estaba allí, puede que no físicamente, pero tengo un vínculo con Mefisto y estaba lo suficientemente cerca como para usarlo. Sentí en mi carne todo lo que hubo entre los dos, no se trató solo de sexo...

Me quedé boquiabierta durante un segundo, lo que mi cerebro necesitó para asimilar la información que acababa de recibir.

—Yo también quiero tenerlo, volver a sentirlo y sé que tú eres la clave Céline. Te he deseado siempre y he sido más que paciente contigo.

—No estoy interesada —contesté todavía intentando asimilar lo que me había confesado.

—¿De verdad? ¿Tan pronto lo has olvidado? —no se me escapó la nota de incredulidad de su voz.

—No estoy interesada —repetí marcando cada sílaba.

Deseosa de olvidar aquella estúpida noche en que me dejé llevar por el dolor y la confusión.

—¿Es por él? —preguntó apretando los puños.

—Es por ti —respondí rápidamente temerosa que pudiera hacerle daño a Gabriel para tenerme.

—¿Qué tengo de malo? —esta vez su voz sonó divertida. Estaba seguro de sí mismo y mi negativa no iba a detenerle.

—Que no eres Gabriel. No me interesa nadie más.

Mis palabras hicieron que se cayera su máscara de seguridad. Alargó las manos y me tomó por los antebrazos, autoritario, cruel, me clavaba sus dedos con fuerza y plenamente consciente de que me estaba lastimando.

De un tirón me atrajo hacía su cuerpo, pero no dejó de apretar en ningún momento, sentí cómo la sangre dejaba de circular en mis extremidades y un cosquilleo incómodo se instalaba en mis dedos.

Se inclinó sobre mi rostro, tan cerca que nuestras narices se rozaban. Iba a besarme a la fuerza, iba a descargar su ira en ese beso que yo no quería aceptar... Pero entonces, Adrien se tensó y me soltó de golpe. Su cuerpo me impedía ver quién había tras él, no obstante, podía sentir la presencia de dos personas más en el salón, pero estaba tan alterada que no era capaz de distinguir nada.

—Tú y yo no hemos terminado —me susurró amenazante. Y sin añadir nada más se dio la vuelta para enfrentarse con mis salvadores.

—Buenas tardes, caballeros —saludó con una cortesía fría y artificial.

—Rachel, ¿estás bien? —me preguntó Gabriel acercándose a mi lado en dos zancadas.

—Por supuesto que está bien, ¿por quién me han tomado, caballeros? —preguntó Adrien clavando su mirada de acero sobre el brazo que Gabriel había pasado sobre mis hombros.

—Por un demonio vengativo y cruel. Ya eras una persona horrible, no es de extrañar que ahora seas peor —dijo Tristan sin vacilación y totalmente alerta de cada uno de sus movimientos.

A pesar de la semejanza en la postura y en los rasgos, los dos hermanos eran como el día y la noche. Los ojos negros de Tristan frente a los ojos grises de Adrien, cabello claro y cabello más oscuro, era como si la naturaleza se hubiese equivocado al crearlos. La luz de la belleza de Adrien contrastaba con la oscuridad del atractivo de Tristán.

—La próxima vez que nos veamos te demostraré lo vengativo y cruel que puedo ser, hermano —amenazó.

—La próxima vez que te cruces en mi camino o ataques a alguien que me importa, me olvidaré de que eres mi hermano y acabaré contigo. ¡Estás advertido!

Una risa oscura surgió del pecho de Tristan, profunda y visceral.

—Me encanta la idea, nos vemos pues. Céline, piensa en lo que hemos hablado —me dijo sin moverse de su posición frente a Tristan.

—No tengo nada en qué pensar, ya está todo dicho —contesté acercándome más a la protección de Gabriel.

Adrien giró rápidamente la cabeza para lanzarme una mirada que me dejó clavada en el suelo. Sentí que el brazo de Gabriel me apretaba más a su cuerpo.

—Mefisto, ¿quiere decir esto que estás contra mí? —dijo dirigiéndose por primera vez a su pupilo.

—No, maestro, quiere decir que estoy con ella —respondió Gabriel mirándole de frente y sin vacilación.

Un sonido de sorpresa escapó de mis labios y una sonrisa sardónica se instaló en los suyos.

—Adiós, caballeros. Señorita —dijo inclinándose teatralmente.

Ya estaba todo dicho, las cartas estaban sobre la mesa y, lamentablemente, yo era la única que podía pararlo todo. Si lo elegía a él, se apaciguaría y les dejaría en paz.

—Ni se te ocurra volver a pensar eso —me regañó Tristan—. Tú no entras en el trato, es algo entre mi hermano y yo, y me voy a encargar de solucionarlo. Vosotros ya tenéis bastante con solucionar lo que se os viene encima.

Sonreí agradecida y me dejé caer en los brazos de Gabriel, que instintivamente me devolvió el abrazo. Teníamos una conversación pendiente desde hacía mucho tiempo y ahora quizás había llegado el momento de tenerla.

Tristan me sonrió y se dio la vuelta para marcharse. Con ese gesto acababa de darme su bendición, ahora solo necesitaba la del resto del universo.



Capítulo 28

París, 6 de diciembre de 1846

La Damnation de Faust^[13] de Hector Berlioz, había congregado a prácticamente toda la sociedad parisina. Se trataba de una obra entre la ópera y la sinfonía coral basada en la obra de Goethe, y se iba a representar en París en versión de concierto.

Cuando me enteré, asumí que Oliver no faltaría a la cita. Oliver. Me resultaba extraño pensar en él como tal, aunque era su segundo nombre, llevaba casi una década usándolo y relegando Fausto al olvido.

Pasaban los minutos y no había rastro de Oliver, ni de Mefisto, por lo que me dispuse a colocarme lo más cerca a la puerta principal para controlar el acceso y saber en qué momento exacto entraban.

—¡Vaya, qué sorpresa! —susurró una voz aterciopelada cerca de mi oído.

Me di la vuelta para toparme con la mirada de acero de Adrien y su sonrisa perfecta.

—Hola, Adrien —le saludé sin apartar la mirada de mi objetivo: la puerta de acceso a la sala de concierto.

—No van a venir —dijo adivinando mi interés.

Me di la vuelta para mirarle, sorprendida por la seguridad de su voz.

—Sería estúpido que lo hicieran —volvió a comentar.

—Oliver jamás se perdería la primera representación —dije yo

convencida.

—Lo hará, no vendrá. Según he escuchado, el Fausto de Berlioz ofrece su alma para salvar a su amada. No creo que Fausto quiera asistir —su mirada destilaba un brillo malicioso.

—¿Por qué dices eso? —pregunté ansiosa para que me confiara sus pensamientos.

—Porque es la verdad, él no pudo salvar a su hermana. Estoy seguro de que huirá de esta representación, siempre. No creo que sea capaz de escucharla nunca.

Me quedé en silencio de pie frente a él, consciente de lo acertadas que eran sus suposiciones. Oliver se sentía culpable, más allá de lo extraordinario, por la muerte de su hermana Isabella, tanto que había renunciado a todo lo que había amado por ello. El único consuelo que tenía era la música y en estos instantes ella también le daba la espalda y se burlaba de su dolor. Era imposible que vinieran a escucharla, si lo hacía, los recuerdos que tanto se esforzaba en borrar, volverían a atormentarlo.

—¿Por qué estás aquí entonces? —pregunté tímidamente, adivinando su respuesta.

—Quería verte y sabía que vendrías. Eres demasiado inocente para pararte a pensar en los fantasmas de la gente.

—No soy tan inocente —protesté.

—Que no lo fueras sería estupendo para mí, puesto que me resultaría más fácil tentarte. Lamentablemente lo eres, ma chérie.

—No quiero que me tientes, Adrien.

—De momento estás a salvo de eso. Ven, vamos a sentarnos, el concierto está a punto de comenzar y a nosotros no nos persiguen los remordimientos —dijo cogiéndome delicadamente la mano y posándola sobre su brazo.

Me sacó por la misma puerta por la que había entrado y me hizo subir por una de las dos escaleras laterales que llevaban a los palcos.

El palco al que Adrien me condujo era elegante y estaba vacío. Con la cabeza me indicó que me sentara en una de las cómodas sillas doradas y rojas, y se sentó a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas se tocaban.

El concierto comenzó y yo me dejé llevar por la melancolía y la tristeza. Había ido allí con la esperanza de ver a Mefisto y no había aparecido, si bien

era lógico que Oliver no hubiese asistido, no lo era que Mefistófeles no estuviera aquí. Sabía que yo asistiría para verles, y aun así él no había venido.

Sentí los dedos de Adrien recorrer mis mejillas y enjugar las lágrimas, que no era consciente de estar derramando.

—Céline, ma chère fille^[14] —dijo con voz susurrante y sensual.

—Oh, Adrien —respondí arrojándome a sus fuertes brazos. El calor de su cuerpo calmó mi ansiedad y mi tristeza. Era extraño estar tan cerca de él, nuestra relación siempre había sido extraña, sobre todo en dos seres tan distintos como nosotros. En algunos momentos me sentía más unida a él que a nadie que hubiera conocido jamás, los otros instantes solo quería alejarme de él a toda prisa.

Pero Adrien era la única persona en la que, a pesar de sí mismo, podía confiar. Siempre iba de frente, nunca me había ocultado lo que era, lo que quería de mí o lo que era capaz de hacer.

Me separé de su pecho y alcé la vista para calibrar su reacción, me observaba fijamente. Con suavidad me pasó un mechón rebelde por detrás de la oreja.

—Voy a besarte, Céline. Necesito hacerlo —me dijo y su voz me hizo estremecer, sonaba diferente a la seguridad que mostraba siempre.

Me callé, me dije a mí misma que solo era un acto de piedad, que estaba necesitado de cariño y yo se lo podía ofrecer si le permitía que me besara pero me estaba mintiendo a mí misma, la que necesitaba cariño era yo, pero no de este chico.

Adrien hizo que me levantara y me llevó a las sombras de la entrada al palco. Probablemente quería evitar que nos vieran los ojos curiosos que nunca perdían detalle de cada uno de sus movimientos. Me empujó suavemente tras la cortina y posó sus labios con delicadeza sobre los míos. La sensación fue eléctrica, sorprendente.

Cuando me di cuenta, estaba profundizando yo misma el beso. Me separé cuando sentí que alguien nos estaba mirando a unos pasos de nosotros. Unos ojos pardos brillaban coléricos en la oscuridad, cuando volví a parpadear ya no había nadie. Podría haber creído que era una alucinación si no hubiese visto la sonrisa triunfal de Adrien.

—No puedo —dije empujando su cuerpo lejos del mío.

—Tranquila Céline, no pasará nada que no quieras que pase. Puedo esperar, tengo tiempo y soy una persona muy paciente.

A pesar de todo me quedé. No me di la vuelta ni le busqué. Por una vez, había sido yo la que había golpeado primero.



Me quedé parado en la puerta del palco, asombrado por lo que estaba viendo. Durante varios segundos fui incapaz de moverme o de apartar la mirada de ellos.

Me había equivocado otra vez, aunque en este caso el tonto fui yo por acudir a buscarla. Sabía que Céline asistiría al concierto esperando que nosotros lo hiciéramos, los conciertos, óperas y demás eventos relacionados con la música eran los mejores momentos para aprovechar el don de Fausto, solo con que él tarareara la música que estaba escuchando todo se ponía en marcha. Siempre que esto sucedía era de forma inconsciente, Fausto nunca haría nada para ayudarme por decisión propia, pero yo aprovechaba esos instantes en los que se dejaba llevar por su pasión para acceder a las almas de los que nos rodeaban.

Aunque en esa ocasión mi presencia solo se debiera a Céline... aunque esta vez el que salió herido fui yo, sin siquiera tener un breve momento de amor.



Capítulo 29

En silencio, Gabriel me arrastró hacia el sofá y se sentó conmigo mientras me arropaba con sus brazos. Me acomodé en su regazo y enredé mis brazos alrededor de su cuello. Atrás quedaron los sueños en los que imaginaba momentos como el que estábamos viviendo, la realidad, por fin, era mucho más dulce.

Poco a poco me fui adentrando en los recuerdos de lo que había sucedido unos momentos antes. Estaba preocupada por la posible reacción de Adrien a mi rechazo, a la confirmación de que estaba con Gabriel, y necesitaba analizar todas y cada una de las posibles respuestas de su maestro para estar preparada. Sabía que era capaz de matar con absoluta sangre fría, lo había visto en sus recuerdos, como también sabía las razones que le habían empujado a ello: evitar que Mefisto y yo pudiéramos estar juntos. ¿De qué no sería capaz ahora para evitar de nuevo nuestra unión?

Su visita había demostrado una vez más la obsesión enfermiza que sentía por mí, y justo ahora me resultaba más difícil entender la razón. Que Adrien hubiese sido testigo, de algún modo lejano, de lo que había sucedido entre Mefisto y yo, me confundía. Su inclinación por mí había sido anterior al encuentro entre Mefisto y yo en el laberinto de los Basani; no así su petición de matrimonio, que me la había hecho pocos días después. ¿Cuál había sido pues la causa de su protección y de su cariño? ¿Por qué me propuso la descabellada idea de deshonrarme si ya era consciente de mi relación con

Mefisto? Sabía que me había entregado a otra persona y aun así estaba interesado en mí...

—Puedo escuchar los engranajes de tu cerebro como los de un viejo reloj suizo —bromeó Gabriel—. ¿Estás bien?

—No, Adrien me confunde —respondí únicamente.

—¿En qué sentido? Después de lo que he visto al entrar está bastante claro qué quiere —comentó intentando aparentar una calma que no sentía.

—No comprendo por qué está interesado en mí.

Arqueó una ceja, entre la sorpresa y la diversión.

—Es evidente, eres maravillosa y además eres un ángel. Eres algo así como un billete a lo más alto.

—A eso me refiero. Él nunca ha intentado que yo me pasara a su lado de la línea, me ofreció matrimonio, y estoy segura que si hubiera aceptado, jamás me hubiera presionado para que renunciara al bien ni a mi naturaleza —expliqué intentando hacerle ver mis dudas.

—Quizás te equivoques al juzgarlo, a lo mejor sí que te lo hubiera pedido —conjeturó poco seguro de sus palabras.

—No, estoy segura de que hubiera respetado mi decisión. Siempre lo ha hecho. Se ha mantenido en las sombras sin presionarme, dejándome plena libertad, y al mismo tiempo ayudándome cuando lo he necesitado.

—Supongo que hemos obviado algo en nuestras conclusiones —comentó perdido en sus pensamientos.

—¿Cómo qué?

—Adrien también es capaz de amar, de una forma retorcida y cruel, pero es amor al fin y al cabo.

No pude rebatir esas palabras. Me arrebuje más en sus fuertes brazos y presioné mi nariz contra su cuello aspirando su aroma. Que Adrien estuviera realmente enamorado de mí lo volvía todo mucho más complicado.



Era una sensación asombrosa tener a Rachel tan cerca de mí. Podía escuchar su respiración e incluso sentir los latidos de su corazón contra mi

pecho, acelerados sin duda por nuestro contacto y por las conclusiones a las que acabábamos de llegar sobre las intenciones de Adrien.

Su inesperada visita la había puesto nerviosa, y con toda la razón. Adrien era demasiado imprevisible, y estaba demasiado cansado de ser paciente, tal y como había demostrado cuando había intentado besarla por la fuerza. Era peligroso y estaba motivado, lo que le convertía en un rival a tener muy en cuenta.

Aunque no habíamos tocado el tema de nuestro reciente reencuentro ya que no quería atosigarla delimitando nuestra nueva relación, tenía la esperanza de que se fuera abriendo poco a poco a mí y de que fuera consciente que esta vez no iba a dejarla, ni a lastimarla, y de alguna forma, acababa de dar un paso importante que me acercaba más a mi objetivo cuando había compartido conmigo sus temores y sus dudas sobre mi maestro. Unas dudas a mí también me atormentaban. Al final iba a tener que recurrir a Tristan para decidir la manera en la que íbamos a actuar. Una cosa estaba clara, Adrien no iba a apartarse sin más, no era su estilo.

Guardé las preocupaciones que me asaltaban y me concentré en la chica que tenía entre mis brazos, en aspirar su aroma, en disfrutar de la sensación de tenerla junto a mí, sin recriminaciones ni dolor.

Nuestra vida en común no había sido nada fácil, y reconocía que la culpa casi siempre había recaído en mí y en mi comportamiento veleidoso. Me había pasado toda mi existencia en una lucha constante entre hacer lo que quería o lo que me convenía (o al menos lo que yo pensaba que me resultaría beneficioso), y eso pasaba por Céline, siempre pasaba por ella.

Céline formaba parte de esa niñez que tantas penas había traído consigo y, de algún modo, lo que sentía por ella me hacía sentir vulnerable, algo que no podía permitirme bajo ningún concepto. Si me hubiese ido con ella, tal y como acordamos en Florencia, habríamos terminado por odiarnos. Yo no estaba preparado para aceptar que amar no te vuelve más débil sino más fuerte y ella no habría podido vivir feliz a mi lado, puesto que yo me hubiese sentido preso y habría arremetido contra ella sin medir las consecuencias.

Ahora las cosas eran diferentes, los dos habíamos madurado y, si bien yo seguía siendo la misma persona entre la luz y la sombra, lo que había entre nosotros había perdurado a través del tiempo a pesar de nosotros mismos y de

nuestra naturaleza.

Tardé demasiado en comprender que intentar huir de ella era como huir de mí mismo: una tarea imposible que solo conseguía hacerme más daño.

Cerré los ojos, y por primera vez me dejé llevar por ese momento de conexión en el que nos encontrábamos. Por una vez, no me sentía vulnerable ni me invadieron las ganas de escapar de Rachel.



Capítulo 30

Gabriel se había quedado profundamente dormido cuando salí de casa. No sabía hacia dónde ir cuando salí por la puerta, no tenía un destino en mente, simplemente pretendía poner un poco de distancia entre nosotros para poder pensar en lo que había pasado.

El momento de intimidad con Gabriel (y no estaba pensando en el sexo sino en nuestra conversación), el interés de Adrien, que había estado a punto de besarme a la fuerza, la desesperación de Oliver... todo lo sucedido desde que volví a poner un pie en Armony, me tenía confundida y preocupada.

Finalmente y sin que yo tomase conscientemente la decisión, mis pies me llevaron hasta el instituto de la ciudad. Mis días en él era de los mejores momentos que lograba recordar: mis compañeros de arte, las clases... Realmente lo había echado de menos.

Al acercarme hasta allí vi cómo los alumnos salían por las puertas abiertas del centro y se dirigían a sus coches, o simplemente se alejaban paseando en grupos, por lo que decidí que era el momento perfecto para volver a entrar y pasear por sus vacíos pasillos y quizás con un poco de suerte pudiera encontrarme con alguno de mis antiguos compañeros de clase y charlar sobre las últimas técnicas de pintura que habían estado estudiando.

Comencé a caminar contracorriente, mientras los alumnos salían a toda prisa por escapar de allí yo entraba por la misma puerta con una gran sonrisa en los labios y la esperanza de salir con algún nuevo conocimiento en el

bolsillo.

A diferencia de lo que le sucedía a la gran mayoría de jóvenes, sentí cómo me relajaba en cuanto pisé el pasillo del instituto. La razón era muy simple: allí sabía exactamente quién era yo, qué podía esperar del día y qué debía hacer en cada momento.

—¡Rachel! —me llamó una voz conocida.

Me di la vuelta y me topé con la mirada escrutadora de Danielle, paseé la mirada de ella hacia atrás esperando encontrarme con un Oliver rezagado cargado de libros, pero solo estaba ella y el chico rubio con el que iba siempre antes de comenzar a salir con Oliver. Samuel, leí en su mente que se llamaba.

—Hola —saludé incómoda por encontrarla.

Mi momento de agradable soledad se había visto interrumpido por su presencia, Danielle era abiertamente hostil conmigo y, aunque intentaba comprender su actitud, no conseguía relacionarme con ella con normalidad, lo que provocaba malestar en las dos y complicaba el hecho de relacionarnos.

—Samuel, me quedo con Rachel. ¿Te veo después? —preguntó al chico rubio.

—No, esta tarde he quedado con Anna para tomar un café —confesó al tiempo que enrojecía visiblemente.

—¡Eso es genial!

Aparté la mirada, y disimuladamente di un paso atrás para dejarles intimidad, Danielle le dedicó una enorme sonrisa y le dio varios consejos en voz baja, pero no lo suficiente para que yo no la oyera.

Una vez que nos quedamos solas se puso a mi lado y comenzamos a andar. No preguntó a dónde iba ni qué hacía allí, únicamente caminó a mi lado en silencio hasta que tras varios minutos sin hablar, en los que yo inspeccionaba la clase de pintura y los nuevos lienzos colgados, Danielle me explicó que Oliver no se había sentido con fuerzas para venir a clase. Me abstuve de preguntarle por qué. Seguí en silencio, temerosa de molestarla y comenzar una pelea con ella que no tenía ganas de tener.

Quince minutos después salíamos por la puerta del instituto. No había conseguido la soledad que andaba buscando y tampoco había descubierto la nueva técnica que estaban utilizando actualmente los alumnos de arte, pero al

menos sí que había disfrutado de la tranquilidad y la distancia.

A fin de cuentas, el ratito con Danielle no había sido tan malo como había previsto en un primer momento, de hecho estaba segura de que si ella dejaba de lado todos los prejuicios que sentía por mí, podríamos llegar a ser amigas. No es que estuviera muy puesta en esos temas, ya que jamás había contado con una amistad que no fuera la de Tristan o la de Gabriel cuando éramos niños.

Seguía pensando en la amistad cuando, en ese momento, Danielle se apartó el cabello dejando al descubierto el tatuaje de sus alas de ángel.

—Te queda bien —le dije señalándolo. Era una buena manera de romper el hielo, pero no constituiría por sí misma una conversación muy larga.

—¡Gracias! La verdad es que me gusta mucho, y no solo por lo que representa —contestó con timidez.

Volvimos a quedar en silencio, pero entonces recordé que en uno de nuestros primeros encuentros me había planteado diversas dudas sobre mi naturaleza, pensé que quizás hablarle de ello era una buena forma de atravesar la distancia que había entre nosotras.

Me lancé con la esperanza de que aún estuviera interesada en conocer mis secretos.

—Una vez te preguntaste si yo siempre había sido lo que soy —le dije tímidamente—. Hoy estoy dispuesta a contártelo todo, si aún quieres escuchar la historia.

—¿Por qué no iba a querer hacerlo? —respondió mirándome fijamente.

—Sé que no te caigo bien.

Ante mis palabras tan directas se mantuvo unos segundos en silencio.

—No se trata de que me caigas bien o mal, se trata de tu actitud. Siempre has desconfiado de Oliver, has vivido a la espera de que cometiera un error, que apoyara a Gabriel... Tengo la sensación que no confías en nadie —contó con firmeza.

—¿Me guardas rencor por algo que no tiene que ver contigo? —pregunté sorprendida.

—Oliver tiene todo que ver conmigo y tampoco se trata de rencor.

—Entonces, ¿qué es?

—Me pareces una persona tan triste, y yo he tenido suficientes tristezas

en mi vida... En cierto modo, sé que tú no tienes la culpa de ser así, pero eres demasiado distante, demasiado fría.

—No soy fría, solo lo parezco. Me he esforzado siempre en ocultar mis sentimientos.

—¿Por qué?

—Es más fácil sobrevivir en mi mundo de esta manera.

—Bueno, ahora que estás en el mío quizás deberías plantearte cambiarlo, tu actitud hace que me sienta incómoda cuando estás cerca, como si me estuvieras diseccionando con una lupa a la espera de que cometa un error.

—No eres como imaginaba —confesé trastocada por sus palabras.

—Tampoco tú eres lo que yo esperaba de un ángel. No es una crítica, solo constato un hecho —dijo sonriéndome por primera vez desde que me acerqué a ella aquella noche en el lavabo del cine.

—No, supongo que no —le respondí también a la sonrisa

—Deberías seguir mi consejo —me dijo amablemente.

—Lo haré, en cierto modo tienes razón, siempre he sido una solitaria. Supongo que me he acostumbrado a callar lo que pienso, y por eso no sé ser tan sociable como tú.

Tras mi confesión me quedé allí plantada frente a ella, cada una absorta en nuestros propios pensamientos y comprendí en esa corta conversación mucho más de lo que cabía esperar.

Danielle se quedó a mi lado, tan silenciosa y pensativa como yo, me había hecho recordar la persona que había sido antes, que todavía habitaba en mí debajo de todas esas capas de miedo y dolor tras las que me ocultaba. La misma chica que había despertado esa misma tarde en los brazos de Gabriel.

—Bueno, ¿vas a contarme sobre ti? —me preguntó esta vez con una voz más cálida y amistosa.

Le sonreí, ni siquiera tuve que pensar en ello para hacerlo, simplemente surgió. Al darme cuenta, mi tímida sonrisa se amplió dando paso a una más relajada e incluso, ¿feliz?

—Cuando nací ya estaba destinada a ser lo que soy ahora, al igual que Él, yo nací humana, pero a partir de los once años comencé a desarrollar mis poderes y a los diecisiete ya los había completado.

—¿Cómo supiste lo que eras? —me fijé en el brillo interesado de sus

ojos, estaba ávida de información.

—Siempre lo supe. Del mismo modo siempre he tenido a Tristan a mi lado para guiarme.

—¿Tristan es tu maestro? No parece mucho mayor que tú —comentó con un matiz de interés en su voz.

—Tristan era mi tutor, por decirlo de alguna manera, para que lo entiendas. Se encargó siempre de guiarme hasta que yo pude hacerlo por mí misma. En cuanto a su edad, te sorprendería saber los años que tiene, se conserva muy bien para su edad —dije bromeando por primera vez con ella.

Sonrió ante mi pésima broma, parecía que la tensión entre nosotras se iba disipando poco a poco.

—¿También vivía con vosotros en Florencia?

—No, Tristan nunca vivió con nosotros —dije sin dar más explicaciones. Por su cara de asombro deduje que la había pillado al vuelo.

—¡Ah, entiendo! ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, pregunta, ya sabes que siempre te diré la verdad —respondí guiñándole un ojo.

—¿Por qué todos son tan guapos? Ya sabes: Oliver, Gabriel, Tristan...

Me quedé parada, pasmada por su pregunta, era cierto que todos eran muy atractivos, pero que yo supiera no había ninguna razón más que el azar y unos buenos genes para ello.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté finalmente.

Danielle se echó a reír divertida.

—No, solo bromeaba contigo, pero no me vas a negar que es cierto, son todos guapísimos.

—No, no lo haré —contesté maravillada por la facilidad con la que habíamos dejado atrás muestras tiranteces— y sí, todos son guapísimos. Espero que no tengas que conocerle, pero Adrien es aún más guapo.

—En ese caso, quiero verle —confesó riendo.

—Te aseguro que no valdrá la pena. Adrien solo es guapo por fuera —dije por primera vez, consciente de la verdad que encerraban mis palabras.



Capítulo 31

Danielle sacó el móvil del bolso cuando la canción «Moves like Jagger»^[15] de Maroon 5 y Christina Aguilera comenzó a sonar a todo volumen.

—Es el tono de llamada de Oliver —me confesó riendo, con la cara colorada por la vergüenza.

¡Muy oportuno! pensé mientras me apartaba un poco para dejarle espacio. La conversación fue muy breve por lo que, apenas un minuto después, Danielle estaba a mi lado contándome las nuevas noticias. Teníamos que ir a mi casa, donde Tristan, Gabriel y Oliver nos estaban esperando para hablar de lo que había sucedido con la visita de Adrien.

Era una suerte que el destino hubiera puesto a Danielle en mi camino. De no haber sido así, no sé cuánto tiempo hubieran tenido que estar esperando a que yo llegara a la inesperada cita, ya que no había forma humana de dar conmigo. Yo no tenía móvil; de hecho, si lo hubiese tenido tampoco creo que le hubiera encontrado utilidad, puesto que no conocía a nadie con quien usarlo. La única persona con la que hablaba con asiduidad era Tristan, y él no necesitaba ningún chisme tecnológico para localizarme.

Aunque tampoco hubiese podido localizarme en esos momentos ya que me había estado esforzando por disfrutar de un poco de soledad real, razón por la que había bloqueado toda conexión con cualquiera que tuviese dotes telepáticas capaces de encontrarme.

Parpadeé varias veces antes de quedar convencida de lo que estaba viendo. En el salón de casa estaban Oliver, Tristan y Gabriel sentados en el sofá y hablando animadamente entre ellos. Extraño, sí, pero no era eso lo que me había sorprendido, sino la pulcritud que reinaba allí, no había pinceles ni periódicos pringados de pintura, ni polvo... La habitación estaba impecable. Miré a Gabriel pidiendo explicaciones con la mirada, sin embargo no me dio ninguna, se limitó a guiñarme un ojo y a sonreír.

—Hola, pequeña —saludó Gabriel a Danielle, pero a pesar del buen humor con que la recibió, me di cuenta que estaba intranquilo por algo. Tenía el ceño levemente fruncido por la preocupación.

Me quedé junto a ellos observando lo que hacía tiempo que había descubierto, que inexplicablemente se caían bien.

—Hola, Gabriel, me alegro de verte —contestó ella sonriendo con sinceridad.

—Pues creo que eres la única.

—Siempre me ha gustado ser diferente —bromeó Danielle con los ojos brillantes de risa.

—Eres realmente fantástica, no sé qué narices haces con un tipo tan aburrido como Oliver —pinchó.

—Oliver no es aburrido —le defendió fingiendo indignación.

—Pequeña, he vivido a su lado mucho más tiempo que tú. Créeme: lo es, ya lo descubrirás —Gabriel hablaba con el semblante serio, pero la risa brillaba en sus ojos pardos.

—Bueno, a veces un poco, pero no se lo digáis —dijo mirando a su novio, que conversaba tranquilamente con Tristan.

Los tres nos reímos quitando tensión al momento, desde que había regresado a Armony y le había contado a Oliver las verdaderas causas sobre la muerte de Isabella, ninguno de nosotros había tenido muchos motivos para hacerlo.

El tema que había propiciado la reunión era peliagudo para todos. Tristan se había presentado en casa con una única finalidad: avisarnos, o más bien exigirnos, que nos mantuviéramos alejados de su hermano. El problema era que ninguno de nosotros sabía cuál iba a ser el próximo paso de Adrien, aunque todos sospechaban que, fuera cuál fuera, su movimiento iba a estar

relacionado directamente conmigo.

Así que, casi sin darme cuenta, se decidió que iba a necesitar un guardaespaldas pendiente de cada uno de mis movimientos hasta que Tristan se ocupara de su hermano.

No me gustó cómo sonaba eso de ocuparse, pero sabía que era algo que íbamos a tener que hacer, sobre todo estando en Armony y tan dispuesto a salirse con la suya.

No me pilló desprevenida que Gabriel se ofreciera a quedarse conmigo en casa, lo que me descolocó fue que nadie pusiera ninguna objeción y que, de repente, vernos juntos no supusiera ningún shock para nadie más que para nosotros mismos.

Quedaron de ese modo establecidos ciertos turnos para tenerme vigilada. No tenía muy claro que Danielle pudiera hacer algo si Adrien se presentaba ante nosotras durante su turno, pero ella alegó que podía llamar para alertar a Gabriel o a Fausto, incluso noquearle con alguna de las llaves que había aprendido en las clases de defensa personal a las que Oliver le había obligado a apuntarse. Finalmente, tras una mirada exasperada de su novio, decidió que lo que mejor se le daba era alertar o gritar. Quedaban fuera los enfrentamientos directos con un demonio de más de setecientos años.

Gabriel no se opuso a lo de los turnos, no obstante, supe, por la mirada que me echó, que no tenía pensado separarse de mí, por muchos guardaespaldas que me pusieran.

Oliver por su parte centró toda su ira en mantenerme alejada de Adrien, se pasó la tarde haciendo gráficos para delimitar los horarios de los turnos de vigilancia.

Lo gracioso, o deprimente, según se mirara, era que pensarán que yo, un ángel principado, mensajero de Dios y encargado de dirigir a las legiones del cielo en su eterna batalla contra los hijos de las tinieblas, y antiguamente arcángel, no supiera defenderse sola. Sin embargo me callé, sintiéndome por una vez arropada y protegida.



Capítulo 32

Poco a poco fueron marchándose y nuevamente me encontré a solas con Gabriel. Su mirada era tan intensa que hacía que me costara ordenar mis pensamientos, de modo que opté por lo fácil y bromeé con él sobre sus dotes de ama de casa.

—Eres una cajita de sorpresas, ahora resulta que sabes limpiar —le dije intentando romper el incómodo silencio.

—Lo aprendí con las monjas, supongo que es algo que no he olvidado desde entonces —comentó encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por ser tan desastre? —comentó intentando quitarle importancia al hecho que hubiese sacado a relucir un tema tan doloroso como era su infancia.

Le miré fingiendo enfado ante su alusión a mi incapacidad de mantener mi casa en orden. Aunque fuera cierto, no estaba dispuesta a permitir que lo pensara, puede que pareciera que mi casa era un caos, pero por increíble que pudiera parecer, yo siempre encontraba lo que buscaba sin mucho esfuerzo. Al comienzo de mi vida fuera de Florencia había echado de menos a mi doncella Juliette, me resultaba muy complicado peinarme sola, o incluso vestirme, y por muchas chicas que tomara nunca me duraban más de unos pocos meses, puesto que no parábamos de viajar de un lado a otro. Al final tuve que acostumbrarme a hacerlo todo por mí misma, de ahí que fuera un

poco desastre con ciertas tareas, nadie se había molestado nunca en enseñarme.

—Por traerte recuerdos desagradables —confesé volviendo a centrarme en nuestra conversación.

—No hay ningún recuerdo relacionado contigo que sea malo —me dijo sin separar sus felinos ojos de los míos.

Supe que ese era el mejor momento para iniciar la charla que teníamos pendiente desde el año 1535. Estaba nerviosa y al mismo tiempo ilusionada. Las cartas por fin estaban sobre la mesa.



Había llegado el momento de acercar posiciones, los dos lo sabíamos, y yo no podía esperar más. Había esperado demasiado tiempo y la impaciencia me carcomía.

Horas antes, cuando me desperté en el sofá solo, me entró el pánico. Varias opciones, igual de alarmistas, rondaban por mi cabeza: que Adrien se la había llevado o que ella había huido de mí. Cuando mi mente terminó de despabilarse comprendí que lo que había buscado era un poco de espacio para pensar en las últimas veinticuatro horas. Por eso había decidido aprovechar mi tiempo libre de un modo productivo y había buscado a Tristan para que me pusiera al día sobre sus planes acerca de su hermano. No me resultó difícil localizarle, solo tuve que llamar a Oliver para encontrarle, tal y como había supuesto, mi antiguo compañero de fatigas le había buscado para ofrecerle sus servicios. Inesperadamente, ninguno de los dos puso objeciones a reunirse conmigo, ni a ponerme al día sobre sus planes.

La única parte negativa del encuentro era la atroz historia que había escuchado horrorizado de boca de Tristan y que hacía que mi corazón latiera asustado al pensar que Céline estuviera en la misma ciudad que mi antiguo maestro.

Céline ya había tenido su espacio para decidir cómo pretendía que siguiera nuestra relación, yo necesitaba aclarar de una vez por todas que estábamos juntos en esto hasta el final, que no pensaba abandonarla nunca

más.

—Rachel, tenemos que hablar.

—Llámame Céline —me pidió tímidamente.

Una sonrisa de absoluta felicidad se instaló en mis labios, con ese pequeño comentario había dicho más de lo que podía hacerlo con una larga charla.

—Te quiero —le dije riendo.

—Lo sé.

Sentí que las palabras se quedarían cortas para expresar todo lo que estaba sintiendo, no había manera de poder explicar toda esa felicidad.

Céline pensó lo mismo, porque en un instante se arrojó a mis brazos y me besó con dulzura, pasión y entrega.



Capítulo 33

Eran las ocho y media de la mañana cuando llamaron a la puerta insistentemente. Durante quince segundos estuve tentada a darme la vuelta y seguir durmiendo, pero sabía que Danielle no se daría por vencida. Según la tabla que había confeccionado Oliver le tocaba a ella pasar la mañana conmigo, así que puntualmente estaba aquí para ejercer su misión.

—Será mejor que le abras, no va a cansarse —me dijo Gabriel dándose la vuelta para seguir durmiendo.

—No necesito que sea mi niñera —me quejé levantándome de la cama y poniéndome la ropa.

—No, pero no te vendría mal una amiga —contestó mirándome expectante.

—Tienes razón —concedí más ilusionada. La idea de una niñera me desagradaba profundamente, en cambio la de una amiga me hacía sonreír como una tonta.

Una vez vestida, con unos vaqueros ceñidos y un jersey grueso de lana amarillo pálido, me encaminé a abrir la puerta a mi nueva amiga.

Danielle estaba a punto de fundirme el timbre cuando le abrí. Estaba acompañada por su amigo de siempre, el chico rubio, Samuel. Ni siquiera me permitió saludarla, me ordenó, misteriosa, que cogiera mis cosas y nos dirigiéramos al coche de Samuel, un mini blanco y rojo, deduje que era de su madre. No quise comprobar la veracidad de mis suposiciones entrando en su

mente, si íbamos a ser amigos tendría que comenzar por darles cierta intimidad, y al mismo tiempo practicar con la confianza.

Conforme el coche avanzaba me di cuenta sorprendida, que nos dirigíamos al instituto de Armony. No pude aguantar mucho tiempo sin preguntar.

—¿Dónde vamos? —pregunté incapaz de dejarme llevar.

—Es una sorpresa —contestó Danielle con los ojos brillantes y una sonrisa ilusionada en su rostro. Vi como le guiñaba un ojo a Samuel, que reía divertido por mi impaciencia.

—¿Qué tipo de sorpresa? —no recordaba haber recibido nunca ninguna, así que la perspectiva de hacerlo ahora me asustaba y me emocionaba a partes iguales.

—Una que te gustará.

Decidí aceptar sus palabras y me mantuve a la espera de mi sorpresa. En diez minutos aparcamos en el parking del instituto. Me alegré de no vestir de negro, con mis nuevas ropas me sentía acorde con Samuel y Danielle, como si yo perteneciera también a su grupo. Me sentí aceptada.

Nos adentramos en los pasillos mientras Samuel nos contaba sobre su cita con Anna, una chica pelirroja preciosa con la que nos cruzamos camino de donde quisiera que fuéramos. Samuel se quedó rezagado hablando con ella, era más que evidente, por su rostro, que estaba completamente colgado de la bonita chica.

Finalmente Danielle y yo nos paramos frente a una puerta en la segunda planta.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté incapaz de seguir callada.

—Bueno, pensé que el instituto era el mejor lugar para pasar mi vigilancia. Aquí siempre hay demasiada gente, Adrien no se atreverá a intentar nada con tantos testigos —me pareció una deducción inteligente, pero mi pregunta iba por otros caminos.

—Me refería a qué hacemos frente a esta puerta.

—¡Ah! Esta es tu sorpresa —dijo al tiempo que abría la puerta.

En el aula había varios alumnos que reconocí inmediatamente y Peter More, el que había sido mi profesor de pintura favorito. Al entrar me olvidé de Adrien, de Isabella y de todas las penas que nos asolaban minutos antes.

Sonreí agradecida a Danielle y a Samuel, que había vuelto con nosotras tras su conversación con Anna, y me dediqué a reencontrarme con antiguos compañeros. Cuando terminé de abrazar y saludar a todo el mundo, comprendí el porqué de que Danielle me hubiese traído hasta el aula, mis compañeros estaban practicando nuevas técnicas de pintura: veladuras, impasto, frotado... Me pregunté cómo había sabido que me iba a interesar el tema, pero yo misma me respondí. Era el deber de una buena amiga anticiparse a los deseos de su compañera.

Cuando regresé a casa, cuatro horas después, estaba realmente convencida que regresar a Armony era la mejor decisión que había tomado en toda mi existencia.



Me costó más de lo imaginado permitir que Céline se marchara con Danielle y quedarme en casa esperándola. Si bien ya sabía cuál era la idea de Danielle y también que iban a estar en todo momento rodeadas de gente, la inquietud de tenerla lejos me tenía mortificado.

Vagueé en la cama hasta que finalmente decidí que el movimiento haría que la espera no se hiciera tan larga.

Me preparé el desayuno, casi mecánicamente, mientras le daba más y más vueltas a la historia que me había contado Tristan sobre su hermano.

Con la mente dispersa en funestas visiones me acerqué hasta el iPod de Céline, que estaba conectado a dos pequeños altavoces situados a ambos lados del mueble del salón, le di a encender y una conocida melodía invadió mi mente borrando de golpe todo aquello que segundos antes me había atormentado. «Stairway to heaven»^[16], le dio la bienvenida a mis recuerdos.

Londres, 8 de noviembre de 1971

Oliver y yo habíamos regresado nuevamente a Londres, esta vez dispuestos a hacernos con el nuevo disco de la banda de rock más grande que

hubiera existido nunca. Esa misma mañana se ponía a la venta el nuevo trabajo de Led Zeppelin. Debido a las malas críticas que había recibido el Led Zeppelin III, ni siquiera le habían puesto título al álbum, lo que hacía que estuviera más que interesado en hacerme con él cuanto antes.

En la pequeña tienda de discos en la que nos encontrábamos, sonaba una y otra vez la misma canción del disco Led Zeppelin IV, «Stairway to heaven».

Me molestó profundamente ser consciente de que la letra me recordaba a una persona a la que pretendía olvidar, pero ni siquiera eso conseguía que la canción me gustara menos.

Decidí que lo mejor para olvidarme de mi malestar era dedicarme a molestar a Oliver, así que cumplí con el cometido que me había autoasignado en la vida.

—Parece que tu gusto musical mejora con los años —le dije a Oliver, contento de no volver a escuchar una ópera en mucho tiempo.

—Tú, en cambio, pareces no tener de eso —me respondió irritado.

—Puedo asegurarte que reservo mis delicados gustos para temas más excitantes que la música.

La rubia que había tras el mostrador me sonrió interesada. Estaba a punto de acercarme a ella cuando las campanas que anunciaban la entrada de un nuevo cliente sonaron. Instintivamente me giré para toparme con los mismos ojos azules, casi transparentes, que me perseguían en sueños. No nos habíamos visto en meses y ahora regresaba a buscarnos, consciente de que Oliver podría cometer un desliz involuntario y permitirme acercarme así al alma de las inocentes personas que se encontraban en la tienda.

Lamenté que tuviera tan buen ojo para pillarme in fraganti y decidí vengarme de la mejor forma que sabía. Sin apartar la mirada de Céline, me acerqué a la rubia y le sonreí desplegando mi mejor cara.

—¿A qué hora sales de trabajar, preciosidad? —pregunté consciente de que si me daba una respuesta era que estaba interesada.

La rubia miró su reloj de pulsera con gestos que pretendían ser sensuales, pero que me parecieron estudiados y poco naturales.

—Dentro de dos horas. ¿Vas a invitarme a una copa?

—Dalo por hecho, preciosa. En un par de horas te paso a buscar.

Céline se acercó a nosotros sonriendo como si no le importara mi provocación, y me encontré conjeturando si realmente le era indiferente.

—Mala idea —le dijo a la rubia.

Error, pensé exultante. Sí que le importaba, por mucho que fingiera.

La muchacha me miró interrogante ante la actitud de su nueva cliente.

—No le hagas caso, preciosa. Solo está celosa, es una antigua amiga — dije remarcando amiga, como para darle a entender que nunca había sido nada más que eso.

Céline no dijo nada, intercambió una mirada cargada de significado con Oliver y se adentró en la pequeña tienda, mientras, «Stairway to heaven» daba vueltas y más vueltas en el tocadiscos de la tiendecita.

Dos horas después, había dejado a Oliver escuchando Led Zeppelin IV y yo había regresado a por la rubia con la absoluta certeza que una morena preciosa no se iba a perder mi visita a la tienda.

No me defraudó. Céline estaba entre las sombras a la espera de que yo dejara pasar mi oportunidad con la chica. Una esperanza vana, sobre todo porque yo era consciente de mi público, y además tenía una deuda pendiente con ella desde el año 1825. Y yo siempre cobraba mis deudas.

Tras un repaso exhaustivo al iPod de Céline comprendí que ella también había guardado cada instante que habíamos compartido, tanto los buenos como los malos.

Cuando horas después regresó a casa, sentí el impulso de pedirle disculpas por cada uno de los malos momentos que le había hecho pasar, pero terminé por dejarlo correr. Ahora que estábamos bien no quería que ningún mal recuerdo pudiera enturbiar nuestra felicidad.



Capítulo 34

Después de pasar la mañana con Danielle tenía ganas de disfrutar un poco de la compañía de Gabriel y quizás de hacer algo normal como ver la televisión o leer un libro. De hecho, tenía una larga lista que había confeccionado esa misma mañana hablando con Danielle de libros que era imposible no leer.

Nunca había sido una gran lectora. A parte de los libros dedicados al arte y a sus técnicas, nunca me había interesado por nada más, sin embargo, al ver el entusiasmo con el que Danielle hablaba, me planteé que quizás me había estado perdiendo una parte importante de la diversión de vivir: leer un buen libro.

En esas lides me encontraba cuando, por segunda vez en el día, volvieron a llamar insistentemente a la puerta. Escuché a Gabriel reír a carcajadas desde la cocina y tuve que reprimir las mías propias cuando comprendí que era Oliver, con su tabla de horarios, quien estaba tras la puerta. Estuve tentada a hacer oídos sordos pero Oliver me caía bien y, sobre todo, tenía buenas intenciones.

—¿Vienes solo? —pregunté.

—Sí, Danielle comía hoy con su padre. Además, es mi turno —dijo al tiempo que sacaba su libreta del bolsillo.

No me reí, a pesar de lo cómico que se veía con aquella libretita en la mano, no lo hice. Sabía que para él cuidar de mí era una especie de terapia,

me estaba protegiendo porque no había podido hacerlo con Isabella.

—Gabriel está en la cocina y yo tengo hambre, ¿te quedas a comer?

—Por supuesto —dijo señalando la libreta.

—Por supuesto —concedí divertida.

—De hecho, voy a hacerlos unos spaghetti a lo Basani que os van a encantar —antes de poder replicar ya estaba en la cocina con el delantal puesto.

Gabriel y él se compenetraban sin hablar, los años que habían pasado juntos se notaban en cada uno de sus movimientos. Mientras uno hervía la pasta el otro picaba la cebolla y freía el tomate, todo ello sin cruzar una sola palabra, no porque evitaran el contacto sino porque no lo necesitaban. Parecían entenderse sin palabras.

Disfruté la comida de un modo especial, y no solo porque los spaghetti a lo Basani estuvieran deliciosos, sino porque la conversación fue amena, y porque al fin estábamos los tres juntos sin ningún ataque verbal de por medio.

Intenté indagar sobre el por qué de tanta obsesión con mi seguridad. Estaba segura que había algo detrás que no me querían contar.

—Se me hace extraño estar así con vosotros —comenté mientras tomábamos el café. Una costumbre mediterránea que no habíamos olvidado ninguno de los tres.

—Supongo que era inevitable —comentó Oliver.

—¿El qué?

—Que nos hiciéramos amigos —se encogió de hombros—. Al fin y al cabo me he pasado toda mi vida con vosotros. Dicen que el tiempo lo cura todo, y esto es una prueba de que es cierto. Noté que Gabriel permanecía callado, con la mirada clavada en su taza. Su expresión era indescifrable, pero se notaba la tensión en la fuerza con la que apretaba la cucharilla. Decidí presionarlo, si se mantenía distante conmigo nunca llegaríamos a tener una verdadera relación, la confianza era primordial.

—¿Creéis que hubiésemos sido felices en Florencia?

—No, creo que de alguna manera necesitábamos movernos y crecer, aunque nada de lo que pasó hubiese sucedido. La necesidad de conocer mundo nos hubiera empujado a viajar.

—¿Estás de acuerdo, Gabriel?

—Sí, creo que Oliver tiene razón —comentó escueto.

No estaba dispuesta a dejar las cosas como estaban, así que me lancé a por la pregunta que cambiaría su actitud para bien o para mal.

—¿Qué es para vosotros la felicidad? —pregunté clavando la vista en Gabriel, que me miró airado.

—La felicidad, para mí, son cada uno de los malditos momentos que estoy contigo —dijo levantándose rápidamente de la silla.

—¿Estás contenta? —preguntó con la cabeza enterrada en la almohada.

—Mucho —respondí mientras le seguía al piso de arriba—. ¿Qué sucede?

—Sucede que no entiendo cómo has podido perdonarme después de todo lo que te he hecho... —se calló incapaz de seguir hablando.

—Bueno, soy un ángel —dije bromeando, intentando quitarle importancia.

Me miró exasperado, y se dejó caer boca abajo en la cama. Me senté a su lado y comencé a acariciarle el cabello, esperando a que se calmara. Cuando por fin lo hizo pegué mi boca a su oído y le hablé muy despacio.

—Porque te amo, te he perdonado porque te amo.

Me levanté en silencio y le dejé asimilando cada una de mis palabras.



Durante horas me quedé allí, debatiéndome entre la culpabilidad (un sentimiento nuevo para mí) y la emoción más absoluta al constatar que Céline no me guardaba rencor, que me amaba a pesar de todo lo que habíamos vivido.

De nuevo tenía emociones, me estaba volviendo demasiado humano, sin embargo descubrí que tampoco me importaba mucho, siempre y cuando tuviera a Céline junto a mí.



Capítulo 35

Cuando me desperté al día siguiente me sentí como si las últimas semanas hubieran sido un sueño. Fue el cuerpo de Gabriel dormido a mi lado lo que me trajo de golpe a la realidad.

Me levanté sin hacer mucho ruido y me propuse salir de compras, en un principio me planteé la posibilidad de invitar a Danielle a mi escapada, pero finalmente decidí ir sola, todavía no sabía muy bien cómo llevar nuestra reciente amistad.

Me puse unos vaqueros ajustados, mis botines negros y una blusa de color amarillo pálido con el cuello baby. Aunque lo más sorprendente de mi atuendo fue que cambié mi vieja mochila por un bolso del mismo color que los zapatos y lo suficientemente grande como para poder meter dentro todo lo que paseaba en mi mochila de una punta a otra del globo terráqueo.

Cuando regresé a casa tres horas después con las manos cargadas de bolsas de diversas tiendas, Gabriel estaba sentado mirando la televisión.

Arqueó una ceja inquisitivo cuando entré. Era plenamente consciente de su mal humor, que no pudiera acceder a sus pensamientos no quería decir que no pudiera ver su ceño fruncido y su mandíbula apretada.

—¿Debo suponer por las bolsas que has estado de compras?

—Si lo haces, acertarás —dije bromeando, intentando que se borrarán las arrugas de su frente.

—No es divertido, estaba preocupado por ti —confesó aún enfadado.

—Tómalo de otro modo, acabas de descubrir un nuevo sentimiento y encima lo has experimentado. Estoy planteándome cobrarte por ello —le dije riendo.

Pareció que mis palabras le hicieron gracia porque sus arrugas se alisaron y una chispa de diversión brilló en sus ojos pardos, su boca seguía sin sonreír.

Me acerqué a él en dos segundos y me senté a su lado. Antes de que pudiera regañarme por mi desaparición (Adrien era peligroso para mí y bla, bla, bla...) le di un beso en la mejilla y le pregunté qué estábamos viendo.

—En realidad no estoy viendo nada, solo pensaba.

—¿En qué pensabas? —pregunté intrigada.

—¿Quieres venir al cine conmigo esta noche?

—¿Al cine? ¿Contigo?

—Sí. Ya sabes, ese sitio donde ponen películas y comes palomitas y...

—Ya sé lo que es el cine. Me refiero a que, ¿me estás pidiendo una cita? —pregunté de repente nerviosa, yo nunca había tenido una cita.

—Sí, te estoy pidiendo una cita.

—En ese caso acepto —le dije pensando en que la falda azul que me había comprado le iba de maravilla a la camiseta blanca con letras rojas.



Definitivamente nunca había visto a Rachel tan guapa como esa noche, la falda que se había puesto dejaba al descubierto sus bien torneadas piernas. Sentados en el sillón del cine, apenas podía separar la vista de ellas. Para mí la oscuridad no era un problema, podía discernir cada parte de ella como si estuviéramos a pleno sol, y ahora lo único en lo que podía pensar era en tocar sus suaves muslos.

Tenso e incapaz de adivinar su reacción, moví con cuidado la mano hasta situarla encima de la rodilla que tenía cruzada. Sentí su respingo de sorpresa, pero no se apartó. Con la misma parsimonia fui lentamente acercando mis labios a su cuello, que la coleta alta que llevaba dejaba expuesto para mí. Con cuidado comencé a besarlo, de arriba abajo, despacio, muy despacio. Céline se giró para clavar sus ojos en los míos y adivinar mis intenciones. Al no

conseguirlo me preguntó.

—¿Qué haces? —su voz susurrante hacía que se me erizara la piel.

—Te beso —respondí divertido.

—Eso ya lo veo.

—Estamos en una cita, simplemente estamos siguiendo las normas.

—¿Las normas? —no me pasó desapercibida la sonrisa de su voz.

—Sí, una de las reglas de oro de las citas son los besos —dije volviendo a acercar mi boca a su cuello.

—Una de las reglas... ¿es que hay más de una?

«Quiere jugar», me dije contento.

—Sí, hay varias. También están las caricias —dije paseando mi mano por su mejilla.

—Hmmm, me gusta esto de las citas, ¿alguna regla más que deba conocer?

—Tan importante no. Estas dos son las imprescindibles.

—A ver si lo he entendido bien, las reglas más importantes son los besos y las caricias.

Asentí fascinado por su presencia.

—¿La gente se gasta dinero para venir al cine y hacer lo mismo que pueden hacer en sus casas?

Me reí tan fuerte que me gané varias miradas desaprobadoras y algún que otro gruñido.

—Todos los adolescentes no tienen la suerte que tenemos nosotros —le dije aún con el corazón acelerado por la risa.

—Vale, ahora lo entiendo. Y bueno, teniendo en cuenta que hemos pagado como todos los demás, lo mejor es que sigamos las normas, ¿no crees?

—Por supuesto. Las normas siempre hay que respetarlas.

Esta vez fue ella la que no pudo evitar reírse. Ansioso por besarla y por evitar que nos echaran a la calle por escandalosos, posé mis labios sobre los suyos y me bebí su risa dulce y juvenil.

Mientras la besaba y me perdía en las sensaciones que su contacto me transmitía, me vino una idea a la mente. Nunca, ni en Florencia siquiera, la había visto sonreír con tanta alegría y felicidad como esta noche.

¿Por fin se había dado cuenta que esta vez era la definitiva? La sombra de Adrien planeó oscura y peligrosa sobre nuestra felicidad, sin embargo no me amedrenté, la luz siempre terminaba con las sombras, y si había algo realmente fuerte y llamativo en mi vida, era sin duda la luz cálida y dorada que emitía Rachel.



Capítulo 36

Después de un par de días de tranquilidad en los que había vuelto a adaptarme a la ciudad, a Gabriel y a tener gente a mi alrededor, Tristan volvió a pasar por casa para cubrir su turno de guardaespaldas. Gabriel había ido a casa de Oliver para recoger ropa y comprar comida, así que tenía un nuevo celador.

Iba a quejarme por el exagerado cuidado que tenían conmigo cuando llamaron a la puerta. Aparté la mirada de la televisión y me levanté a abrir, noté cómo Tristan se tensaba y se levantaba para acompañarme.

—Creo que puedo abrir sola la puerta —me quejé molesta.

—Es Adrien.

Me quedé paralizada a medio camino del pasillo.

—¿Le abro? —pregunté. Me sentí ridícula, Adrien nunca me había dado miedo, nunca se había portado mal conmigo. La actitud sobreprotectora que tenían mis amigos me estaba volviendo paranoica.

Asintió.

—Si no le abres entrara por sus medios, sabe que estoy aquí.

En ese instante comencé a preocuparme de verdad, si Adrien estaba en mi casa era con la finalidad de encontrar a Tristan, no a mí. Caminé los escasos pasos que me separaban de la puerta y abrí para toparme con un sonriente y confiado Adrien.

—Hola, ma chérie —me saludó como acostumbraba a hacerlo.

—Hola, Adrien —le respondí al tiempo que me apartaba para dejarle entrar. No era buena idea que se pusieran a discutir en plena calle.

—Veo que has recuperado tus modales —me dijo sonriendo.

Entró majestuosamente en mi salón y no pude evitar sentir que desentonaba en la sencillez de mi hogar, era demasiado sofisticado.

No hubo ningún tipo de comunicación verbal entre los dos hermanos durante varios minutos que se me hicieron eternos y en los que no me atreví a intervenir.

Finalmente, y como si hubieran hablado todo lo que tenían que hablar con la mirada, Adrien rompió el silencio.

—¿Preparado, hermanito? —preguntó recogiendo el cabello dorado en una coleta.

—Lo estoy cuando tú lo estés.

—Siempre tan legal, deberías haber aprovechado la ventaja. Yo lo habría hecho —comentó riendo.

—Yo no soy tú —respondió Tristan con un brillo malicioso en sus ojos oscuros.

Su sonrisa se acentuó, acariciando el triunfo.

—Ella queda fuera de esto —pidió Tristan señalándome.

—Estoy de acuerdo, jamás la lastimaría —contestó seriamente.

—Permíteme que lo dude.

—La quiero a mi lado. Puedes confiar en mi palabra, al menos en este único aspecto —su sonrisa era perversa y absolutamente deslumbrante.

Repentinamente, en lo que duró un parpadeo, Adrien portaba un tridente de mango largo. No era como los típicos tridentes de los disfraces de diablos que terminaban en punta de flecha, en este las puntas eran una especie de cuchillos afilados y brillantes, del mismo color que sus ojos de acero, capaces de rebanarle el cuello a cualquiera.

Tristan se quedó parado un segundo mientras pasaba su brazo derecho por encima de su hombro, hacia su espalda, y sacaba de la nada una espada que, a juzgar por su tamaño, debía pesar muchísimo. Tenía una larga hoja de acero, de unos ochenta y cinco centímetros de longitud, con una base ancha que iba haciéndose más estrecha a medida que se acercaba a la punta.

En ese instante no sabía discernir cuál de los dos hermanos parecía más

letal. Adrien frunció tanto el ceño, que su bello rostro se descompuso.

—La espada de padre —dijo simplemente.

—Es mía ahora —respondió Tristan

—Bueno, será mía en cuanto te mate, sabes que soy muy paciente.

—No te hagas ilusiones. Voy a terminar contigo con ella, paradójico ¿verdad? Voy a matarte con la misma espada con la que tú mataste a nuestro padre.

Un jadeo de sorpresa se escapó de mis labios. Me llevé las manos a la boca, pero ya era demasiado tarde, Adrien me estaba mirando fijamente.

—Ella no debería saber eso —le dijo iracundo a su hermano—. Ahora pagarás por ello.

—¿Te molesta que ella lo sepa? —la sorpresa apareció en su voz junto con un matiz muy parecido al triunfo.

—No sigas por ahí —le avisó al tiempo que blandía su tridente contra él.

—Céline, ¿quieres saber por qué Adrien mató a nuestro padre?

Asentí con la cabeza sin poder pronunciar ninguna palabra.

—No puedo mirarte querida, o mi hermano tomaría ventaja de mi gesto, ¿podrías decirlo en voz alta? —me pidió mientras los dos iban dando vueltas en círculo, tanteándose, esperando pillarse con la guardia baja.

—Sí, Tristan, quiero saberlo —contesté lo más fuerte que me permitió mi voz.

—Había una chica... —se calló ante el ataque inesperado de Adrien con el tridente.

Se notaba la destreza en cada movimiento, lo llevaba cogido por las dos manos, la derecha adelantada y la izquierda más atrás. Con la mano adelantada guiaba cada uno de sus movimientos.

—¡No sigas! —le exigió alzando la voz.

—Marion era realmente hermosa, con dorados cabellos y profundos ojos verdes, los dos estábamos medio enamorados de ella. Además de hermosa, era dulce y amable como tú.

El ataque de Adrien se volvió desesperado, habían dejado de tantearse. Ahora la batalla era a muerte, podía ver cómo se tensaban los músculos de los brazos de los dos.

El tridente y la espada lanzaban chispas cada vez que se topaban. Los dos

se movían como si estuvieran danzando, con ágiles y elegantes movimientos.

—Una tarde, padre nos llamó a los dos para informarnos que había firmado un contrato de matrimonio con el padre de Marion. En nuestra época los matrimonios eran simples contratos en los que primaban los intereses.

—¡Te mataré! —amenazó Adrien con los dientes apretados y los ojos brillantes de furia.

Justo en ese instante, una de las afiladas cuchillas del tridente desgarró la camiseta de Tristán con un corte limpio y rápido. Mi amigo se llevó la mano izquierda al pecho para comprobar el daño, pero la cuchilla no había llegado a tocar la piel.

Aun así, era un aviso de lo que podía llegar a pasar si continuaba contando su historia.

—Marion iba a ser mi esposa, Adrien iba a casarse con la hermana mayor, puesto que él es el mayor de los dos —dijo retomando la historia—. Pero mi hermanito no estaba de acuerdo, le rogó a nuestro padre que le permitiera a él casarse con Marion, pero no obtuvo lo que tanto deseaba. Así que esa misma tarde esperó a Marion en el bosque que ella cruzaba cada día al regresar de casa de sus abuelos y la atrapó.

—¡Basta! He dicho que te calles, maldito —gritó completamente fuera de sí.

Adrien estaba tan furioso que el tridente temblaba en sus manos. Lanzó una estocada a la desesperada, pero Tristan la paró sin mucho trabajo con la espada. Los dos sudaban por el esfuerzo pero, mientras que en Adrien se notaba el cansancio, en Tristan no aparecía tal en su rostro.

Me tapé la cara consciente de cómo iba a terminar la historia, la actual y la pasada.

—Abusó de ella y después la mató, si no iba a ser para él tampoco podía ser mía. Mi padre descubrió que había sido él y le reclamó su vil acto, entonces lo mató también a él.

Sin fuerzas para escuchar nada más me desplomé en el suelo de rodillas, tapándome los oídos con las manos.

—Te mataré, Tristan. Terminaré lo que no hice la otra vez.

—Cierto —dijo con cierto aire de burla Tristan—, mi querido hermano intentó acabar conmigo después de hacerlo con mi padre, pero no hubo

suerte, y aquí estoy para librar al mundo de su maldad.

—Esta vez no fallaré. He esperado pacientemente por ella, y ahora tú has hecho que todo haya sido una pérdida de tiempo.

—Ella nunca te hubiera elegido, aunque no hubiera escuchado la historia. Mírala, no es como tú —eso era exactamente lo que estaba haciendo, mirarme.

Adrien no estaba tan atento a los envites de Tristan como antes, ahora su mirada se dirigía más asiduamente a mí que a su oponente. Sin embargo, los golpes seguían cayendo, parecía que no se cansarían nunca. Pero entonces Adrien tomó ventaja, con los dientes apretados y los ojos brillantes de rabia lanzó una estocada mortífera al estómago de Tristan, que logró apartarse, pero no lo suficientemente rápido como para que no le tocara, la camiseta blanca que llevaba comenzó a teñirse de un rojo oscuro.

Mi grito de terror resonó en toda la casa, no podía permitir que Adrien matara a mi amigo. Sin pensarlo mucho me acerqué hasta ellos con el corazón saliéndome por la boca y me puse delante de Tristán, que había caído al suelo de rodillas.

—Aléjate de él —me pidió Adrien con la mirada enloquecida.

—¡No!

—Voy a acabar con él y ni tú ni nadie me lo va a impedir —me dijo cada vez más violento.

—Pues hazlo, mátale, pero antes tendrás que matarme a mí.

Sentí como los dedos de Tristan me agarraban con fuerza intentando apartarme, pero estaba perdiendo demasiada sangre y las fuerzas comenzaban a fallarle. No era una herida mortal puesto que solo moriría si le cortaban la cabeza, pero si le debilitaba durante un rato, Adrien podría aprovechar para seccionársela.

—Céline, apártate ahora mismo —me gritó.

—Sabes que no lo voy a hacer, así que haz lo que debes.

No estaba siendo temeraria, simplemente estaba intentando ganar tiempo para que Tristan se recuperara y pudiera levantarse y luchar por nuestra vida. Una diminuta parte de mí tenía la esperanza de que Adrien no fuera capaz de matarme.

Sentí como Adrien iba deshinchándose, cada vez más consciente de que

iba a tener que sacrificar mi vida si pretendía llegar a su hermano.

En una fracción de segundo me asió con fuerza del antebrazo y tiró de mí para dejar al descubierto a Tristan, que seguía de rodillas y respiraba con dificultad.

—¡No! —grité con todas mis fuerzas.

Adrien se giró para mirarme, iba a decir algo, cuando la punta de la espada se abrió paso en su pecho.

—Vete de aquí —me pidió Tristan—, es mejor que no veas lo que viene ahora.

Sentí cómo las lágrimas calientes rodaban por mis mejillas. Los ojos de Adrien estaban fijos en mí, era como si se sostuviera de pie, porque Tristan lo tenía ensartado con su espada y lo mantenía sobre sus piernas.

Me acerqué a él y le di un suave beso en la mejilla. Él no hizo ningún movimiento, solo cerró los ojos.

—Adiós, Adrien —me despedí.

No dijo nada mientras yo salía fuera y los dejaba, plenamente consciente de lo que iba a suceder. Estaba ya en la puerta que daba al salón cuando me llamó.

—¡Céline!

Me giré todavía llorando.

—Yo amaba a Marion, y te amo a ti, lo que sucede es que nunca supe hacerlo mejor —confesó quedamente.

Asentí con la cabeza y las lágrimas se hicieron más copiosas. Apenas podía ver nada tras la cortina de agua que envolvía mis ojos.

Ni siquiera el Kandinsky pudo hacer que mi corazón latiera a un ritmo normal...



Capítulo 37

Me alejé de mi casa todo lo que pude. No quería sentir a Tristan, no quería escuchar los sonidos de lucha, los gritos de la muerte... no quería ser consciente de que la existencia de Adrien había terminado para siempre.

Unos fuertes brazos me arroparon y acogieron mis sollozos, di gracias al cielo porque Gabriel no hubiera estado en mi casa cuando Adrien apareció, no habría podido soportar que su vida corriera peligro.

Seguí llorando por Adrien, por Isabella, por mí, por Marion y por todo lo que esta eterna existencia nos había arrebatado.

—Te amo, Céline —susurró Gabriel en mi oído.

Las únicas palabras que en aquellos momentos podían calmar mi ansiedad.



Abracé a Céline con más fuerza, le susurré palabras de calma, pero nada conseguía apaciguar sus temblores y sollozos. Yo mismo estaba afectado considerablemente con la desaparición de mi maestro, pero era algo que teníamos que hacer si queríamos que ella estuviera a salvo.

Adrien ya había dado un paso adelante cuando intentó besarla a la fuerza, la paciencia de la que siempre había hecho gala con Céline se había agotado,

y con sus antecedentes no podíamos arriesgarnos a que le hiciera daño.

Entonces comprendí qué necesitaba, que me entregara a ella completamente, tal y como había hecho ella la noche anterior.

—Te amo, Céline.

Los sollozos comenzaron a desaparecer poco a poco pero el peso que sentía en mi pecho no había desaparecido con la confesión, aún me quedaban palabras por pronunciar, verdades que dejar expuestas...

—Cásate conmigo, esta vez no te fallaré —le propuse emocionado.

—Esta vez no te dejaré hacerlo —contestó aún hipando por el llanto.

—¿Eso es un sí?

—Sí, me casaré contigo.

En ese instante sentí que mi vida iba a cambiar definitivamente, que por fin iba a poder dejarme llevar por mí mismo.

—¿Crees que Oliver querrá ser mi padrino? —pregunté bromeando.

—Estoy segura de que lo hará, aunque solo sea para evitar que vuelvas a salir corriendo —comentó con cierta dificultad, los hipidos provocados por el llanto le impedían hablar del tirón.

—Quizás le puedes pedir a Danielle que sea tu dama de honor.

—¿Es un consejo o una petición? —preguntó perspicaz.

—Las dos cosas. Ya sabes, nunca viene mal ver una cara amiga el día de tu boda —le dije riendo, aunque en realidad la chica me caía realmente bien.

Sentí el impulso de ponerme a saltar de dicha. Por fin íbamos a estar juntos para siempre, ya no había nada que pudiera arruinarnos el momento, ni siquiera yo mismo.

Saber que iba a estar con ella por el resto de mi existencia hacía que me replanteara lo que iba a hacer con ella.

«Preciso es que el placer tenga sus penas
y el dolor sus placeres».

Fausto, Goethe



Epílogo

La inminencia de la ceremonia me tenía nerviosa y alterada. Danielle se había convertido en mi carcelera personal, por lo visto traía mala suerte que los novios se vieran antes de la boda, razón por la que había sacado a Gabriel casi a la fuerza de mi casa.

Me paré frente al espejo de cuerpo entero de mi armario y recé para que todo fuera bien, para que se me permitiera amar a la persona que yo había elegido, para que fuésemos aceptados como la pareja que siempre habíamos sido.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó Tristan tras de mí.

Le sonreí a través del espejo y me giré para abrazarle.

—Ya sabes lo que me preocupa —le regañé con la cabeza apoyada en su pecho.

—Hoy no deberías preocuparte por nada. Nunca más, a decir verdad.

—Pero...

—El amor es algo inesperado, nadie puede decidir a quién amar, como tampoco puede hacer que desaparezca el sentimiento. Amar es un don, un regalo de nuestro padre, no se puede castigar a nadie por hacer uso de él.

—Lo sé, pero Gabriel es un demonio.

—Y sin embargo sabe amar y es capaz de amarte. Gabriel es más que un demonio, él nació siendo humano y ha conservado esa humanidad a lo largo de todos estos años. Adrien no supo hacerlo, desde el instante en que se

transformó perdió cualquier rasgo humano que pudo haber tenido. En cambio, en Gabriel eso no sucedió, siempre hubo esa dualidad que le mantenía en el límite, nunca se decantó por la maldad pura, siempre se debatía entre el bien y el mal, incluso en los momentos en los que su nueva naturaleza hizo acto de presencia nunca dejó de amarte, y tú no hubieras podido quererle si no hubieses visto esto mismo en él. Ahora, con vuestro matrimonio, el vínculo que os une se cerrará definitivamente, de manera que esa dualidad que rige el mundo estará presente en los dos. Es cosa vuestra elegir el camino correcto. No dudo que tú lo hagas, puesto que siempre lo has hecho y no dudo que él te siga, puesto que he comprobado que no está dispuesto a perderte.

Tristan me besó en la frente y, tan inesperadamente como había venido, se fue.

Avancé del brazo de Oliver en la pequeña iglesia. Las palabras de Tristan aún retumbaban en mis oídos, nada iba a cambiar después de intercambiar nuestros votos. Yo iba a seguir siendo yo, mi elección había sido tomada mucho tiempo atrás y Gabriel iba a poder contar conmigo. Instintivamente me paré en mitad del recorrido, Oliver arqueó una ceja interrogante.

—Necesito hablar con Gabriel antes de seguir con esto —le susurré para que nadie más pudiera escucharnos.

—En seguida vuelvo —dijo.

Me dejó parada en medio de pasillo de bancos y se acercó hasta el altar en el que Gabriel me esperaba. Se inclinó sobre su oído para hablarle.

Mefisto asintió con la cabeza y sin comentar nada se acercó hasta mí, con paso firme y decidido. Cuando llegó frente a mí, me sonrió, como dándome ánimos, y me empujó suavemente hasta el despacho del párroco.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó dulcemente.

—Nosotros —susurré.

—¿Nosotros?

—Somos tan diferentes... Necesito que sepas algo antes de casarnos. Te quiero, así como eres, con lo bueno y lo malo que hay en ti, no quiero que creas que voy a obligarte a cambiar por mí. No lo haré.

—Céline —susurró—, tú eres lo único bueno que hay en mí, pero te prometo que haré lo que sea necesario para que no tengas que arrepentirte de esto.

—A eso me refiero, no quiero que cambies tanto que no te reconozcas a ti mismo por mi culpa. Necesito que estar conmigo te haga feliz —confesé por fin.

—Estar contigo siempre me ha hecho feliz. Incluso en los peores momentos, tú siempre has traído luz a mi vida.

Me besó, acallando de ese modo las protestas que quería hacerle.

El cura por fin nos dio la bendición y yo pude sentir cómo nos unían con más fuerza los lazos inmortales que siempre nos habían enlazado el uno al otro.

—Te quiero —dije feliz.

—Te quiero Céline, Claire, Rachel... y te querré por el resto de mi existencia.

Entrelazamos nuestros dedos y nos giramos para recibir el cariño de nuestros amigos. Unos amigos de los que ni siquiera era consciente que los tenía hasta hacía unos pocos días.

—¿Sabes que es lo que más me gusta de ti? —pregunté cuando nos separamos.

Gabriel negó con la cabeza, sorprendido por mi inesperada pregunta.

—Que eres lo que me falta a mí. En todos los sentidos —confesé y volví a besarle aunque esta vez no tenía pensado separarme hasta que me resultara necesario respirar.

Fin



OLGA SALAR, nació en Valencia un veintidós de enero. Pasó su niñez entre los libros de El pequeño vampiro de Angela Sommer Bodenburg, y desde entonces no ha parado de leer, su afición literaria se convirtió en algo más cuando se licenció en Filología Hispánica.

En diciembre de 2009 creó el blog literario Luna Lunera (Diario de una Lunática) del que es administradora. Gracias a él es conocida en la red como Olga Lunera. Es también la fundadora del Club Cadena de Favores en Facebook Reparte su atención entre la literatura juvenil y la romántica adulta. Y será en estos dos géneros en los que se ubicarán sus novelas.

Notas

[1] En italiano: «Demonio». <<

[2] En francés: «Mi querido amigo». <<

[3] En francés: «¡Perfecto!». <<

[4] En francés: «joven amigo». <<

[5] Museum Of Modern Art. <<

[6] En francés: «mi amor». <<

[7] Chorreras. <<

[8] En inglés: «Quiero que sepas». <<

[9] En francés: «hijo». <<

[10] En inglés: «del mismo lado, en el mismo juego». <<

[11] En francés: «mi pobre niña». <<

[12] Nombre que se dio a los revolucionarios franceses de 1789 más radicales, en su mayoría trabajadores manuales: los sans-culottes recibieron este nombre por no llevar calzones como los nobles. <<

[13] En francés: «La condenación de Fausto». <<

[14] En francés: «mi querida niña». <<

[15] En ingles: «Se mueve como Jagger». <<

[16] En inglés: «Escalera al cielo». <<